



El Fungible

IV Premio de
Novela Corta 2012

NOVELA
N

Santiago Casero
Larry Mejía

www.alcobendas.org



ALCOBENDAS
Un modelo de ciudad

El Fungible

IV Premio de Novela Corta 2012

Santiago Casero

Larry Mejía

Título: El Fungible 2012, IV Premio de Novela Corta
© 2012, Ayuntamiento de Alcobendas
Patronato Sociocultural
Plaza Mayor, 1. Alcobendas. 28100 Madrid

Maquetación:
Doin, S.A.
P.I. NEISA-SUR - Nave 14 Fase II
Avda. Andalucía, km. 10,300
Tel.: 91 798 15 18 Fax: 91 798 13 36
www.egesa.com

Depósito Legal: M-38549-2012
Impreso en España - Printed in Spain

Fotografía de cubierta: © Auremar

Primera edición: Diciembre 2012
Impreso por Estudios Gráficos Europeos, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

Presentación	7
Jurado.....	11
El verano de las bestias..... <i>Santiago Casero</i>	15
Caracaos..... <i>Larry Mejía</i>	99

El Fungible

Presentación

PRESENTACIÓN

Celebramos ya la edición vigesimoprimera de *El Fungible* en su modalidad de relato joven y la cuarta convocatoria del certamen de novela corta. Como los niños, *El Fungible* de Alcobendas se hace mayor, no solo por los años, sino sobre todo, por las grandes experiencias que comparten los autores con nosotros que crecen también en calidad y número. Celebrar un año más de la edición de un buen libro es un motivo de orgullo para todos los vecinos de Alcobendas; lo es porque estamos convencidos de que siempre, pero más en épocas difíciles, la **Cultura** es punto de encuentro de realidades, esperanzas, proyectos y optimismo... ese optimismo que bajo ningún concepto podemos perder.

Hay infinitos pasajes en la historia de la Literatura Universal que nos enseñan que los tiempos de crisis no han dejado de existir nunca y que siempre han sido sinónimo de creación, cambio y superación. Esa es la historia también de los textos que presentamos en esta nueva edición. Los cuatro autores finalistas se encuentran en sus textos con la pasión

de la palabra, las influencias reconocidas y aquellas que no confiesan, su estilo personal y las vivencias que narran. Las cuatro narraciones de este nuevo volumen contienen, cada una de ellas, un universo, un laberinto poblado de recuerdos, personajes, sueños y fantasías en los que cada lector se interna, siguiendo su propio camino, porque los libros tienen que ver con el hogar y con la experiencia vital de autor y lector.

La **Cultura** tiene un lugar propio en Alcobendas; se escribe con mayúsculas y en negrita y forma parte del paisaje habitual y muy transitado de nuestra ciudad, con exposiciones, bibliotecas, fiestas populares, espectáculos, música, danza y un sinfín de manifestaciones del espíritu creativo del ser humano. La **Cultura** está llena de esperanza, de felicidad, de conocimiento y crecimiento personal. No hay mejor riqueza para una ciudad que poder ofrecer a los vecinos espacios de interpretación, aprendizaje e imaginación. De ahí nuestra decidida apuesta por los creadores que encuentran en nuestra Gran Ciudad un lugar donde desarrollar sus proyectos que, a la vez, nos enriquecen y nos hacen ser mejores.

Estoy seguro de que disfrutará leyendo estas páginas tanto como lo he hecho yo. Gracias a los autores, al Jurado, y a todos los que de un modo u otro colaboración en la edición de *El Fungible* con la misma ilusión que el primer día y con más pasión cada año.

Nos vemos en Alcobendas

IGNACIO GARCÍA DE VINUESA
Alcalde de Alcobendas

El Fungible

Jurado

LUIS MATEO DÍEZ

Nació en Villablino, León, en 1942. Su primer libro de cuentos, *Memorial de hierbas*, apareció en 1973. Alfaguara ha publicado sus novelas *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *Apócrifo del clavel y la espina* (1988), *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Fantasmas del invierno* (2004), *El fulgor de la pobreza* (2005), *La gloria de los niños* (2007), *Azul serenidad o La muerte de los seres queridos* (2010), *Pájaro sin vuelo* (2011) y las reunidas en *El diablo meridiano* (2001) y en *El eco de las bodas* (2003), así como los libros de relatos *Brasas de agosto* (1989), *Los males menores* (1993) y *Los frutos de la niebla* (2008). En un único volumen titulado *El pasado legendario* (Alfaguara), 2000, prologado por el autor, se han recogido *El árbol de los cuentos*, *Apócrifo del clavel y la espina*, *Relato de Babia*, *Brasas de agosto*, *Los males menores* y *Días de desván*. El libro *El reino de Celama* (2003) reúne

sus tres novelas ambientadas en ese lugar imaginario y *El sol de nieve* (2008) incluye por primera vez las aventuras de los niños de Celama. En el 2000 obtuvo el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica por *La ruina del cielo*.

Luis Mateo Díez es miembro de la Real Academia Española.

JORGE BENAVIDES

Jorge Eduardo Benavides (Arequipa, Perú, 1964) estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Garcilaso de la Vega, en Lima, ciudad en la que Trabajó como periodista radiofónico. Desde 1991 a 2002 vivió en Tenerife, donde fundó y dirigió el taller *Entrelíneas*, y en la actualidad vive en Madrid, donde imparte y dirige talleres literarios de prestigio. Ha publicado dos libros de relatos, *Cuentario y otros relatos* (1989), *La noche de Morgana* (Alfaguara, 2005), y las novelas *Los años inútiles* (Alfaguara, 2002), *El año que rompí contigo* (Alfaguara, 2003) *Un millón de soles* (Alfaguara, 2008) y *La paz de los vencidos* (Alfaguara, 2009).

En 1988 recibió el *Premio de Cuentos José María Arguedas* de la Federación Peruana de Escritores y en el 2003 fue galardonado con el *Premio Nuevo Talento FNAC*.

El verano de las bestias

Santiago Casero

PREMIO A LA MEJOR NOVELA CORTA

SANTIAGO CASERO (Fuente del Fresno, Ciudad Real. 1964)

Nací en Fuente el Fresno, Ciudad Real, en 1964, y pasé los primeros veintisiete años de mi vida en Madrid, ciudad en la que me licencié en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente vivo en Alcázar de San Juan, donde imparto clase en el I.E.S. Miguel de Cervantes Saavedra.

Estoy casado y tengo un hijo y una hija, a los que dedico el tiempo que no me roba la pasión por la literatura, que me ha permitido, sin embargo, obtener alguna que otra estimulante recompensa, como el XXII Premio Internacional de Relatos “Max Aub” (publicado por la editorial Pre-Textos), el XXXV Premio Internacional de Narrativa “Tomás Fermín de Arteta”, o el primer premio del IV certamen literario “Sierra de Madrid-José Saramago”, entre otros muchos.

He publicado, además, un relato en Letras Libres; he sido editado en distintas colecciones de cuentos, y soy autor de dos libros de relatos, uno, “Eso te salvará”, publicado por la BAM (colección de narrativa Ojo de Pez), y el otro, “De noche en ciertas ventanas”, finalista en el XXI premio de cuento Tiflos, además de cuatro novelas, una de las cuales, “Los huérfanos del tiempo” ha obtenido el XXXVI premio Cáceres, otra, “La memoria de las heridas”, el VI premio “Encina de Plata”, y una tercera, “Huellas de lo humano”, ha sido finalista en diferentes certámenes, entre ellos en la 66ª edición del premio Nadal y en el Certamen Internacional “Juan Rulfo” de 2008. En realidad he escrito cientos de novelas, como casi todos los escritores, pero la mayoría de ellas no han saltado todavía al espacio tangible del papel.

Sobre la literatura y la escritura, comparto en fin esta inquietante observación de César Aira: *“Fuera de la literatura, me era en extremo difícil vivir, así que no dejé casi nada fuera. Aun así, al mismo tiempo, todo está afuera...”*

Te enseñaré el miedo en un puñado de polvo.

T.S. Eliot, *La tierra baldía*

Creo que los animales ven en el hombre un ser igual a ellos que ha perdido de forma extraordinariamente peligrosa el sano intelecto animal, es decir, que ven en él al animal irracional, al animal que ríe, al animal que llora, al animal infeliz.

Nietzsche

...como dibujos de sal arrojada a puños sobre la realidad

Julián Herbert, *El sindicato de la serpiente*

A los dos nos hizo gracia el hombre de la inmobiliaria que nos alquiló aquel bungalow para pasar el verano y nos proporcionó la dirección y las llaves.

—Que disfruten de su estancia.

Gema se fijó en su bigote largo, retorcido y puntiagudo, como almidonado, y yo hice una observación malévola sobre su corpulencia atrabiliaria, más bien adiposa, contenida a duras penas bajo una camiseta ajustada de rayas blancas y rojas. Sí, los dos coincidimos en la impresión de domador desubicado, sentado tras una mesa de escritorio que desentonaba frente a esa presencia de paradigma circense. De hecho, en el coche, camino del alojamiento, nos referíamos a él como el Ángel Cristo de las inmobiliarias.

—¿Dónde habrá dejado a sus leones? —bromeaba Gema mientras expulsaba el humo de un cigarrillo por su ventanilla abierta al bochorno costero que hacía ondular el asfalto

delante de nosotros. Un paisaje de palmeras y de cañaverales corría junto al coche, en dirección contraria, como si huyera del paraíso artificial al que nos dirigíamos nosotros.

Gema llevaba sobre sus piernas a Gordon, nuestro chihuahua de dos años, que lamía con su pequeña y rosada lengua la sal de la rótula izquierda de mi mujer. Sin apartar del todo los ojos del navegador, yo podía ver los muslos entreabiertos de Gema, los pliegues que hacían las piernas dobladas en el asiento, el vello dorado por la luz del verano que entraba a través de la ventanilla. Gema le ofrecía de vez en cuando al perro la punta de su índice y éste lo olfateaba con desgana y le daba breves lametazos y a mí me recordaron sin poder evitarlo ciertas lecturas de mi juventud, el cachorro de Publio, el gorrion de Catulo picoteando las yemas de los dedos de Lesbía.... La memoria hace eso: ilumina con sus confusas certezas momentos banales.

Lo cierto es que Gema estaba muy guapa, aquel bronceado todavía suave de los primeros días del verano le sentaba muy bien, a la espera de ese color calcinado y excesivo con el que solía terminar las vacaciones en la playa. Llevaba el pelo recogido en una coleta un poco vencida por el cansancio del viaje y una camiseta de tirantes que dejaba ver sus hombros y aquella pequeña y deliciosa depresión en la inserción del brazo con el pecho en la que crecía una pelusilla que recordaba a la piel de un melocotón. Pensé en lo que habría sentido si esa fuera la primera vez, si no fuese mi mujer desde hacía doce años. Luego recordaría que me sorprendí bostezando, manipulando el dial de la radio del coche.

El complejo de bungalós resultó ser un extensísimo recinto al que se accedía por un arco de mampostería en el que un letrero con el nombre de «Las adelfas» había perdido la primera «a» del sustantivo y casi sugería el acceso a la sede de un templo. Desde ese momento, decidimos que aquella urbanización sería «el oráculo de Delfos», tal vez una suerte de palenque sagrado en el que se nos pronosticaría un futuro falso de forma solemne e incomprensible. Algo así como: «Aquí seréis felices si sois capaces de dejar atrás la amenaza de los perros negros». Ahora debería confesar que el uso de la palabra «felices» no es una casualidad ni un mero recurso narrativo ni mucho menos una ironía. Y que tampoco utilizo la expresión de los perros por azar o por sadismo autoimpuesto. La verdad banal sin embargo es que en ese instante lo pensé porque en todas nuestras anteriores vacaciones el ladrido de perros de toda condición y registro acústico nos había atormentado durante el anhelado descanso estival que mi mujer y yo perseguíamos a toda costa como contrapunto de aquella vida ruidosa y agotadora de la ciudad de la que escapábamos. Y naturalmente excluíamos a Gordon de la posibilidad de participar en ese diálogo enloquecido de perros a cualquier hora de la noche, ya que nuestra mascota era incapaz de emitir algo que se pareciera a un ladrido. Su forma de pronunciarse era una especie de chillido que semejaba un lamento agudo, un ay que solía repetir con una cadencia frenética y divertida.

Sin embargo, tal vez porque era el tiempo de la siesta, la verdad es que nos sorprendió agradablemente el silencio de esa urbanización tan pronto como traspasamos el arco de bienvenida. Más aún, nos extrañó la ausencia absoluta de personas, ahora diría de «presencia humana», pues lo cierto

es que sí percibimos desde el primer momento lo que parecía un latido físico que colmaba el aire de forma sinuosa, casi envolvente.

Estacionamos el coche en una plaza libre del parking, que estaba casi lleno, y sacamos las maletas. Era entonces cuando me tocaba quejarme divertido de las dimensiones del equipaje que Gema siempre arrastraba consigo, pero algo en la inesperada quietud del lugar me hizo pensar en ese rito como en una broma inadecuada. En el aparcamiento, entre los coches, corría una brisa cálida, oleosa, yo diría que un poco acre. Tal vez entonces vimos unas primeras sombras recorriendo el seto de adelfas que cerraba el perímetro del recinto y que daba nombre a la urbanización. Un aleteo pesado, un zumbido impreciso, más bien un gruñido. Persianas que quizás subieron o bajaron imperceptiblemente en los bungalós vecinos cuando abríamos la puerta del nuestro. Una insoportable vaharada de calor húmedo, orgánico, en el interior de la vivienda que nos había correspondido.

–Es éste –Gema miró el número de la llave y luego lo comparó con el de cerámica encastrado en la pared blanca–. No está mal, un poco pequeño.

–¿Y qué? Vamos a estar todo el día en la playa, tirados como animales– me reí, y antes de cerrar la puerta vi fugazmente la raya turquesa que hacía la piscina al fondo de una naturaleza falsamente idílica, domada por la jardinería ornamental.

Añadí:

–O en la piscina.

Creo que ambos pensábamos en ese momento en la piscina comunitaria como si fuera un destino necesario e

inaplazable. No podíamos pasar un minuto más sin zambullirnos aunque fuese en una palangana, así que dejamos a Gordon sobre su esterilla, con un tazón de agua y un plato con esas bolas de comida deshidratada para perros que venden en los hipermercados, parecidas a frutos de endrina; luego colocamos las maletas sobre las camas, nos pusimos nuestros trajes de baño y, apenas con una toalla (y otro cigarrillo, en el caso de Gema, que encendió con el anterior), salimos a buscar la piscina que el anuncio de la inmobiliaria calificaba de «olímpica» y que a nosotros nos divirtió calificar de «homérica», por seguir con el juego irónico de las analogías.

—Allí hay alguien— con la mano de visera, señalé al fondo del recinto e intenté no parecer ansioso para no dar la impresión a Gema de que me importaba la anómala tranquilidad de la urbanización, cuando me había pasado veranos enteros quejándome de las aglomeraciones en hoteles y complejos vacacionales por toda España. Sin embargo, noté que ella también compartía el alivio de encontrar a otros veraneantes porque aceleró el paso y se ajustó mejor el pareo en la cintura como para estar preparada y presentable para una inmediata inmersión social.

No parecía haber de todas formas demasiada gente y, además, se habían concentrado al otro lado de la inmensa pileta o en un extremo de ésta, unos en el agua, chapoteando, y otros tumbados en el césped, inmóviles, bañándose en ese sol que todos venimos buscando al Mediterráneo. Eran unos bultos oscuros, tal vez demasiado tostados, que

emitían una especie de brillo metálico provocado por la película de cremas bronceadoras o protectoras aplicadas sobre la terrosa desnudez de su piel. Me pareció incluso intuir las formas sinuosas de alguna mujer, ese espectáculo sencillo y fabuloso que incluso los que nunca intentaríamos tener la más mínima aventura fuera de nuestro matrimonio agradeceremos poder contemplar bajo el sol del verano.

–Vamos hasta el otro lado– ahora era Gema la que, apretándome la mano y tirando de mí, instaba a un socialización que en nosotros era infrecuente.

Llegamos así hasta la orilla de la piscina, con intención de bordearla, y entonces me pareció que algo pesado agitaba una palmera cercana. Gema también lo notó. Cuando intentábamos identificar lo que había allí, sentimos unos pasos rápidos a nuestra espalda, como si alguien pisara con demasiado énfasis el suelo lodoso bajo la grama.

Ya no quisimos mirar atrás, ahora sólo pretendíamos llegar al otro lado, fingir que no estábamos estúpidamente asustados por nuestra propia aprensión, buscar el factible refugio de una vulgar reunión de piscina en la que habría presentaciones sencillas, intercambio de opiniones poco comprometedoras y tal vez un augurio de regreso el siguiente verano.

Sé que quise moverme pero que algo muy pesado dentro de mis venas me lo impedía. Tuve de pronto la absurda impresión de que me hubieran rellenado las piernas con mercurio helado. Y a Gema debía de ocurrirle algo parecido, porque había dejado caer el cigarrillo de su boca y sólo

miraba la escena con los ojos muy abiertos, sacudida por una especie de vagido semejante al de un motor atascado. Ni siquiera podría llamarse horror a lo que experimentamos al principio Gema y yo, sendos monigotes sin vida paralizados al borde del agua, mirando el espectáculo como si estuviera ocurriendo en la pantalla de un televisor. Tal vez estupor o incredulidad. O alguna otra palabra que no había sido concebida todavía, que alguien tendría que inventar para nombrar lo que sentíamos.

Habíamos llegado al borde de la piscina, y ya podíamos ver perfectamente a los que estaban dentro, jugando y chapoteando en el agua, flotando plácidamente bajo el aire lento y templado de la piscina. No eran personas. No lo eran. Lo que habíamos tomado por bañistas eran en realidad cocodrilos, dos de los cuales devoraban los cadáveres exangües de lo que parecían gacelas o antílopes, casi reducidos ya a la condición de piel, huesos y cuernos, aunque los monstruosos reptiles continuaban girando violentamente sobre sí mismos y rasgando los cuerpos para extraer una carne ya improbable. Recuerdo que en medio del espanto pensé absurdamente que lo que desgarraban los animales con una metódica y previsible bestialidad eran juguetes inflables de plástico que algún niño se habría dejado olvidados en el agua. Sin embargo, la posibilidad de un niño en medio de aquella pesadilla no hizo sino acentuar la impresión de horror.

Ese era el cuadro atroz que nos había congelado al borde de la piscina como si fuera a nosotros a los que nos hubieran extraído la sangre del cuerpo. Inmediatamente, sin darnos tiempo a pensar demasiado, de una esquina del recinto sobrevino la impresión de un movimiento delirante, muy

rápido, nervioso, y, de reojo, sentimos otro estremecimiento a nuestra derecha, simultáneo, hostil, al tiempo que los cuerpos tumbados en el césped por todas partes se alzaron, como urgidos, y mostraron también su naturaleza bestial, sus miradas frías y crueles, sus fauces salvajes. Reconocimos en un instante grandes felinos, hienas, mandriles, algún otro grotesco reptil que no supimos nombrar.

Una súbita descarga de electricidad, extrañamente placentera, sacudió de pronto mi columna vertebral. Fue una especie de irrigación química que me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies, desde la punta de los dedos a las raíces del cabello, pasando por el pecho, dejando allí un mensaje de sangre encabritada que golpeaba con fuerza las paredes del corazón. Entonces miré a Gema. Parecía haberse quedado dormida con los ojos y la boca muy abiertos, así que la agarré del brazo y di un fuerte tirón para obligarla a despertar, a moverse, a correr, aunque no sabía hacia dónde, porque una agitación ubicua parecía haberse excitado definitivamente por toda la urbanización, acompañada de un rumor que era la suma inequívoca de mil instrumentos guturales, inarticulados, el tumulto colérico de una manada. Y, contrapuntando ese rugido complejo, los latidos desbocados de mi corazón marcando el ritmo del aullido dilatado que había empezado a salir de pronto de la garganta de Gema, una especie de instrumento desafinado que emitiera una sola nota en el crescendo ensordecedor del pánico. Sabía que un día recordaría ese rostro descompuesto, una máscara en la que parecía haber sido desalojada cualquier emoción que no fuera el terror. Un terror primordial, puro.

Todavía no sé cómo pero, tras un lapso extraño, ajeno a las habituales dimensiones físicas del espacio y el tiempo que en condiciones normales pudieran explicar y contener todo aquello que estaba ocurriendo, descubrimos que habíamos recorrido en sentido inverso y de forma instintiva el trecho que hacía sólo unos minutos habíamos transitado desde nuestro bungalow, del que ya sólo nos separaban unos metros y un cansancio indescriptible que aplomaba nuestras piernas hasta el temblor.

Apenas nos encontrábamos ya a una decena de metros de la vivienda cuando vimos lo que parecía una pareja de grandes carnívoros, tal vez leonas, galopando fulgurantes al mismo destino que el nuestro mientras intentaban cerrarnos la retirada, como en una de esas cacerías que tantas veces habíamos contemplado sentados confortablemente en el sofá de nuestra casa frente al televisor. Con la salvedad de que ahora las presas éramos nosotros, Gema y yo, cebras aterrorizadas que saben oscuramente que dentro de un instante van a morir con la garganta desgarrada por las poderosas mandíbulas de un depredador inclemente al que sólo le interesas como alimento.

Sin embargo, nunca podré decir de dónde saqué la energía necesaria para dar otro tirón del brazo de Gema, todavía más fuerte, que además acompañé de un salto improbable en cualquier otra circunstancia. De pronto nos hallábamos dentro del bungalow, cuya puerta habíamos dejado venturosamente entornada quizás por la ansiedad de salir a buscar la piscina, quizás sólo por uno de esos caprichos inexplicables del azar que nos complacemos en llamar suerte, ya que en caso contrario las dos fieras nos habrían dado alcance con toda seguridad y habrían acabado con nosotros.

La realidad es que ahora estábamos providencialmente a salvo, apoyados contra la puerta, de espaldas, aunque sentíamos los arañazos de las bestias al otro lado, la violencia de sus gruesas cabezas empujando contra las hojas de madera. Gema se había echado a llorar, de forma incontenible. Emitía un sollozo sin consuelo que sonaba en el interior del bungalow como un instrumento desafinado. Yo por mi parte sudaba, respiraba el ambiente recalentado del cuarto con la boca muy abierta, tragando todo el aire que podía, que a mí me parecía muy poco y muy caliente y muy ácido. Ni siquiera escuchaba los chillidos exasperados de Gordon, que parecía comprender lo que estaba pasando mejor que nosotros y lo deploraba a la manera cómica a la que estábamos acostumbrados. Confieso que tuve ganas de agarrarlo y echarlo a las fieras como una ofrenda gozosa que tal vez habría conseguido apaciguar al dios de la naturaleza implacable que se había desbocado ahí afuera. Sólo el llanto inconsolable de Gema, su miedo primordial y su tristeza, impidieron que me dejara llevar por esa tentación: Gordon era sin duda uno de sus seres queridos, quizá el que menos la había decepcionado nunca.

Fue entonces cuando me vi en un espejo que había en el vestíbulo de la vivienda y descubrí que yo también estaba llorando, como ellos, y me encontré pálido y desencajado, con una expresión que me asustó porque nunca me había visto así. Gema entretanto había dejado resbalar su cuerpo hasta el suelo, mientras se apoyaba contra la puerta, y, reclinada la cabeza en las rodillas, se había tapado la cara con los brazos y temblaba. Había dejado de llorar. Paradójicamente, ver el mundo al revés en el espejo, verme a mí y ver a Gema, y ver las otras cosas a través de ese reflejo (los cuadros vul-

gares del vestíbulo, un termómetro hecho con conchas, un paragüero absurdo...), me hizo despertar totalmente de la sensación de irrealidad que había comenzado con la imagen de los cocodrilos en la piscina. La propia enunciación de la escena («cocodrilos en la piscina») seguía pareciéndome la formulación de una pesadilla que, aunque vívida, no dejaba de ser una imagen que venía del universo de las quimeras o de la ficción. Pero «aquello» estaba pasando. Gema sentada en el suelo, presa de fuertes sacudidas nerviosas, estaba pasando. Los gruñidos y embates tras la puerta estaban pasando. Una plácida mañana de verano de pronto poblada de bestias estaba pasando.

De repente oí un ruido dentro de la casa y esa sensación de realidad, ya insoportable, se acentuó: aquel tipo de sonidos sólo se escuchaba en el mundo de lo sanguíneamente vivo. Corrí hacia las habitaciones, sabiendo que quizás ya era tarde para cerrar las ventanas que habríamos dejado abiertas inconscientemente para que se ventilara la vivienda. A medida que me acercaba al fondo del bungalow, mi miedo se mezclaba con la temeraria determinación de los que han decidido intentar sobrevivir. Tensé los brazos, arqueé los hombros, hinché el pecho, agaché instintivamente la cabeza para no exponer el cuello, agarré una lamparilla de mesa que encontré sobre un aparador. Un guerrero ridículo, un antiguo cazador sometido por el confort de la civilización armado con el pie de una lámpara de bronce. Fue entonces cuando escuché a Gema gritar un «No» horripante, refutando la realidad, quizás también temiendo

por mi suerte. Reconozco que me hizo dudar un instante, pero no me detuve. Me asomé con temor al dormitorio, de donde creí que podía haber llegado aquel ruido. La ventana estaba abierta, como había sospechado, pero no había nada extraño en él, nada corpóreo, al menos, aunque sí se barruntaba alguna amenaza súbita, escondida tras la atonía de un vulgar cuarto de vacaciones. El suave vuelo de los visillos, mecidos por esa brisa fragante que subía del mar, proporcionaba una inesperada sensación de sosiego, tan falsa como seductora. Entonces lo escuché. Escuché un aleteo pesado, un batir de plumas tranquilo, como si aquella cosa se despezara. Miré a mi espalda. Las amenazas siempre están a la espalda y a veces en la oscuridad. Sin embargo, lo descubrí a la derecha, casi frontal a mí. Cómo pude no verlo enseguida. Se trataba de un majestuoso búho de plumaje gris o negro, no lo distinguía bien subido allí arriba, en las sombras, sobre el armario. Era inmenso y parecía soñoliento, pero, cuando yo lo miré a él, dio la impresión de despertar. Entonces él me vio a mí: se me quedó mirando fijamente, sin rencor, abrió un poco el pico, parecía que quisiera decirme algo, y, por fin, alzó su costoso vuelo y salió por la ventana arrollando los visillos. Yo me lancé entonces a cerrar la ventana y bajar la persiana. Me faltaban manos para tirar de la cinta, pero lo hice. Ahora sólo quería volver inmediatamente con Gema, para contárselo, como si hubiera sobrevivido a una ordalía y volviera para decirle lo que había visto, aunque enseguida descubrí que ella había estado contemplando todo desde el pasillo. Tenía los párpados hinchados, enrojecidos, y la boca semiabierta. Delante de mi mujer había un charco de vómito que Gordon olfateaba curioso. No pude evitar acordarme

de la Gema que sólo hacía una hora había exhibido en el coche, quizás de forma inconsciente, su belleza embrionariamente madura.

—¿Qué podemos hacer?

De su pregunta deduje que ella también había abandonado la posibilidad de que todo aquello fuera una pesadilla. Exigía una solución que participara de la realidad, aunque ésta fuera espantosa. No se precisaba un héroe, bastaba con la lógica de un mundo de piscinas sin bestias.

—¿Dónde está el teléfono?

Gema corrió hacia el dormitorio, donde habíamos dejado descuidada, precipitadamente, el equipaje que habíamos sacado del coche. La oí rebuscar en su bolso, escuché con ansioso anhelo cómo tintineaban sus llaves, cómo chocaba su lápiz de labios con el cristal de sus gafas de sol, la oí maldecir, revolver maletas, bolsas de mano, incluso cajones que no podíamos haber usado todavía.

—Tú has cogido el teléfono —el hecho de que no preguntara, de que afirmara algo que sabía imposible, tal vez le proporcionara la esperanza de que yo tuviera realmente su teléfono. Ella sabía que yo no poseía teléfono móvil, que me había negado a tener uno de esos aparatos que mis fatuos principios juzgaban un símbolo de no sé qué sometimiento a los dictados de la industria y el mercado, con los que me gustaba pensar que estaba en una guerra inofensiva que no era sino una forma de vanidad. Yo creo que todo eso lo pensaba en ese instante Gema y que me odiaba por ello. Parecía querer decirme que era un impostor y que mi impostura iba

a causar nuestra muerte en aquella delirante urbanización de veraneo.

–Tiene que haberse quedado en el coche –se me ocurrió.

Gema había cogido a Gordon en brazos, como si quisiera mostrarme que necesitaba afecto y que ella misma era capaz de darlo también, pero no a mí. Nos habíamos asomado a las rendijas de la persiana para valorar la distancia hasta el coche, las posibilidades de llegar hasta él. Nos desanimó ver una inofensiva grulla parada encima del capó. No nos sorprendió que una hiena apareciera de pronto, que orinara en los tapacubos y luego oliera los marcadores químicos de sus desperdicios. Vimos al carroñero alejarse al trote del coche, muy tranquilo, como si supiera bien adónde iba, y echar una ojeada fugaz a nuestra ventana por encima de su lomo antes de desaparecer de nuestro ángulo de visión.

Fue entonces cuando llegó una risa convulsa desde el fondo de la vivienda. Pensé en la hiena, imaginé que tal vez había dado la vuelta y había entrado de alguna manera por la puerta o por alguna ventana inadvertida en otra parte del bungalow. Sobresaltado, me volví despacio, buscando el rostro de cera de Gema como si buscara mi propio miedo en un espejo, pero ella ya no estaba a mi lado. Corrí de nuevo al dormitorio. Allí se encontraba mi mujer, sentada en el borde de la cama, riéndose a carcajadas, vestida sólo con un bikini que el contexto volvía inapropiado. Comía unas galletas que había sacado del bolso.

–¿Quieres? –alternaba caladas profundas a otro cigarrillo con pequeños mordiscos a una galleta integral. Tenía la mirada perdida y el paño sonrosado que aparecía en su frente cuando se reía con intensidad.

Gordon se había echado sobre una esterilla en el suelo y ahora parecía deprimido. Gema se había recogido el pelo en un moño alto que le dejaba descubierta la nuca. Yo caí en la cuenta del calor insoportable de la vivienda al ver un regato de sudor que nacía en la depresión de la base frontal de su cuello, entre las puntas interiores de sus clavículas, y llegaba hasta la falla de sus senos.

Quise encender el ventilador colonial que había en el techo, pero no respondía al interruptor que tenía dibujado el símbolo de un cristal de nieve como si prometiera una ventisca. Probé con otros pulsadores de la habitación pero las aspas no se movían. Lo inquietante es que ninguno hizo suceder nada.

–No te molestes –confirmó Gema–, no hay electricidad. Es gracioso, ¿no?, ¿para qué querría luz un puto búho?

Mi mujer volvió a reírse. Una carcajada fallida en realidad, que pareció más un golpe de tos. Me acerqué a ella y le cogí la mano. No me rechazó: agarró con fuerza las mías apretándolas contra su pecho.

–Voy a sacarte de aquí.

Gema asintió y se tendió en la cama dejando caer su cuerpo hacia atrás sin soltar mis manos. Yo hice lo mismo. Estábamos exhaustos. Nos dormimos arrullados por el ruido que hacían las cigarras, las pinzas de los alacranes, las carreteras de las bestias sobre el mullido césped de la urbanización «Las adelfas».

Me despertaron aullidos. Y el calor. La habitación era un gran horno en el que nuestra carne semidesnuda se mace-

raba. Gema seguía dormida pero bajo su cuerpo, sobre la sábana, se extendía una mancha embebida de sudor. Mi lugar en la cama era ahora un lienzo arrugado y mojado, una sensación de suciedad salada, como el sudario de un cadáver que se ha desenterrado.

Miré el reloj. Las cuatro, pero ¿de qué día?, ¿de la tarde o de la noche? Me atreví a subir un poco la persiana después de haber comprobado a través de los orificios de la misma que no había ninguna fiera próxima. Con la persiana algo subida, corrí una hoja de la ventana para que entrara aire. Afuera era de noche. Una brisa suave refrescó mi piel cubierta de sudor, pero trajo también un hedor animal que despertó de nuevo en mí el temor de que una conspiración de fieras acechara tras las paredes de la casa. Les adjudiqué una astucia que no necesitaban para ser temibles. Tenía sed. No había bebido nada desde que paramos en aquel bar de carretera el día anterior. Recordé que Gema había gastado el agua de la última botella para dar de beber a Gordon, en el coche, así que fui a la cocina americana del bungalow. No sé por qué no me sorprendí de que no saliera ni una gota del grifo del fregadero. Fui al baño y abrí las llaves del lavabo y de la ducha: nada. Mi sorpresa fue ver brotar un chorro de agua templada del grifo del bidé. Haciendo un cuenco con las manos, bebí con el ansia de un perro callejero y luego metí la cabeza dentro del plato del bidé para mojarme la nuca.

—Parecemos animales.

Gema estaba de pie en la puerta, desnuda de cintura para arriba, sólo con la braga del bikini. Se acercó al bidé, me apartó, se arrodilló y repitió mis gestos.

—Voy a ir al coche, tengo que recuperar tu teléfono —creí que mi decisión la consolaría.

–Es una estupidez: se le habrá gastado la batería y aquí no podemos cargarlo...

Al parecer era una estupidez intentar cargar un teléfono sin electricidad, pero no la posibilidad de exponerme a las bestias. Intenté comprenderla. No importaba que fuera ella la que lo hubiera olvidado: yo era el que cometía los peores errores. Gema volvía al dormitorio mientras me informaba de que a los teléfonos se les acaba la batería y sólo los estúpidos desconocen este dato esencial. Se sacudía el pelo para que las gotas asperjaran su cuerpo y dejaba un rastro de huellas húmedas en el terrazo. Gordon la seguía jugando con sus pies descalzos, mordiendo sus tobillos.

No sabía qué hacer. Me aproximé a la puerta de la casa y puse las palmas de las manos en la madera. Luego acerqué la cabeza y apliqué el oído. Se escuchaba un zumbido pero tal vez estuviera dentro de mi cabeza. Por lo demás, nada. Valoré rápidamente todos los posibles malentendidos de esa absurda situación. Un sueño o una broma estaban descartados, pero, quién sabe por qué, siempre acuden como solución factible cuando la narrativa de la vida se nos complica. Supone un recurso cómodo, casi diría que un consuelo ante la impotencia que sentimos frente a ciertos episodios que nos superan. En ese instante somos como escritores ineptos que han de resolver un nudo en la escritura y eligen la salida más fácil. Quedaba la explicación del error, del lugar equivocado, del momento inadecuado. En ese caso, alguien vendría a comunicarlo, a decir lo siento, esto no tenía que haber ocurrido, acepten nuestras disculpas, los responsables serán castigados.

No sé cuánto tiempo estuve así, intentando sostener en mi cabeza la posibilidad de algún plan, dejando que mis pensamientos se desviaran a veces en extrañas direcciones que a veces eran acciones desesperadas, lucha a cuchillo con las fieras, y a veces eran la vida factible que podríamos tener Gema y yo encerrados aquí para siempre. Separé la cara de la puerta y fui a la cocina. Había un pequeño frigorífico, como el de los hoteles, pero naturalmente estaba vacío y muerto. Tenía hambre y ahora me arrepentía de haber rechazado las galletas de Gema. Volví al cuarto. Las primeras luces del día se filtraban por la persiana y dibujaban unos círculos como monedas de oro en el suelo. Caían sobre las baldosas a través de una gasa de partículas de polvo en suspensión. Gordon hozaba en su platito de comida seca. Estaba mudo desde hacía horas. Parecía tranquilo o resignado. Si acaso erguía en ocasiones sus pequeñas orejas como si escuchara una llamada emitida en una frecuencia secreta.

Me senté en la cama. Las mismas manchas de luz que horadaban el terrazo del bungalow se posaban también sobre el cuerpo desnudo de Gema, como los ocelos de un felino. Estaba boca arriba, con las piernas abiertas, sudando y respirando con dificultad. Me acosté junto a ella y puse mi mano sobre su vientre. Registré una palpitación tibia. Pensé en Gema como en una bóveda o una cueva. Una concavidad que había que recorrer y fertilizar. Siempre quisimos tener hijos pero siempre habíamos encontrado alguna excusa para aplazarlo. Me sentí culpable de pensar en ella de esa manera pero al mismo tiempo estaba muy excitado. El cansancio y la tensión provocaban en mí una exaltación laxa, una erección elástica y pesada. Me puse encima de ella y me dejé resbalar hacia los pies de la cama. Había un olor ácido

en las sábanas, una humedad fecunda. La besé en el interior de los muslos y ella se removió en la cama. Puse mis manos en sus costados y le di la vuelta. Gema quedó de espaldas, con el trasero algo levantado, expuesto. Cuando terminé, el cuerpo de mi mujer era un arco erizado que convulsionaba como si hubiera sido recorrido por una corriente eléctrica.

Esa noche escuché cómo llamaban a la puerta con los nudillos. Eran mis amigos. Estaban todos, incluso ciertos compañeros de la universidad que hacía años que no veía. Por algún desconocido azar, se había reunido gente que no tenía que conocerse, personas diferentes que nunca habían compartido nada. Sin embargo, reían y llevaban botellas en las manos como para festejar, como si además se reunieran a menudo para eso. Algunos de ellos, haciendo melindrosas pinzas con sus dedos, sostenían unas bandejas que debían de ser pasteles, con sus lazos rizados y sus pequeñas manchas de grasa traspasando el papel que los cubría. Yo les tomaba las bandejas de sus manos, les daba las gracias, pero entonces mis amigos se reían más fuerte, con un tono indisoluble de burla, quizá algo excesivo, igual que si vinieran bebidos. A mí me parecía normal. Celebraban algo, aunque yo no sabía qué pudiera ser. ¿Por qué habían venido a mi casa? No me atrevía a preguntarles. Me limitaba a hacerles un gesto para que pasaran, pero ellos se quedaban en la puerta, retorciéndose de risa, agarrándose las tripas, como si los espasmos de las carcajadas les provocaran un dolor placentero. Yo les decía que bajaran el tono. Pensaba en los vecinos, en qué iban a decir de todo ese escándalo, pero

también sentía el miedo impreciso de que pudieran atraer alguna amenaza con su alboroto, de que de pronto hicieran ocurrir algo. En ese instante me pareció que decían alguna cosa sobre los pasteles, juegos de palabras que no entendí, que me obligaron sin saber por qué a mirar las bandejas en mis manos. Una oscura intuición me revolvió entonces el estómago. Las aparté de mi cuerpo con aprensión pero también con un apetito irresistible, nauseabundo, que me empujaba a mirar dentro de las bandejas. Me precipité a la cocina y las puse sobre la mesa sin dejar de escuchar a mi espalda las risas exageradas de mis amigos en el vestíbulo, cada vez más parecidas a rugidos y a ronquidos y a estertores grotescos, aunque yo sólo estaba preocupado ya por romper el papel grasiento de los pasteles. Quería tomar uno, metérmelo en la boca, aunque no era hambre lo que sentía, sino una ansiedad irresistible que de pronto me hacía sentirme muy vulnerable. Notaba su dulzor en mi lengua, imaginaba el azúcar crujiendo entre mis dientes. Nervioso, busqué en un cajón de la cocina lanzando cubiertos por los aires, encontré un cuchillo y con él rasgué la cinta. Luego abrí las dos hojas del papel con las manos como si hendiera un tórax sobre la mesa de operaciones mientras la risa ebria de mis amigos crecía sin parar en algún lugar de mi casa. Yo no podía sin embargo dejar de mirar la bandeja. Lo primero que vi fueron unos bultos blancos, esponjosos. Acerqué la mano, toqué uno con un dedo. Estaba frío. Viscoso. No era un pastel. No lo era. Era un pequeño ratón albino. Era una docena al menos de ratones muertos, destripados, y el zumo de sus humores desbordados era lo que manchaba el papel que cubría las bandejas. Miré hacia atrás, buscando una respuesta en mis amigos, algo que explicara aquello, pero

hacía un rato que ellos habían dejado de reír. Corrí por el pasillo, quería saber qué había pasado, pero a medida que corría notaba cómo mi cuerpo iba pasando poco a poco del sueño a la vigilia, del piso que Gema y yo compartíamos en Madrid a una habitación impersonal de un bungalow de la costa. Llegaba a la puerta donde debían estar mis amigos en el mismo instante en que desperté sobresaltado.

Cuando abrí del todo los ojos, descubrí que las islas de suciedad que había visto sobre el papel de los falsos pasteles estaban también sobre las sábanas, manchas de sudor y de humores que se habían ido depositando allí y secándose como aureolas ácidas y caprichosas; y luego, al instante, volví a escuchar los ruidos que en el sueño había confundido sin duda con golpes en la puerta, y que realmente sonaban tras las paredes del apartamento, como si la fauna hiciera allá afuera un trabajo paciente de derribo.

Gema entretanto seguía dormida, boca abajo, respirando suave y regularmente, como en cualquier mañana de domingo de aquellas que ahora parecían extraviadas para siempre en un pasado de monotonía envidiable. Nunca sabe uno lo que va a echar de menos, ni cuánto va a lamentar haberlo perdido.

Me incorporé y agucé el oído. La percusión continuaba con una regularidad irritante, era incansable y parecía proceder de todas las paredes del bungalow. Imaginé cornamentas, testuces hiperbólicas, ojos bañados en sangre. Sin embargo, escuchando con atención me pareció que era posible distinguir una especie de música, tal vez aislar un

ritmo deliberado que obedecía a una secuencia, algo parecido a un dátilo tosco que mandaba un mensaje sin duda intencionado aunque indescifrable. Los animales no hacen música, pensé. O al menos no saben que la hacen.

—Gema...

Le puse una mano en la espalda. Estaba mojada y tibia. Se volvió de lado, se encogió como si tuviese un frío imposible en aquella estufa y se llevó las dos manos a los ojos igual que un niño pequeño que se despierta demasiado pronto. Prolongaba involuntariamente la ficción de un amanecer en aquellos dormitorios de nuestra vida perdida que todavía no asediaban las fieras, una vida en la que el absurdo era sólo una posibilidad inofensiva.

—Escucha, cariño.

Me miró con los párpados hinchados. Y una mueca de algo semejante a la decepción. Me pareció que no era la situación la que la contrariaba sino despertar y verme a mí, pero fingió interés. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Escucha bien, hay alguien.

Me levanté y fui hacia la pared de donde creía que venía el ruido, pero Gema me señaló con el dedo un lugar diferente y luego se puso las manos juntas sobre la boca y la nariz, como si quisiera ahogar un grito o rezar, aunque los ojos mandaban un mensaje de esperanza frágil. Parecía no querer tener ilusiones, pero evidentemente se las hacía. Se rascaba en diferentes partes de cuerpo con fruición. Un habón escarlata le cerraba un párpado. Sin duda los mosquitos se habían dado un banquete con la sangre dulce de sus venas.

Me aproximé adonde me había indicado Gema y apoyé la cara contra la pared. Estaba caliente como un cuerpo bajo

las mantas. El pulso al otro lado contribuía a esa impresión de ser vivo palpitante que transmitía la habitación entera. Sin separar el oído, di dos ligeros golpes con la palma de la mano abierta y esperé. Fueron unos manotazos indecisos, temerosos de despertar una cólera imprecisa ahí afuera. Sin embargo, el compás se detuvo, como si el autor se hubiera asustado o valorara mi reacción, pero luego se reanudó claramente repitiendo mi tosco mensaje como un eco. Lo escuché mirando de reojo a Gema, que se había sentado al borde de la cama con Gordon temblando en sus brazos. El sonido se hizo entonces más nítido, más decidido, aunque mantenía la cadencia larga, breve, breve de los hexámetros latinos. Me divirtió imaginar a un rinoceronte leyendo La Eneida, escandiendo los versos de Virgilio ayudado de los empujones de su cráneo primitivo. La poesía como ruido afortunado.

De pronto tuve sin embargo la impresión de que el latido se alejaba de mi oído. Su mensaje era sin duda un derrotero. Viajaba por la pared, despacio, y yo contestaba con mis manotazos, persiguiéndolo extático: daba dos golpes, un troqueo –largo, breve– para que entendiera que conocía su plan, que lo aceptaba. Sin embargo, su plan era confuso ¿Por qué se movía?

Miré hacia donde se orientaba el curso de los golpes y vi la puerta del cuarto de baño. Corrí hacia allí. Cuando entré, el ruido había cesado. Como un loco, fui de un lado a otro del baño poniendo la oreja sobre los azulejos, aguantando la respiración, dando golpes con la mano abierta, cada vez más fuertes, más desesperados, pero no se oía nada. Pasaron muchos minutos, tuve la tentación de rendirme. Estaba agotado. Media hora después, empecé a sospechar que aquello no era

sino otro de los desvaríos que ese encierro absurdo era capaz de provocar en nosotros. Hasta pensé en una broma de mis amigos. En una broma dentro de un sueño. Después de lo de los ratones todo era posible, aunque cierta resistencia de la lógica se empeñara en seguir intentando discernir lo posible de lo delirante.

Antes de volver al dormitorio, me vi en el espejo del cuarto de baño. Unas ojeras cárdenas aureolaban mi mirada. El brillo de mis ojos había desaparecido, como si el calor y la locura estuvieran secándome desde dentro. Además, me encontré despeinado de una manera nueva, igual que si dentro del bungaló soplara un aire violento cuajado de polvo.

Vi pequeñas sombras delante de mis ojos. En la taza del váter revoloteaban esa especie de pequeñas moscas de vuelo torpe que semejan defectos de la luz, que parecen alimentarse de la acidez de la orina. Daban la impresión de emborracharse con los efluvios que desprendía el pozo ciego bajo el bungaló. Maté varias de ellas aplastándolas con los dedos sobre la pared, contra el espejo, con una repugnancia infinita, con rencor, y luego me apoyé en el quicio de la puerta que comunicaba el cuarto de baño con la habitación en la que Gema esperaba que asomara tal vez con algo parecido a un trofeo. Me encogí de hombros. Entonces escuché la voz.

Primero la confundí con otra cosa, tal vez con uno de esos graznidos perentorios de los pájaros volantes que reclaman su comida con los ojos ciegos. Imaginé que algún plumífero desorientado se había metido en los conductos de ventilación o en el tiro de la chimenea de la cocina y tal vez no pudie-

ra salir. Quizá el ave porfiaba emparedada tras los tabiques y su aleteo exasperado había llegado hasta nosotros como una fortuita llamada de socorro. Y yo lo habría confundido con el mensaje de una inteligencia que intentaba comunicarse con nosotros. Ese pensamiento me desalentó. Me senté en el suelo, apoyado contra el marco de la puerta y miré a Gema. Su cara podía ser la mía: idéntica decepción, el mismo cansancio. Sin embargo, como si al otro lado fueran conscientes de que nuestro desconsuelo podía hacerse definitivamente impermeable, alguien dijo una palabra. Primero una palabra nada más, pero ahora creo que muy estudiada. No cualquier palabra:

–Amigo.

Confieso que durante unos instantes seguí pensando en un loro o en una urraca o en alguno de esos otros pájaros exóticos que imitan la voz humana sin saber lo que están diciendo. Por alguna razón empeñarme en una explicación así me inquietaba menos.

«Amigo, ¿está usted ahí?», dijo a continuación. «¿Está solo, amigo?»

Sin embargo, una vez que reconocí la primera palabra fue como si todas las demás se ordenaran obedeciendo a una gramática consciente. Ahora escuchaba perfectamente la voz, la reconocía entre cualquier otro ruido posible. Era ronca, serena. Quizá algo resignada pese a la incierta esperanza que incluía su pregunta.

–No, somos dos –intenté proporcionar intensidad a mi voz sin gritar. Seguía pensando que chillar equivalía a excitar al sindicato de las bestias.

Me había girado dando la espalda al dormitorio y a Gema, pero no me atrevía a moverme de la puerta. Tenía la sensación de que colocado bajo el quicio me protegería de

cualquier peligro. Había oído decir que ese es un buen sitio para sobrevivir a un terremoto pero yo más bien lo veía como un lugar de paso que me permitiría elegir la mejor opción en caso de sorpresa o de riesgo, una especie de encrucijada en la que cualquier vía de escape permanecía abierta.

Noté entonces el aliento de Gema a mi espalda. Y luego sus brazos rodeándome desde atrás, como si me atraparan las ramas de una hiedra fresca, y la morbidez de sus senos contra mis omoplatos. Sus dedos se enredaron entonces en el vello de mi pecho y sentí un escalofrío.

—Es un hombre —lo dije por encima del hombro, girando la cara, notando el olor espeso y salado de la boca de Gema cerca de la mía. Sabía que decir eso era una obviedad, pero verbalizarlo me tranquilizó. Aseverar cosas sencillas en aquellas circunstancias ayudaba a mantener la ilusión de una realidad sin monstruos.

—Es un hombre el que habla —repetí.

De todas formas, a veces hago eso: repito obviedades para llenar silencios incómodos.

Di un paso hacia la porción de pared de donde parecía venir la voz. Gema me soltó y se quedó en la puerta, cruzando los brazos sobre su pecho desnudo como si siguiera teniendo frío. Vi la rejilla.

—¿Tú estás solo?

El hombre se calló, tardó en responder. Me pareció escuchar un suspiro.

—Sí.

La voz salía por la rejilla de ventilación que debía de comunicar ambos bungalós. Recordé que el complejo se organizaba como una serie de viviendas adosadas unas a otras en escalera, así que estaba claro que los cuartos de baño se

comunicaban por ahí. Hasta ahora no habíamos escuchado ningún ruido que viniera de la casa de al lado, pero tal vez estábamos demasiado ensimismados o demasiado atentos a perturbaciones que imaginábamos provenientes de la zona del jardín y la piscina, en la que en ese instante parecía extenderse una calma presagiosa. El tumulto de bestias, los grandes felinos que habían intentado atraparnos, sus arañazos en la puerta, las embestidas de sus cráneos imponentes, todo eso parecía haberse retraído hacia algún lugar del jardín, como si las fieras reposaran de su ataque fallido sin renunciar a otro intento.

—¿Tienen víveres?

Recordé las galletas de Gema, las bolas de muchos colores de Gordon. Me inquietó oír llamar víveres a la comida, como si atravesáramos un fabuloso desierto de sal con el morral vacío.

—No.

—Yo sí tengo, a ver cómo se los puedo hacer llegar.

Habría sido tan fácil abrir la puerta de nuestro bungalow, llamar a la suya, cenar juntos, brindar, contar chistes de esos que se cuentan cuando el vino ha hecho efecto...

—Por la rejilla.

—Es demasiado pequeña, denme tiempo. ¿Podrán aguantar?

Ahora parecía ese héroe que sujeta a un desgraciado con una mano en un acantilado, el abismo a sus pies, mientras musita voluntariosas palabras de una esperanza improbable: Aguantar. Pronto llegará ayuda, todo se arreglará...

Gema se había acercado entretanto y había pegado el oído a la pared. De pronto el hombre había desaparecido. Su voz, en realidad. Lo cierto es que no era otra cosa

que una voz humana, pero había significado un alivio extraordinario. No era la expectativa de la comida lo que nos ilusionaba de forma particular. No sólo. Al menos a mí no. Era la posibilidad imprecisa de compartir la pesadilla, de barajar explicaciones, de aventurar conjeturas. Un factor de normalidad en medio de aquel delirio: si otro participaba de nuestro horror, tal vez lo equivocado era todo lo que estaba afuera. Había llegado a creer que el error éramos nosotros, que nosotros éramos el elemento extraño en la función, de manera que los animales sólo hacían lo que les correspondía: devorarnos, borrarlos, expulsarnos de su realidad bestial. Habíamos llegado aquí con nuestras Samsonite, nuestras cremas protectoras, nuestros teléfonos móviles ahora inservibles, pretendiendo que la naturaleza se adaptara a nuestras benignas reglas, a nuestros hábitos de inanidad y horarios, de ocioso confort, cuando el mundo era realmente un drama implacable de víctimas y depredadores. Eso era lo que había llegado a pensar hasta que la voz de quien fuese que estuviera al otro lado de la pared dijo aquello de «Denme tiempo. ¿Podrán aguantar?». Frases de supervivencia factible en un mundo que se había vuelto hostil. Pero ahora no estaba. Tal vez había soltado nuestra mano y ya estábamos cayendo en el precipicio.

—¿¡Dónde está!?! —me dio lástima ver chillar a Gema. Gordon se escondió debajo de la cama. Sus ojos saltones miraban con terror a su dueña.

—¿Dónde está ese hijoputa? ¿A dónde se ha ido con su comida?

—Cálmate, cariño. Ha dicho que le demos tiempo.

El golpe fue esta vez tan fuerte que mi mujer cerró los ojos, intentó meter la cabeza entre los hombros, para pro-

tegerse, y dio un salto hacia mí. Noté su sudor frío, el olor ácido concentrado en los pliegues de su cuerpo. Luego siguieron otros golpes. No eran con las manos, como los anteriores, sino con algo pesado y poderoso. Todo el bungaló parecía temblar. Gema se puso detrás de mí, como una niña que creyera poder resguardarse de un huracán detrás de un macizo de flores. La pintura de la pared empezó a cuartearse en la parte donde el hombre golpeaba. Era alrededor de la rejilla. Supuse que pretendía aprovechar el agujero del respiradero para hacerlo más grande pero tampoco pude dejar de pensar en un animal imponente batiendo salvajemente contra el muro. Un elefante, un búfalo.

–Apártense, van a caer trozos – jadeaba.

Trabajaba sin desmayo, parecía incansable. Durante las horas en que el hombre estuvo golpeando la pared, Gema se había vuelto a echar en la cama. Yo habría dicho que después de varios días ya no podía tener cigarrillos, así que no sé de dónde podía haberlos sacado. Lamenté que la batería de un móvil caducara antes que un cartón de tabaco. Fumaba un cigarrillo tras otro, con las pupilas de los ojos dilatadas, fijas en algo que yo no veía. El compás atronador pero regular de los golpes invitaba sin duda a fantasear o a evocar. Yo no pude dejar de imaginar que ella me miraba en un pasado en el que yo todavía era deseable y que se había actualizado como presente imperfecto. Pensé que alguna vez yo mismo había concebido la posibilidad de novedades en nuestras vidas, de sobresaltos y sorpresas que pudieran reprimen nuestras mutuas expectativas lúbricas, aquellas que colmaron nuestros

primeros años juntos y que confundimos con amor. Con amor eterno, incondicional. Siempre hay condiciones. Sin embargo, todo el mundo lo hace, todo el mundo confunde esas cosas. Nunca calculas que las novedades seguras que traerá la vida pueden desembocar en una revelación perniciosa: el miedo y el riesgo en que en ocasiones consiste vivir nos vuelven casi siempre mezquinos, nos empeoran. Eso debían de ver en ese instante las pupilas cristalizadas de mi mujer. Y yo tampoco estaba seguro de que aquella fuera la versión preferible de Gema: severidad e impaciencia. Claudicación.

Anocheía cuando el agujero se hizo practicable. Lo supimos porque el trabajo del hombre se detuvo de pronto. Chisté a Gema, que vino corriendo junto a mí. Se había vestido con un top de tirantes y un pantalón corto. Abrazaba a Gordon con una colilla apagada en sus labios. Lo primero que vimos fueron sus manos. Unos dedos velludos y gruesos, agarrados al borde del orificio como si estuviera trepando. Tenía además unas uñas demasiado largas, amarillentas. Creo que ambos imaginamos un simio aferrado a los barrotes de su jaula. Por eso nos sorprendió tanto su rostro: lechoso, blando, bien afeitado, con unas gafas doradas de metal, demasiado grandes, que acentuaban la impresión de una mandíbula débil, retraída contra la nuez afilada. Estaba bien peinado, pese al esfuerzo que debía de haber hecho para abocardar así el agujero. Sonrió descubriendo una dentadura imperfecta, del color de una hoja vieja de periódico.

—Buenas tardes.

No supimos qué decir. Nos saludaba como si acabara de entrar tranquilamente por la puerta, como si viniera de visita. Era un busto algo hierático, una especie de santo sereno en su hornacina.

–No sabes lo que nos alegramos de verte –incluí a Gema en mi deprimente bienvenida, pero no estaba seguro de acertar.

–Yo también me alegro de conocerlos a ustedes. Es un placer.

Me pareció ridículo pedirle que nos tuteara. Las urgencias de la supervivencia volvían absurdas esas formalidades pero había algo conmovedor en que se empeñara en tratarnos de usted.

–¿Tienes comida? –Gema no había olvidado la promesa.

–Naturalmente, señora, tengo suficiente para los tres – dudó mirando a Gordon –Aguarden un instante...

Desapareció, de repente, como si hubiera dado un salto hacia atrás, desde la altura en la que estaba encaramado. Un simio evolucionado que todavía puede desafiar la gravedad. Vi a Gema sonreír por primera vez en mucho tiempo. Me animé. Entonces se me ocurrió una cosa. Corrí al dormitorio de al lado y saqué de debajo de la cama la maleta. La arrastré hasta la pared y la puse de pie para intentar asomarme al agujero, que estaría a más de dos metros, junto al techo. Tuve que apartar con los pies los escombros, la rejilla de la ventilación, que habían caído de nuestro lado formando una montonera polvosa.

–Ayúdame.

Gema se acercó para que me apoyara en su hombro. La maleta ofrecía un asiento inestable y estuve a punto de caer, pero me agarré a los bordes del orificio. Me lastimé las manos con los dientes cortantes de los ladrillos que el hombre había roto con sus golpes.

Me di cuenta entonces de lo lamentable que era la situación, de las dimensiones tan exiguas a que había quedado reducida mi esperanza: asomarme al cuarto de baño de un

bungaló de verano era de pronto interesante. Estaba a punto de hacerlo cuando repentinamente me encontré frente al reflejo turbio de las gafas del hombre, que había vuelto a asomarse al ventanuco irregular que él mismo había abierto.

–Ya está, aquí tienen.

Nos ofrecía un paquete envuelto en papel de aluminio.

–Coman tranquilamente. Hablaremos...

Gema me arrebató el paquete de las manos, lo abrió con avidez dejando caer a Gordon sobre la cama. El hombre había vuelto a desaparecer. Oímos sus pasos en el bungaló de al lado. Gema ya había empezado a comer sin esperarme cuando escuchamos música. Reconocí las *Gymnopédies* de Satie, piano solo. Sonaban un poco sucias pero era un placer que ya no esperábamos.

Bajé de la maleta en la que me había subido para intentar mirar al otro lado, para recoger la comida que el desconocido nos había proporcionado. Estaba aturdido. Me senté en la maleta mirando a Gema. Comía con la boca demasiado llena, abierta. Sus mandíbulas hacían un ruido húmedo triturando el alimento.

–¿Qué es?

–No sé. Carne en salazón. Parece embutido. No está mal. Un poco dura.

Me acerqué a la cama y comí. Tenía menos hambre de lo que pensaba.

–¿Con qué habrá hecho el agujero? –Gema no me miraba mientras comía, pero yo me había preguntado lo mismo. De vez en cuando cerraba los ojos. –Menudo mamarracho...

–Baja la voz.

Mi mujer me sonrió con ironía:

–No nos oye. Se ha ido a escuchar un concierto. Debe de estar en París, tan peinadito... – se río, pero un trozo de carne entre los dientes rebajó su ironía.

–¿Tendrá luz?

Gema dejó de masticar. El bolo excesivo de comida se detuvo en un lado de su boca inflándole el carrillo. Luego volvió a rumiar la comida mientras se levantaba en dirección a la maleta y el agujero. De pronto la música dejó de sonar y mi mujer se quedó parada en medio de la puerta que comunicaba con el cuarto de baño. Allí estaba otra vez el hombre de la cara cómica. Podía verlo desde la cama.

–¿Necesitan algo más?

–¿Por qué no entras? – Ahora era Gema la que fingía el papel de anfitriona que invita a un amigo a casa. Tomaríamos café, licores...

–No quiero molestar.

–Por favor, te lo debemos.

El hombre se quedó pensando un instante y luego cabeceó levemente, asintiendo. No nos sorprendió descubrir que vestía una chaqueta ligera, bien planchada, un pantalón largo. Se aupó de un salto metiendo los hombros en el orificio. Era delgado y pequeño, así que no le costó demasiado maniobrar para caer finalmente sobre nuestra maleta. Parecía ágil pero Gema le ayudó permitiéndole apoyarse en su hombro. Yo miraba todo desde la cama. Me sentía violento vestido como un hippie frente a ese hombre tan pulcro. Hasta los poros inflamados de sus mejillas sugerían el efecto de una cuchilla de afeitar y del agua caliente. Podría asegurar que olía a agua de colonia fresca.

No pude evitar verme a mí mismo como a un naufrago rescatado de una balsa a la deriva. Mi imagen en el espejo

del cuarto de baño no hizo sino subrayar esa impresión: una barba de demasiados días que encanecía en algunos sitios, el pelo revuelto y sucio como si la brisa del océano lo hubiera cuajado de sal.

Gordon, aprovechando el desconcierto, había husmeado un poco la comida del desconocido pero la había rechazado y se había echado sobre su esterilla, triste. A su lado, su plato favorito de albóndigas secas.

Gema entretanto había prolongado la farsa venial del recibimiento al hombre del bungalow vecino y lo acompañaba hasta el centro del dormitorio pasándole la mano a través de su brazo plegado, como una anfitriona cordial que se toma esas libertades con los invitados. Sin mirarme, me hizo un gesto con la cabeza para que los siguiera hasta el pequeño comedor. Tomé el paquete de comida y fui tras ellos. Vistos desde atrás, mi mujer era al menos una cuarta más alta que el hombre, pero se esforzaba por no agachar demasiado la cabeza para mirarlo. Me gustó ver su trasero, el vaivén de las nalgas a duras penas contenidas por el short.

—¿Tienes electricidad?

El hombre se rió discretamente de la pregunta de Gema. Había comido apenas unos pedazos de la carne que él mismo nos había proporcionado pero se limpiaba los labios con un pañuelo como si estuviera satisfecho y aprobara con ese gesto civilizado una salsa elaborada.

—Pilas.

Mi mujer y yo nos miramos. Empezaba a oscurecer y

sólo entraba una débil luz entre los orificios de la persiana, tal vez de la luna.

–Supongo que lo dice por la música.

No dijimos nada. Sólo esperábamos que continuara hablando. Se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su chaqueta. Miraba al suelo.

–Pilas – repitió.

Se puso de nuevo las gafas y nos miró de frente. Debió de notar nuestra decepción, pero siguió sonriendo.

–Sólo se me puede acusar de prevenido. Voy a todas partes con pilas, con cuerdas, con hilo y aguja...

–¿Con un pico?

Fingió no entender mi pregunta.

–Lástima que no se me ocurriera traer un generador eléctrico o una emisora de radio. O un arma...

Confieso que no supe si hablaba en serio. Tal vez se burlaba. Fuera como fuera, empezaba a irritarme su envaramiento, sus maneras de caballero impasible. Esa forma flemática que tenía de seguir tocando su instrumento mientras el Titanic se hundía. Gema en cambio parecía encantada. Le agarraba y le acariciaba el brazo como si fuera el capitán del barco que la iba a sacar de allí. El sudor hacía que su piel brillara en la escasa luz como un retrato al óleo. Que se limpiara los labios de la misma manera que el desconocido ya fue insoportable para mí: sólo unos minutos antes gritaba «¿dónde se ha ido ese hijoputa con su comida?».

–Me he dado cuenta de que no nos hemos presentado –le extendí la mano.

Gema dejó de mover sus dedos por el brazo del hombre. Se veían largos, como si la sombra incipiente los dilatara so-

bre el bíceps del simio, que a través de la chaqueta se intuía tenso, tal vez preparando un ataque. Las uñas de sus dedos se arrastraban por la mesa de la cocina con un arañazo sutil que la penumbra comenzaba a hacer inapreciable.

–Yo me llamo Hugo.

Al escuchar el nombre con el que yo me había presentado, Gema abrió mucho los ojos y dejó resbalar su mano hasta la mesa, donde permaneció como una araña muerta. El hombre se inclinó y estrechó la mía.

–César.

Volví la mirada hacia mi mujer. Sus ojos marrones, opacos en la oscuridad, me observaban con un guiño de reproche, asimétrico por el edema del párpado elegido por los mosquitos. Yo sabía ya que ella no iba a decir su nombre. No iba a jugar a ese juego. Conocía demasiado bien la manera en que el desprecio hendía los surcos nasogénicos en su rostro, la forma que adquiría su barbilla cuando temblaba por la irritación o el miedo. Iba a decir algo cuando escuchamos un ruido. Venía del bungalow de al lado.

César se puso en pie, morosamente, aparentando indiferencia. Apoyó los puños sobre la mesa y las falanges se llenaron de sangre. Su espalda se encorvaba soportando un peso invisible.

–Esto es una pesadilla, ¿no crees, César? Esas cosas ahí afuera...

El hombre alzó los hombros aparentando indiferencia.

–Ahora tengo que retirarme. Ha sido un placer.

– ¿Por qué le has dicho que te llamas Hugo?

—¿Tiene eso importancia aquí? Él tampoco se llama César...

Estábamos en la cama, a oscuras. Yo había retirado un momento antes de la pared la maleta que servía de escabel, pero el agujero latía ahí arriba en la oscuridad como una herida. Había dejado abierta la puerta del cuarto de baño y desde el dormitorio creía ver los dedos asquerosos de César agarrados al borde irregular del hueco que él mismo había preparado para entrar en nuestra casa.

¿He dicho «nuestra casa»? Lo cierto es que de pronto aquellas cuatro paredes asediadas de monstruos eran un hogar hasta cierto punto confortable y no me gustaba nada tener ese ojo negro amenazando nuestra intimidad en la espesura de una noche que no podíamos iluminar sino con nuestra imaginación.

—¿De dónde habrá sacado la carne?

—Qué importa. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba así con una comida. Estoy llena.

Gema se había enroscado en mi cuerpo y pronto se quedó dormida como si estar llena fuera una condición previa y placentera del sueño. Emitía un silbido dulce junto a mi oreja que me arrullaba con un soplo tibio y regular. Imaginaba una mariposa acariciando mi piel con el roce sutil de sus alas. Esa noche desperté tres veces y Gema despertó conmigo en un unísono tácito. Se desperezaba lentamente, con un estremecimiento largo. Luego me abrazaba o me agarraba la cabeza y la bajaba a su pecho. Creo que ambos mirábamos de reojo la brecha abierta en la pared, como si nos sintiéramos observados y eso nos excitara. Lo cierto es que esa noche encontré a Gema especialmente receptiva. Yo diría incluso que poseída de un ansia genésica que desbordaba las meras expresiones de placer. Recordé las modalidades

que adoptaba el rechazo a ser padres en Gema y en mí, tan distintas. La de Gema siempre me dio la impresión de ser sincera. Yo desdeñaba la paternidad simplemente por no contrariarla, por no parecer vulnerable a las insidias de la madurez. Querer tener un hijo era una claudicación que había que ocultar para merecer el respeto de Gema.

–Sé que está ahí – me susurró mi mujer al oído la tercera vez – No pares ahora.

Unas horas más tarde nos despertó el perfume del café. Venía del pequeño salón, de la cocina americana. Vi la maleta colocada de nuevo bajo el agujero y escuché el agradable sonido de una cucharilla dentro de una taza.

–¿También hay cafeteras con pilas?

–Buenos días, don Hugo.

Me acerqué al mostrador que separaba el salón de la cocina. César, o como se llamase, se hallaba sentado frente a la única ventana, cuya persiana había subido un poco, lo suficiente para permitir que la luz de la mañana se colase y bañase toda la habitación con un tono caoba. Entreví un cielo despejado, la posibilidad de un día caluroso que no íbamos a mitigar en la piscina. El recuerdo de los cocodrilos me pareció irreal, como si lo hubiera visto en un libro ilustrado. Puse los puños sobre la mesa como recordé que había hecho él mismo el día anterior. Me vi como un gorila de espalda plateada enfrentando a un retador.

–¿No crees que podríamos tutearnos? Esto no es una fiesta de sociedad. Fíjate en mi ropa.

César me observó de arriba abajo, con lástima, pero enseguida vi cómo su expresión se volvía risueña. Miraba por encima de mi hombro.

–¡Café!

Gema se frotaba los ojos, se rascaba las ronchas reseca de los mosquitos.

–Eres un ángel, César –ni siquiera se había molestado en ponerse los pantalones cortos del día anterior. Se vestía con una camiseta grande que apenas ocultaba la parte alta de sus muslos, la inserción de la ingle.

–He pensado que les gustaría recuperar un sabor cotidiano.

–Yo preferiría tomarlo en una verdadera cafetería, rodeado de gente normal.

Gema hizo un gesto de desprecio. Supongo que César no había querido darse por aludido, porque no se inmutó. Me alargó una taza de café doblando el meñique.

–Esta situación no es normal –como posible desagravio, amplié el objeto de mi comentario sobre la normalidad a lo que nos rodeaba, a lo que nos estaba pasando. Me pareció estúpido tener que subrayar lo evidente –la piscina ensangrentada, la asechanza callada de las fieras... –, pero lo cierto es que también lo incluía a él en la anomalía en que nos habíamos instalado mi mujer y yo. Por alguna razón, César caía al otro lado de lo razonable, como si sólo fuera una modalidad inofensiva del absurdo.

–Ahora que somos más, deberíamos intentar salir de aquí.

–Eso es imposible, don Hugo. Están por todas partes y nosotros no tenemos armas.

–Hay que intentarlo. Tenemos fuego... –pensé en aquello con lo que calentaba sus cosas, el café, la comida... Pensé en los cigarrillos de Gema.

–Tenga paciencia, nos sacarán de aquí.

Gema tomaba su café en silencio, con las piernas cruzadas.

Nos escuchaba con un gesto de placidez que me hizo recordar de nuevo las mañanas de los fines de semana en nuestra verdadera casa. Estaba diferente, con el pelo revuelto y un brillo intenso en su mirada que de pronto la hacía parecer más joven. Incluso las picaduras ya secas de los mosquitos, oscuras, en varios sitios de su cara, le proporcionaban el aspecto de una quinceañera con acné. Recordé los años del instituto, cuando nos habíamos conocido. Entonces no era tan guapa como lo fue más tarde. Gema era una de esas mujeres que mejoran con los años, que van desprendiéndose de cierta arquitectura inacabada que el tiempo va llenando de una encarnadura deliciosa, nunca perfecta del todo, aunque interesante de una forma difícil de concretar. Imaginé a César pensando lo mismo, sintiéndose atraído por ella sin saber muy bien por qué. Me halagó. Él era muy feo, extraño. Su cabeza de oficinista infeliz contrastaba cada vez más con un cuerpo tendinoso y membrudo que parecía hecho para sobrevivir entre los árboles.

—¿Estás casado, César?

César bajó la cabeza y depositó su mirada en la taza de café que tenía entre las manos. Desde el primer momento pareció evocar un pasado doloroso. Esta vez no intentó disimular. Daba la impresión de luchar con los recuerdos. Pensé en el pasaje de la Eneida en el que Dido pide a Eneas que le narre la aventura de su vida: «Me pides que evoque un dolor inefable...». Un Eneas vestido de ropa cara, inapropiada para un bungalow de verano, para enfrenar los

prodigios que acechaban en el jardín, pero también un Eneas cuya magra musculatura se reservaba para desafíos que tal vez no llegarían nunca. Recordé que sólo un poco antes me había aconsejado prudencia.

Dejó el café con delicadeza encima de la mesa. Vi cómo Gema le acariciaba los hombros con la palma de la mano adelantando el consuelo que iba a hacer falta tras una confesión que por el momento era sólo una suma de gestos elocuentes. Se acercó a la ventana con pasos muy lentos y se detuvo dándonos la espalda. No podía ver nada porque la persiana estaba casi echada, pero se quedó allí, encarando una realidad opaca que tal vez se poblaba de presencias en su imaginación. Reconocimos una especie de espasmo de su tronco, como un hipo silencioso que sugería un suspiro, que a su vez era el preámbulo de una rendición dulce: había decidido hablar.

–Ella siempre viene conmigo.

Me acordé del ruido que nos había sorprendido el día anterior, que había puesto a César en alarma como si lo interpelaran desde el otro lado de la pared. ¿Podría suceder que tuviera a su mujer encerrada en su bungalow? ¿Por qué no dejaba que la viéramos?

–Murió – dijo, como si adivinara lo que pensaba. Estaba claro que quería desactivar mis suspicacias, tal vez porque las había previsto de antemano.

Pensé: el equívoco del lenguaje, otra vez. Morir era definitivo, el verbo poderoso, así que sólo podía querer decir que la llevaba en su corazón, o algo así. Pensé que a veces nos faltan palabras o que nos empeñamos en trasladar expresiones desde el ámbito de lo real a lo figurado. «Viene conmigo» significaba solamente un transporte afectivo. Pero, si eso era

así, ¿hacen ruido los recuerdos? Gema y yo habíamos oído perfectamente el día antes el sonido de algo orgánico al otro lado. De pronto preferí que aquello que escuchamos fuese el eco de las fieras: hasta el absurdo tiene niveles de tolerancia, y al menos la naturaleza de los animales era ruidosa de una manera aceptable. De los muertos lo que exigimos es silencio. Sin embargo, ese no era el único misterio de aquel hombre de accesorios imprevistos: el instrumento con el que había hecho el agujero, las pilas que todo lo encendían, la carne en salazón. Él mismo era un interrogante completo: ¿Qué hacía solo en un lugar de vacaciones como ese? Los viudos atildados no acostumbran a buscar resorts con piscina en los que la ropa diaria se reduce a bañadores y camisetas sin mangas. Él llevaba hasta zapatos. Unos de esos anticuados de piel, calados, a través de los cuales blanqueaban unos calcetines de hilo.

—¿Qué quieres decir? ¿La llevas en una urna?

Gema me fulminó de nuevo con la mirada. Como reparación de algo que ella no había hecho, se acercó a César y le puso la mano en la espalda. Vi cómo hacía pequeños círculos entre sus omoplatos, para alentarle y consolarlo. Creo que faltó poco para que apoyara su cabeza en el hombro del hombre.

—Ha pasado muy poco tiempo; hablar de ello es difícil todavía —volvía la cara mirando a mi mujer por encima de sus abultados trapecios. Se dio entero la vuelta, sonrió a Gema, le puso una mano en el hombro, le dio un apretón cómplice y regresó cabizbajo, como si le pesaran las piernas, al lugar donde había abandonado su taza de café. Llevaba las gafas empañadas por una humedad reveladora: tal vez había llorado.

–Siempre veraneábamos aquí. Por eso he querido venir, pero quizá no ha sido una buena idea.

Parecía que se lamentaba solamente de la mala elección del alojamiento, como si lo que importara fuera la distancia hasta la playa o la dureza de los colchones. Que estuviéramos prisioneros de unas bestias incomprensibles era sólo una molestia más.

Miró hacia el pasillo como si mirara una frontera difícil que tenía que cruzar para siempre. Atrás quedarían sus recuerdos, una vida que ya no iba a recuperar.

–Les dejo un poco de carne. Ahora tengo que irme. Tengo cosas que hacer.

El resto del día, Gema y yo estuvimos raros. Nos faltaba algo. Como cuando se va una visita aunque sea molesta. No teníamos muchas ganas de hablar. Nos echábamos en la cama, comíamos algo de carne en la cocina, bebíamos agua del bidé... Por alguna razón no había vasos en el bungalow pero sí platos. Ya no bebíamos el agua haciendo un cuenco con las manos, como al principio, sino que utilizábamos esos platos o un cenicero de cristal que habíamos encontrado en un cajón de mi mesita de noche. Mientras pudo fumar, Gema echaba la ceniza por todas partes, así que el suelo de terrazo resbalaba en algunos sitios bajo nuestros pies descalzos, cada vez más negros.

De vez en cuando además nos asomábamos por la pequeña rendija abierta de la persiana. En más de una ocasión estuve tentado de alzarla, de dejar pasar el aire del mar que sin duda refrescaba las palmeras a medida que avanzaba la

tarde. Hacía mucho tiempo que no se escuchaba nada ahí afuera, pero eso era precisamente lo inquietante: la fauna suena. Hasta los perezosos leones de la sabana alzan sus fauces abiertas de cuando en cuando y rugen a la luna.

En cuanto a César, no podíamos imaginar qué tenía que hacer en su bungalow. Tan pronto como se deslizó por el agujero, retiré la maleta de la pared, aunque ya había comprobado que era un gesto inútil. Sin embargo, creía necesario enviarle ese mensaje: me pones nervioso, no me fío de ti.

–No me gusta nada ese tío.

–A ti todo el mundo te cae mal.

Pensé decirle: Tú no. A ti te quiero todavía, me gustaría tener un hijo contigo.

–Eres una exagerada. Me cae bien Gandhi, Ferrán Adriá, esa compañera mía del trabajo que enseña el tanga cuando se agacha...

–Pero qué idiota eres.

Me acerqué a ella y la besé. Tenía un trozo de carne en la boca que confundí con su lengua, pero respondió a mi beso agarrándome la cabeza y apretándola contra su cara. Tenía los labios secos, hinchados.

–Gema, tenemos que salir de aquí como sea –le dije con voz áspera y suave al mismo tiempo, separando un poco mis labios de los suyos. El susurro febril lo imponía la cercanía, pero también el ansia que incluía ese alegato de arrojo impreciso: «Como sea» significaba más bien desesperación.

–Ya le has oído, no podemos.

–Dame el mechero...

Gema me miró con demasiada fijeza. Era otra de sus formas de ser irónica sin decir nada. Las comisuras de sus

labios, hasta hacía un instante tan cordiales, se volvieron hostiles: se doblaban hacia abajo sugiriendo escepticismo o desprecio. Las aletas de su nariz se veían tensas, abiertas.

—No tengo, ¿no te has dado cuenta de que llevo dos días sin fumar? Además, ya me dirás qué ibas a hacer tú con un mechero. Ni que fueras Indiana Jones.

—Los animales temen el fuego... —me sentí estúpido explicando de nuevo lo obvio: las palabras de Gema no encerraban una pregunta sino un sarcasmo. Le devolví una verdadera pregunta que parecía una constatación triste:

—¿Alguna vez me admiraste, Gema?

No me contestó. Parecía decir: te he querido, he soportado tus miserias, ¿qué más quieres? Sonrió. Me empujó y caímos juntos en la cama revuelta otra vez. Me arañó la espalda como nunca lo había hecho, como si una herida de amor fuera la respuesta merecida, la que resumía todo lo que hubiera querido decir.

Poco después, el olor de mi sangre se mezclaba en el aire caliente del bungaló con el del café recién hecho. Oímos a César silbar al otro lado de la pared.

Nos estábamos quedando sin carne. Habían pasado varios días, tal vez demasiados, desde que César desapareció por el agujero en la pared.

Durante ese tiempo, Gema había decidido servir el embutido de César adornando los platos como si comiéramos un menú exquisito. Había encontrado un poco de perejil rallado en un bote, y también pimentón dulce, y con esos ingredientes elaboraba la presentación para que se pareciera

lo más posible a un almuerzo civilizado. Pero eso fue al principio. Luego el cansancio o el aburrimiento o el desaliento sordo de los días iguales habían hecho que tomáramos pedazos de carne sin ningún protocolo. Nos los llevábamos a la boca en cualquier rincón del pequeño bungalow, incluso en el cuarto de baño, y saciábamos el hambre.

—¿Por qué crees que no se llama César? — la voz de Gema era muy débil, diferente, grave y lenta, como si se hubiera depurado durante la espera. Estaba echada en la cama, mirando el techo. Y yo a su lado. Sonreí con amargura sabiendo que no me miraba.

—Aquí todo es falso, Gema.

La miré. Entornó los ojos. O era indiferencia o era fatiga. No sé. Decidí explicar lo obvio:—Estas son unas vacaciones falsas, ¿no te parece?, toda esta urbanización es una enorme mentira, la piscina, el hombre de la inmobiliaria, ¿qué hace un agente inmobiliario, o lo que sea, vestido como un domador? Hasta el sol parece falso... — tuve la tentación de añadir: y nuestro matrimonio, Gema. Seguramente la mayor mentira.

Por un instante tuve la impresión de que me leía el pensamiento. Respiraba fuerte y parecía a punto de echarse a llorar. Tenía los ojos húmedos, la esclerótica del color del yodo. Entonces se dio la vuelta y me dio la espalda. Tal vez no fuera ni fatiga ni indiferencia, sino algo más intenso. Vi sus hombros sacudidos finalmente por el llanto, escuché los sollozos sofocados por la almohada.

Tuve dudas: alargué mi mano y la dejé suspendida en el aire, muy cerca de su cabeza, pero no la toqué. Finalmente me levanté de la cama y me asomé a la calle a través de la franja de la persiana. Había una luz de domingo, una espe-

cie de tiempo en suspensión en el que parecía flotar una nube de polen. Muy despacio, corrí la hoja lo suficiente para que pudiera entrar un poco de aire. Reconocí el aroma de la hierba segada del jardín, como si alguien siguiera cuidándolo cada día, manteniendo la instalación contra viento y marea. La fragancia de la grama evocaba vacaciones aburridas pero pensar en el descanso de las bestias sobre un pasto cuidado alimentaba conjeturas. ¿Era aquello un zoo? Y, en ese caso, ¿éramos nosotros la comida? Hasta esa explicación era mejor que nada.

Vi que mi mujer había dejado de llorar.

—¿Crees que le quedará carne?

Todos esos días habíamos estado registrando la presencia en el aire cerrado del bungalow de olores diferentes, de comida preparada pero también de algo intenso y corrosivo. Gema no respondió.

—¿Tú te has creído lo de su mujer?

Se dio la vuelta hacia mí pero estaba claro que no escuchaba mis preguntas. No parecía preocupada por lo mismo que yo. Diría incluso que de pronto estaba satisfecha o feliz de una forma desdeñosa. Ese péndulo en el que a veces se columpian los sentimientos, aunque tuve la tentación de atribuir su reacción a la resignación. Habitualmente Gema era la resuelta, la que tomaba decisiones y censuraba a quien no lo hacía, pero ahora daba la impresión de haberse conformado o de esperar poco. Al menos de mí.

Además, tal vez como una consecuencia de ese estado de fruición algo irónica, la encontré muy guapa, igual que una de esas campesinas que reducen sus aspiraciones a esperar el final de la jornada, una suerte de estoicismo que proporciona a su semblante una belleza muy simple, primordial.

—Voy a mirar.

—¿Cómo dices?

—Voy a asomarme. Quiero saber qué hace ese tío. Se cuela en nuestra casa, nos trae comida, nos prepara café y luego desaparece durante no sé cuántos días. Voy a mirar.

Me levanté de la cama y me dirigí a la pared medianera con su bungaló. Como aquel día en que apareció en nuestras vidas, puse el oído en el muro, pero esta vez no escuché nada. Acerqué la maleta y me subí con cuidado. Bailaba bajo mis pies, como una balsa mal construida.

Iba prevenido: temía encontrarme otra vez su cara asomada por el agujero, enfrentarme con esa sonrisa imperfecta que usaba para protegerse quién sabe de qué.

Sin embargo, lo único que encontré fue una indescifrable oscuridad, un núcleo de negrura que me hacía daño en los ojos. Intentaba reconocer algo en medio de esas tinieblas que tenían que ser el cuarto de baño de César y lo único que conseguía era ver manchas que bailaban en mi cerebro. Me estaba mareando, tal vez por la dieta inadecuada, por el encierro, por todos los temores que se habían ido solapando durante ese verano de las bestias que seguía corriendo hacia un fin de momento inconcebible.

Al bajar de la maleta, pisé uno de los cristales del cenicero que Gema había roto un instante antes. La desidia que llevaba exhibiendo desde hacía días cooperó para tirarlo al suelo desde la mesita de noche. Hizo un movimiento desganado y lo empujó sin querer. Se rompió en mil pedazos y uno de ellos se me clavó en la planta del pie. Otra vez me hería Gema sin poder evitarlo, acaso sin lamentarlo.

–Gema...

Ahí estaba de nuevo. Vimos su rostro enmarcado en el orificio como la cara de una moneda abollada. Llamaba a mi mujer por su nombre. Había decidido que ella era preferible, y no se lo podía reprochar. Su comida nos había permitido sobrevivir y yo había elegido el sarcasmo para tratarlo, mientras que Gema le había acariciado los hombros en un gesto de consuelo que los seres humanos compartimos con ciertos monos evolucionados.

–¿Querrían acompañarme?

Gema se cubrió pudorosamente con una sábana, como si acabara de fingir que hacía el amor ante una cámara de cine y ocultara su cuerpo a espectadores que no tenían que estar ahí. ¿Cómo sabían los actores de una película que los estaban viendo al otro lado? Ahora el otro lado era de pronto una posibilidad largamente acariciada. El otro lado era el bungalow de un dandy imposible y anticuado que había venido a la costa a evocar vacaciones felices con una mujer desaparecida. Claro que queríamos acompañarlo.

Nos vestimos un poco, apenas un pantalón de media pierna y una camisa abierta en el pecho en mi caso; Gema, un vestido de flores. Una ropa que le sentaba muy bien en el mundo real y que ahora le quedaba un poco ancha. Sus pechos no rellenaban bien el espacio destinado a contenerlos y las caderas parecían haber perdido la encarnadura que convenía a ese tipo de vestidos. Mi pie vendado con un pedazo de sábana colaboraba un poco a la imagen de menesterosidad que tal vez éramos para César. Naufragos rescatados de una almadía al paio.

Ayudé a Gema a pasar por el agujero y luego lo hice yo. A tiempo de ver a César recibir a mi mujer como un anfitrión

sofisticado: le besaba la mano y Gema sonreía con agrado. No habría sabido decir si fingían, pero la escena era una parodia que sucedía en un cuarto de baño.

A continuación nos condujo al pequeño salón del bungalow, idéntico al nuestro, salvo que contemplado en un espejo. Además, la decoración era profusa, cálida, como si viviera allí desde siempre. Contrastaba con la provisionalidad evidente del nuestro, con la ropa tirada por los rincones, la cama siempre deshecha, los muebles y adornos impersonales, mal combinados. Lo normal en un apartamento alquilado para unos días a través de una agencia. La paradoja inquietante es que habíamos empezado a verlo como un hogar. O lo que es lo mismo, un refugio. Ese sitio en el que te sientes relativamente a salvo de la intemperie y de la vida.

—Pasen por aquí, si son tan amables...

Nos señalaba una mesa iluminada con una lámpara Coleman que enseguida supe que no era de fuel, sino que se alimentaba de pilas. Había vino, fruta, más carne, pero diferente, de color blanco, en tiras, humeante... Y música: piano, siempre Satie, solo.

—César, ¿no crees que podríamos tutearnos de una vez?

—Lo siento, don Hugo, es mi educación.

Nos sentamos a la mesa. Tenía cubiertos de plástico. Él estaba vestido con un traje de tres piezas de color verde y una pajarita burdeos, y se había peinado demasiado. Recordaba un espantapájaros en el que el granjero se hubiera esmerado, un orangután mejorado y vestido de domingo.

—Además, don Hugo, me recuerda usted a mi padre.

Un golpe bajo, una forma clásica de subrayar el deterioro y la caducidad. Me habría gustado responderle con una ironía equivalente, pero esta vez me contuve.

–¿A qué te dedicas, César? – yo estaba hambriento, pero esperaba alguna señal para empezar. Me di cuenta de que me estaba dejando contagiar por las maneras ridículamente formales del hombre. De un desconocido. Porque eso es lo que era. Yo había hecho mis conjeturas durante esos días, pero nuestro vecino accidental era un precipitado de interrogantes. Alzó hasta su boca un pedazo de manzana atravesado por el tenedor y allí lo dejó en un suspenso evocador. Recordaba.

–Soy médico.

Gema sacudió la cabeza mientras se llevaba su tenedor a la boca, como si dijera «ya lo sabía» o «No esperaba menos». Ella había elegido la carne y masticaba una primera presa. Vi cómo la olfateaba con disimulo antes de metérsela en la boca.

–Qué interesante – la imité.

¿Dónde habría calentado esa comida? ¿Qué pilas calentaban un guiso?

–Nosotros somos profesores. A mí me gusta decir que somos los perros del sistema.

–Siempre he creído que esa es la profesión más difícil del mundo.

–Yo también lo digo, pero no lo pienso realmente. Es un trabajo como los demás.

–No le hagas caso, César, le gusta quitarse importancia. Es un trabajo precioso. Si lo piensas bien, se parece un poco al tuyo...

–Brindemos – no estaba de humor para escuchar ese tipo de valoraciones indemostrables, el elogio de lo que somos, lo imprescindibles que resultamos para los demás. Gema se calló y alzó su copa con desgana. César la imitó.

–Por el trabajo tan importante que hacemos – no pude eludir el sarcasmo: si éramos tan valiosos, ¿por qué nadie nos echaba en falta? ¿Por qué nadie nos buscaba?

Me concentré en el vino. Estaba delicioso. Supongo que era bueno. Alguien hablaría de sabores sorprendentes, frutas del bosque, vainilla, especias, toque mineral de fondo. El hombre domesticando la naturaleza. De pronto la prestigiosa profesión de César ennoblecía todo lo demás. Los médicos disfrutaban de la vida, pensaba. No en vano transitan a menudo esa vulnerable frontera entre la existencia y la muerte. Nos acabamos enseguida una botella y abrimos otra. Tal vez eso explicaba que yo también recurriera mentalmente a lugares comunes: médicos lúcidos porque frecuentaban o se asomaban a ese umbral metafórico de la extinción de la vida. Levanté de nuevo la copa mirando a César de frente, a Gema de reojo. Era un hombre desagradable, vulgar, que ocultaba su insignificancia tras formalidades ridículas que resultaban cómicas ejercidas con semejantes ropas.

–Por nosotros – brindé otra vez – Por esa brigada de GEOs que nos va a sacar de aquí.

–Claro – chocó su copa con la mía mirando a Gema con el rabillo del ojo.

–¿No has bebido demasiado? – mi mujer apoyó ostensiblemente sus manos abiertas boca abajo sobre la mesa, como para subrayar su descontento: eran una forma de interpelación colérica.

–Y por mi hermosa mujer, gruñona pero al menos viva...

Gema agarró su copa y la depositó bruscamente en una esquina de la mesa con un gesto de rabia, y una gota roja manchó su vestido. Miraba a César y estaba a punto de decir algo.

–César, ¿dónde está el servicio? – no pude contener una explosión de risa y saliva que salpicó al hombre. Me acordé del sueño en el que mis amigos venían a mi casa con una bandeja llena de ratones muertos, de su risa cruel. César se limpió la cara con una servilleta.

–No me acompañes, sé ir solo.

Me levanté tambaleándome, doblado por las carcajadas que a duras penas podía sofocar en mi garganta. Debían de oírme mientras iba por el pasillo, dando tumbos de un lado a otro, tropezando con las mínimas imperfecciones del terrazo, con obstáculos imaginarios que me salían al paso como animales rastreros amparados en la oscuridad del pasillo. Casi no podía andar, me temblaban las rodillas, la planta del pie me ardía. Una Gymnopedia acompañaba mis tropiezos. Tuve que apoyarme en una puerta cerrada, intentando calmarme, empezando a inventar la explicación que tendría que dar más tarde.

Me estaba clavando en los riñones el puño de la puerta, así que me separé un poco y, sin pensar, traté de abrirla. Estaba cerrada. Probé una vez más, esforzándome por hacerlo en silencio, mirando a hurtadillas hacia el fondo del corto corredor que llevaba al comedor y a la cocina americana. No cedió. De pronto sentí un peso insoportable en el estómago, una bola de fuego que crecía en mi interior, y luego noté cómo se desplazaba por el esófago hacia arriba, hacia mi boca. Tuve el tiempo justo de llegar al cuarto de baño y arrojar la cena en el váter. Como si vaciara el depósito en el que guardamos los rencores. Un especie de reservorio agrio que de vez en cuando había que limpiar cerrando los ojos.

Me quedé allí, mareado, sudando, con el sabor ácido de la comida sin digerir en la boca. Todavía de rodillas, alcé la cabeza y vi el agujero, la perspectiva de César. Me sentí

lúcido de una manera dolorosa pero un repentino dolor de cabeza había sustituido a la náusea. Me puse de pie y me miré en el espejo. Tuve la impresión de que alguien me observaba desde el otro lado. Ese rostro no era mío. O mejor: no tenía ningún rostro que pudiera llamar mío. Cualquiera modalidad de lo que hasta ahora había considerado mi imagen en un reflejo, como esa que ahora estaba ahí, era sólo una cáscara prestada, el caparazón de un cangrejo ermitaño que me dejaba su envoltorio para presentarme ante los demás. Esos ojos extraviados, ese mentón lamentable, huidizo, sin afeitar, los primeros signos del ocaso en los pliegues del cuello... Pensé que quizá mi máscara no fuera mejor que la de César. ¿Cómo sería su padre?

El espejo eran las puertas de un pequeño armario. Me acerqué para verme mejor. Vi manchas rojizas, las telarañas vasculares que produce el esfuerzo agónico del vómito. Abrí una hoja de la vitrina: medicinas, tiritas, algodón, unas cuchillas de afeitar mohosas. En la otra había un perfume, un joyero. De mujer.

De vuelta a la reunión, pasé junto a la puerta cerrada. Me detuve un instante. No demasiado. Un zumbido o un llanto. ¿Estaría dentro de mi cabeza? En el comedor Gema y César tomaban café en silencio. La música de piano había enmudecido en el reproductor.

—Lo siento, César. He sido un idiota. Te pido disculpas.

—Cuando nos conocimos, usted me dijo que esto era una pesadilla, o algo parecido. De sus palabras creí interpretar que atribuía usted a este sitio la categoría de una excepción...

Me pareció que César olfateaba el aire mientras hablaba. Tal vez había reconocido el perfume de su mujer sobre mi ropa.

–Déjenme que les cuente una cosa – volvió la cara hacia Gema. Probablemente pensaba que ella iba a ser otra vez más indulgente.

–Mi esposa estaba muy enferma.

–¿De qué murió?

César juntó sus manos, como si fuera a rezar, como si me compadeciera. Su barbilla se estremecía con un temblor sutil.

–No me ha entendido. Su mal no era físico. Yo era su psiquiatra.

Dejó caer sus brazos y permaneció un instante callado. Vimos el cristal de sus gafas empañado de nuevo, la nuez bajando y subiendo en su cuello. Empezó a hablar.

Comenzó diciendo que su mujer era más joven que él pero que ya había tenido una hija. Una hija que había muerto.

–La mataron – dijo ese verbo, su transitividad dolorosa, y fijó su mirada en mí. Al parecer yo era el responsable de haber comparado pesadillas que no se podían comparar. También había cocodrilos fuera de aquella urbanización. Gema y yo nos quedamos callados, horrorizados, curiosos, sin atrevernos a interrumpirle. Esperando un relato que ordenara el horror, aunque no lo explicara.

Enseguida comprobé que narraba con cierta frialdad pero tenía el discurso coherente y eficaz de quien ha estudiado el alma humana en los libros. La conoció en su consulta, dijo. Añadió que acudió a él ocultando su verdadera tragedia. Le contó que no podía dormir, le describió una situación confusa, de tristeza sin motivo, de depresión común. Sólo quería pastillas para dormir. Sin embargo, él sospechó algo

enseguida. Yo lo imaginaba haciendo anotaciones en una ficha de diagnóstico, tal vez en un cuaderno. Anotaciones de motivos factibles, de hechos imaginados, incluso de rasgos físicos que quizá sólo viera él en la mujer, rasgos que para un psiquiatra son como mensajes cifrados. Era como un escritor poseído por una historia. La escuchó, le prescribió grageas y la citó para la semana siguiente. Por alguna razón imaginé grageas azules, ese color que sólo tienen las sustancias artificiales, dulces venenos encapsulados que tarde o temprano hay que tomar para seguir viviendo un poco más.

Entretanto, César continuaba hablando con una voz profunda y seductora. Luego – añadió – hizo una cosa que no había hecho nunca: la siguió.

Durante los días en que permitió que algo tan perturbador lo dominara, decía, ella no se comportó de manera extraña, no hizo nada que permitiera creer que el origen de su pena era extraordinario. De hecho, lo único que parecía extravagante en todo aquello era su propio comportamiento. Varias veces estuvo a punto de dejarlo, de intentar olvidar que había dedicado su tiempo a espiar a una mujer, pero no pudo hacerlo. Algo irresistible, más poderoso que su voluntad, lo empujaba a esa conducta. Se engañaba, pensaba que no tenía importancia, que sólo era una inofensiva necesidad de intentar reconstruir una vida igual que hacen los escritores con sus criaturas de ficción. Salvo que esa mujer era real, su pena era real, su intimidad violada secretamente por su merodeo era real. Para aliviar su desasosiego, se dio unos días más y se prometió a sí mismo que luego lo dejaría.

La casa de la mujer estaba en un edificio de cuatro plantas. En su buzón descubrió que vivía en el último piso. Sola. Paseaba por la mañana, sin rumbo aparente, y por la tarde no salía de casa. Naturalmente, César acabó por preguntarse por qué hacía aquello, por qué vigilaba a aquella mujer, y naturalmente no tuvo más remedio que confesarse que se había enamorado. Era tan sencillo como esto. Se sintió vulgar y feliz. Lo cierto es que no sabría decir por qué se había sentido atraído por ella, ni siquiera era la mujer más hermosa que había conocido, pero lo cierto es que no podía dejar que se fuera, que saliera de su vida. Saber cosas de ella era una forma de amor. Vigilarla era excitante y dulce. Quizá no estaba bien lo que estaba haciendo, pero en ese momento probablemente no era muy diferente a cualquier macho de cualquier especie animal del planeta y eso lo justificaba de una forma equívocamente racional: una simple emulsión química de principios activos entre los que debía de estar la testosterona. Adrenalina y noradrenalina, feniletilamina, descargas eléctricas en las neuronas, presión arterial sistólica elevada. César tenía entonces, nos dijo, treinta años, y algo en su interior se combinaba atrayéndolo hacia ella como nunca antes le había sucedido. Para entonces, la promesa de abandonar la vigilancia de la mujer que se había hecho a sí mismo pasó a ese almacén en el que se pudren todas las buenas intenciones: no iba a dejar de seguirla hasta que ocurriera algo, aunque no sabía qué.

Un día sin embargo la mujer hizo algo diferente: visitó un cementerio. La siguió entre las tumbas, un poco asustado, inquieto, estuvo a punto de perderla en aquella ciudad de los muertos. Recordó que en algún sitio había leído que los romanos decían «se fue con la mayoría» cuando alguien mo-

ría. Esa era la opresiva impresión que tuvo caminando entre nichos y losas en el suelo. Sin embargo, ver a la mujer detenida ante un túmulo sobre la tierra le devolvió la certeza de que cada dolor era único, enorme, incomunicable. La mujer permaneció allí hasta que cayó la luz y luego se fue. Había estado ante aquella losa en el suelo muchas horas, sin moverse, como si ella participara o quisiera participar de la realidad muerta que estaba enterrada bajo la piedra. Apenas se veía ya cuando se marchó y César se aproximó a una tumba en la que leyó el nombre de una niña que había vivido sólo doce años. Unas fechas secas y nada más que un nombre, sin apellidos.

En la siguiente cita, César fingió con mucha dificultad la indiferencia cordial de su oficio, aunque por dentro sintiera una especie de llama que lo estaba devorando. Compuso como pudo un semblante glacial pero tal vez el sudor lo delataba. Ese fuego helado del amor del que hablan los poetas, esa paradoja que no se entiende, que no se sabe de dónde sale. La vio entrar con su expresión de derrota, sus hombros soportando un peso enorme, y supo que quería protegerla, que quería abrazarla, decirle al oído que iba a cuidarla siempre. Sin embargo, se limitó a sacar del cajón de su mesa la ficha de paciente que había empezado a rellenar una semana antes y le preguntó cómo se encontraba. Se sintió mezquino, cobarde, pero no podía hacer otra cosa. Ella levantó los hombros y dijo: «tal vez es pronto». César sabía que lo había dicho por el tratamiento, pero quiso interpretar sentidos diferentes, profundos, quizá una invitación a perseverar en su obsesión por vigilarla, quizá el deseo de reunirse pronto con aquella niña. Por un momento le invadió el pánico pensando que a lo mejor ella sabía que él la había seguido, pero si era así no parecía molesta ni asustada.

—Créanme, no exagero si digo que su atonía era tan profunda que su mirada parecía un estanque congelado. No miraba a ningún sitio. Miraba al pasado, o a lo que ella recordaba del pasado...

Recuerdo que en este punto me gustó cómo César era capaz de hacer algo parecido a la literatura. Aunque siempre he considerado a los psiquiatras novelistas sin obra que inventan más que verifican, lo cierto es que sorprendía un poco la coherencia narrativa de su discurso. Sin embargo, se veía que sufría, porque se retorció las manos velludas y miraba al suelo. Sus uñas largas y descuidadas asomaban entre el serpentario de dedos que se enredaban mostrando su ansiedad.

Continuó contando que en algún lugar de su informe había apuntado algo así como «Investigar las raíces del dolor: antes de analizar, saber». Y que leyó su informe para buscar ese consejo que había escrito para sí mismo pero que en su lugar encontró: «Es una mujer vulgar y tal vez ha llorado». Recordaba además que antes de conocer su nombre había trazado en su cuaderno una M mayúscula y que después la rodeó con un círculo, una M que tal vez quisiera decir sólo «mujer», aunque pensaba que podría haber escrito cualquier otra letra, que cualquier signo o dibujo (una lágrima, un ojo, una flecha, una interrogación...) podrían haber servido de momento para identificar a su paciente. Creía incluso que esa letra la connotaba mejor, que los nombres son máscaras, convenciones que no designan sino débilmente.

Yo no pude evitar pensar en el juego de nombres falsos al que estábamos jugando dentro de aquel bungalow, en la forma en que fingíamos llamarnos. Quizá tenía razón: no ocultábamos nuestra identidad, sencillamente despreciábamos la

manera en que nuestros verdaderos nombres intentaban distinguirnos.

César siguió hablando. Dijo que había mirado a la mujer y por un instante muy fugaz creyó estar mirando a una criatura de su imaginación, aunque hubiera entrado en su cabeza y en su corazón con la fuerza de un rayo.

Por lo tanto, eso fue lo que hizo en las siguientes sesiones: buscar los fundamentos de su pena. Creer que eso era lo que hacía. Su misión era protegerla y saber, penetrar en su interior y en su pasado como si explorara una selva profunda que no se dejaba conocer con facilidad. Y así supo inevitablemente de su hija.

Su hija. Había una hija. No podía no haber una hija. Confesaba que lo primero que tuvo fueron celos, y que luego se sintió culpable por haberlos tenido. De pronto quiso creer que la hija de la que le hablaba la mujer todavía vivía, que quizá sólo se tratara de ese desasosiego vulgar que experimenta una madre con respecto a las maneras peligrosas de crecer y de aprender que tienen todos los hijos. Para eso era necesario olvidarse de la niña del cementerio, hacer como que no existía en ese cementerio una tumba con unas fechas tan espantosas, pero no era posible: ahí estaban sin duda aquellas raíces del dolor, reptando bajo la tierra húmeda de un cementerio, chupando la savia de la vida sensible de aquella mujer. No había más hija que aquella, la hija que ya no había.

Siempre me he preguntado por qué una persona como César se había resistido tanto a aceptar que aquella niña del cementerio era la hija de la mujer. La mujer de la que se había enamorado. Y siempre he pensado que no era una vulgar esperanza. Era lo contrario: no esperar lo posible

era la única forma de que sucediera algo inesperado. O ¿acaso el hecho de que ella hubiera aparecido en su consulta, de que él se hubiera enamorado sin motivos, de que hubiera decidido seguirla y espiarla obedecía a alguna forma de lógica?

Al principio la mujer sólo le confesó que había tenido una hija, insinuó una pena que se reflejó en sus ojos, en el temblor de su barbilla, y unos días después fue capaz finalmente de contarle que la niña había muerto. Se lo contó de pie, con la misma estolidez con la que había velado la losa del cementerio. No lloró.

¿Qué podía hacer él? Echó mano de ciertos lugares comunes de la psiquiatría, de frases hechas para el consuelo que sólo diferían de las que podía ofrecer la religión en que apelaban a una racionalidad que no servía para nada. Pudo decir: La muerte es un fenómeno, una compañera ingrata. Hay una fatalidad, aunque no nos guste. Se sintió un impostor: esa jerga beata. Le cambió el tratamiento, el color de las pastillas, y le dijo que habrían de aplazar la próxima cita. No tendría que verla hasta dentro de tres meses, no era necesario, las píldoras bastarían. La vio salir de su despacho como si ella también estuviera muerta y caminara entre los vivos sin darse cuenta. Tal vez no volviera a verla nunca más.

—El amor es también renuncia, ¿no creen?

Sin embargo, confesó, no era capaz de olvidarla. Lo intentó durante semanas, se tomó unas vacaciones, viajó al extranjero, pero ella viajaba siempre con él como un equipaje pesado que le obligaba a arrastrar los pies, a arquear la espalda igual que si cargara con ella sobre los hombros. Así

que volvió de nuevo a su consulta y poco después merodeaba de nuevo por la casa de la mujer. Sabía sus horarios, las variantes de sus itinerarios, su costumbre de visitar una vez a la semana el cementerio donde estaba enterrada aquella niña...

Una mañana en que ella volvía de dar su errático paseo, él se hizo el encontradizo junto a su portal. Casi chocaron, pero la mujer no lo reconoció. Tuvo que ser él quien se presentara y le preguntara cómo se encontraba. Ella alzó los hombros, como siempre, y él la invitó a tomar un café. César recordaba que la había encontrado más delgada, pálida, bellísima. Y recordaba la emoción que sintió, el valor que de pronto se apoderó de él y la certeza de que ya no iba a dejarla escapar. Esa tarde hicieron el amor en casa de César.

—Se entregó sin esperar nada a cambio, sin reservas, generosamente...

Le pidió que se mudara, que viviera con él. Era una locura pero nada era normal desde que la mujer apareció en su consulta. Nunca había imaginado que podría hacer lo que había hecho. Era como si se hubiera convertido en otra persona. Por eso no le sorprendió que ella aceptara: no se mudaba con el César pusilánime pero racional que había dedicado los cruciales años del aprendizaje sentimental a sus libros de psiquiatría dando la espalda a la vida, sino con un desconocido incluso para él mismo, alguien que hace locuras y que se engaña sin importarle.

—Ya nunca nos hemos separado.

No pude evitar pensar en la habitación cerrada, en el perfume, en el joyero que César guardaba en el cuarto de baño... Noté la mirada de Gema sobre mí, adivinando lo que pensaba. Me conocía bien. Tal vez por eso nos ha-

bíamos casado, como si no hubiéramos podido hacer otra cosa. ¿Qué podían hacer dos personas que se conocen tanto? En ocasiones pensaba que si nos hubiésemos separado habríamos sentido el dolor enajenado de lo que se desprende del lugar al que pertenece, aunque nuestro matrimonio hubiera acabado en el abandono, arrastrado por la inercia. Ni siquiera cuando éramos jóvenes, cuando sólo bastaba con hacerse ilusiones respecto al futuro, nuestra relación se pareció un poco a la que estaba describiendo César. Nunca un merodeo insensato, jamás un engañarse acerca de la realidad del ser amado. En cuanto a la historia de César, tal vez era la muerte ulterior de la mujer la que la volvía definitivamente conmovedora. Hacía falta morir para que incluso el amor más vulgar deviniera inolvidable. La muerte cancelaba las servidumbres molestas de la convivencia. ¿Cómo habría muerto aquella mujer?

—No querría abrumarles con detalles sórdidos...

—¿Y qué que tenga cosas de su mujer en el bungalow?

—¿Es que no te parece raro? Ese tío esconde algo...

Gema llevaba tres días llorando. Coincidió con un temporal anómalo que llegó de repente y dejó una luz de otoño que apenas iluminaba los rincones de nuestra casa. Desde la cama escuchábamos las gotas sobre el tejado como si cayeran bolas de plomo o pájaros muertos. Había empezado a sollozar en el mismo apartamento de César. Vi cómo se le llenaban los ojos de agua y también cómo se agarraba la tripa igual que si quisiera proteger algo frágil y pesado al mismo tiempo.

–Tiene las joyas de su mujer, su perfume –añadí.

–Eso sólo prueba que la quería mucho...

El exceso de cariño de César por su misteriosa mujer era un obvio reproche: yo nunca viajaría con su perfume.

–Y está esa habitación cerrada...

–Eres un paranoico.

No sólo lloraba. También ayunaba. No quiso probar la comida que el psiquiatra nos había dado para soportar la espera. Habló de una espera, de cierto plan que estaba ultimando, de alguna confusa posibilidad de escapar, pero su casa parecía preparada para resistir un cerco previsto de antemano. También nos dio unas botellas de ese vino que tomamos en su casa. Mientras Gema lloraba en la cama yo me paseaba por el cuarto bebiendo directamente de la botella, evitando apoyar la dolorida planta del pie en toda su extensión. Lo cierto es que tampoco tenía hambre. Oscuros, delirantes presentimientos me habían atascado el estómago. Probablemente sólo era una habitación cerrada que la soledad de César no necesitaba abrir, pero yo inventaba carnicerías y salas de despiece y secado como si el canibalismo fuese una forma superior de amor, una comunión.

–Yo sé quién mató a la niña.

Gema estaba de pie en la puerta que unía la cocina - comedor con el corto pasillo que llevaba al dormitorio. A nuestro dormitorio, porque, igual que César, disponíamos de otra habitación que habíamos usado para dejar las maletas. De allí saqué la que había servido para facilitar la entrada a la casa del psiquiatra. Gema la había retirado de nuevo y la había metido bajo la cama, como si cancelara esa posibilidad molesta que nos trasladaba a mundos paralelos.

–Fue el hombre que vivía con su mujer.

–¿Cómo lo sabes, Gema?

–Él me lo dijo cuando te fuiste.

–Es horrible...

–Violaba a la niña, lo hizo durante años, hasta que la mató.

Me fijé en el cuerpo semidesnudo de Gema. Había adelgazado mucho, se le notaban las costillas, pero la tripa y los pechos parecían hinchados. Fingí consternación. No la fingí, la sentía realmente, sólo era falsa la forma en que la exhibí: bajé la mirada al suelo y moví la cabeza como negando. Me sentí una pésima persona por no haber sabido que fuera de allí había bestias equivalentes, por no ser capaz de adivinar todo el dolor de aquella mujer inimaginable que velaba tumbas sin cansarse y hacía el amor generosamente.

–¿Sabes lo que me dijo de ella?

Alcé la vista. Sus clavículas largas se mostraban descaradas, como si flotaran. Al parecer, habían tenido muchas cosas que decirse en mi ausencia.

–Me dijo que era su dolor lo que le atrajo. Su sufrimiento, la forma en que la pena la había despojado de cualquier otro atributo. La mujer era sólo dolor.

–No entiendo nada, Gema. Yo creo que está loco y que nos va a volver locos a los dos.

Gema sonrió con picardía. Una mirada que no le conocía.

–Ven.

Me tendía la mano.

–Quiero que me hagas daño.

–No pienso hacer eso, ¿qué te pasa?

Me acerqué a ella y la abracé. Tal vez tuviera fiebre. Se separó de mí empujándome suavemente. Su cara: pare-

cía que a pesar de todo yo la hubiera lastimado. Hizo una mueca antes de hablar:

–Yo también tengo que decirte algo.

–Me estás asustando, Gema.

–¿Es que es posible tener más miedo?

–No sé lo que te pasa pero voy a sacarte de aquí. Es este puto lugar, esta pesadilla a la que nos hemos acostumbrado. No va a venir nadie...

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al dormitorio. Allí la encontré sentada, apoyada la espalda contra la pared, las piernas recogidas entre sus brazos huesudos.

–¿Recuerdas cuando te dije que iba a un congreso a Barcelona?

–Sí, lo recuerdo, el año pasado.

–Fui a Barcelona, pero no a un congreso.

–Me engañaste – era ese momento con el que siempre fantaseamos y que nos duele prematuramente, como si ya supiéramos que nos tenía que pasar: había otro hombre.

Afirmó con la cabeza.

–No fui sola, fui con Fátima.

Su mejor amiga. El melodrama de la infidelidad se complicaba de una manera inesperada, oscura.

–¿Qué pinta Fátima en esto?

–Ella me acompañó. Fui a una clínica.

Podía volver a abrazarla. Eso es lo que la gente hacía en una situación así, pero sentía demasiada curiosidad. Sólo dije, estúpidamente:

–Lo siento.

–Yo no quería tener ese hijo, y ahora me arrepiento. No voy a decir que fui egoísta, eso es una gilipollez. No voy a pedir perdón por haber sido egoísta. El egoísmo es necesari-

rio, legítimo. El niño era mío. Me arrepiento porque quería tenerlo y no lo tuve por miedo, por cobardía...

Yo estaba en el suelo, de rodillas, con la cabeza ladeada y apoyada sobre una almohada en la cama, a sus pies. Sentía el peso de mi testuz como si alguien me hubiera dado caza y la hubiera disecado llenándola de piedras.

–Porque también era tuyo...

Me incorporé un poco. Di un trago largo de la botella. El vino pasó por mi garganta haciendo un surco doloroso. Me dolía el pecho, el cuello, los brazos, la herida palpitante del pie.

–¿Qué derecho tenía a atarte a mí? – añadió. Me pareció que se le preguntaba a sí misma.

Recordaba bien esos días. Hablé con Gema varias veces. La llamaba a su móvil desde casa, desde el trabajo. Ya entonces sospechaba que algo iba mal, pero me conformé con la explicación de una aventura. Nunca quise saber más porque ella finalmente volvió. Yo también era un cobarde: ser engañado por Gema era preferible a perderla. De pronto el fracaso tenía grados entre los que era preciso elegir.

–Pero ahora eso va a ser diferente.

Sus ojos brillaron de una manera anhelante cuando se acarició la tripa hinchada. Había dejado de llover. El ruido de las gotas contra los cuchillos de las palmeras había dado paso a un hervor exultante de pájaros e insectos.

Esa noche, Gema durmió profundamente. Yo no pude. Di vueltas en la cama hasta la madrugada. Los mosquitos no pararon de zumbiar todo el tiempo, como si fueran una má-

quina obligada a hacer funcionar algo durante la noche. Sin embargo, lo que me desvelaba no era el prurito ácido de sus picaduras, sino mis propios pensamientos. Los imaginaba como chasquidos neuronales que iluminaban la oscuridad haciendo uso de los faros de mis ojos abiertos, mirando el techo, el lugar donde estaba el agujero, más negro que la propia noche. Me sentía estúpido, culpable. Siempre me equivocaba, siempre salía ileso de mis errores. Esa idea vagamente alentadora se mezclaba con la de mi estupidez irrefutable. Tal vez podríamos salir de allí. Estaba seguro de que César tenía electricidad y me disponía a comprobarlo. Y esa habitación cerrada.

Esperé a que la primera claridad del día matizara un poco las sombras profundas de la noche y me levanté. Procuré no hacer ruido pero tal vez esa cautela era innecesaria: Gema dormía con la inconsciencia de un animal. Tenía la boca abierta y deformada, síntoma de la hondura de su sueño. Para ella no existía el remordimiento, ni tal vez la duda.

Quedaba algo de vino en la botella y lo apuré sentado todavía en el borde de la cama. Otra simpleza. Había visto tantas veces ese gesto en héroes de telefilms que van a enfrentar un peligro que me vi como un actor esforzado, sin público. Ese tipo de individuos que confunden la realidad con lo posible.

Saqué la maleta de debajo de la cama, donde la había colocado Gema, y la arrastré hasta la pared. En sólo unos segundos de arrojo y vértigo me hallé al otro lado. La adrenalina colaboraba con mi capacidad física: habría jurado que no era capaz de escalar y traspasar el agujero. La puerta del cuarto de baño de César estaba cerrada. Los siguientes pasos: intentar escuchar a través de la puerta, abrirla sin ha-

cer ruido, asomarme con precaución. Jadeaba. Me di cuenta de que tenía un miedo semejante al que hubiera tenido exponiéndome a la intemperie de las bestias del jardín. Un temor de otra textura pero equivalente.

El dormitorio de César estaba más claro que el nuestro. Y no era sólo porque la luz del albor avanzara, sino también porque la ventana del cuarto estaba abierta de par en par. Una temeraria invitación a los animales que acechaban en la calle. Era como si el hombre se expusiera sin miedo al allanamiento de las fieras. Sin embargo, él no estaba allí: la cama estaba perfectamente hecha y nada en el dormitorio sugería que éste sirviera para pasar la noche. Eso no me tranquilizó. Me vi como un Teseo en bermudas, amenazado por los monstruos en cada encrucijada de ese doméstico dedalo de paredes delgadas que se abría ante mí.

Pegando la espalda a la pared avancé hacia la cocina. El pie me había empezado a doler de nuevo. A cada paso sentía la planta adherida por la sangre seca a la venda sucia. Hacía un chasquido pegajoso cada vez que la levantaba del suelo. Algo que podía servir como rastro, un aroma que apreciarían los depredadores, que tal vez les había hecho alzar la cabeza y husmear desde algún rincón de la urbanización, donde estuvieran en ese instante. Podrían entrar por la ventana abierta, quizá alguno ya estaba tras mis pasos, a mi lado en la oscuridad del pasillo. Pasé junto a la habitación cerrada sintiendo un escalofrío pero fue un alivio llegar a la cocina americana y al comedor. La luz aquí era ya bastante franca y permitía distinguir volúmenes que en la penumbra habrían pasado por otras cosas. Miré hacia el pasillo parapetado tras la mesa del comedor: todo tranquilo, de momento.

Mi objetivo era la nevera. No había traído nada conmigo

para probar los enchufes así que el frigorífico podría servir para demostrar que César tenía electricidad, que calentaba cosas con la corriente eléctrica, que refrigeraba carne sospechosa. Comprobar que no era así no me sorprendió. Ni tampoco lo contrario. El interior de la nevera era un mudo alegato de lo inútil. Me preguntaba qué había venido a buscar en realidad, cuando escuché un ruido. Venía del pasillo y probablemente era la forma en que sonaba un peligro. Qué otra cosa podía ser. Yo era un intruso, una presa. En un cajón de la cocina encontré un cuchillo pequeño, de pelar patatas, y no pude evitar volver a sentirme como un impostor. ¿Acaso iba a pelear con un tigre? ¿Quién me figuraba ser? ¿Sandokán? Sin embargo, lo blandí con determinación, con terror. El ruido no se había repetido pero tal vez eso sólo significara emboscada. Me coloqué junto a la puerta que daba al pasillo y me asomé con mucha cautela, cuidando de no exponer partes sensibles de mi anatomía. Me temblaban las piernas, la herida del pie palpitaba igual que si ya hubiera sido colonizada por la humedad de la gangrena. Volví sobre mis pasos como si eso me protegiera, como si recorriera un terreno ya explorado, sin riesgos. Pasé de nuevo junto a la puerta cerrada y entonces escuché una vez más el ruido. Era algo parecido a un ronquido, a la respiración. Algo vivo. Sin duda César dormía allí pero qué me importaba eso a mí. Ya no tenía nada que hacer allí. No voy a negar que dudé, pero finalmente volví sobre mis pasos.

Me apresuré al dormitorio vacío, al cuarto de baño. Arrojé el cuchillo por la ventana abierta como si me deshiciera del arma de un crimen y luego la cerré. No me preocupaba que César la encontrara así por la mañana, que supiera que había irrumpido en su casa. Él había hecho lo mismo con

nuestro bungalow, así que hasta cierto punto me satisfizo que lo descubriera. Desde el agujero vi a Gema en nuestra cama. Seguía tan dormida como un cachorro. Las piernas húmedas, los pechos hinchados, los labios abiertos. La persona a la que yo llamaba mi mujer, Gema.

—Gema — susurré.

Así es como supe o creí saber para lo que había ido a ese apartamento. Siempre lo había sabido: Gema. Él la había llamado así, él conocía cosas de ella que no tenía que conocer. Ella nunca dijo su nombre, al menos delante de mí, así que debía de habérselo dicho a solas, en una intimidad clandestina. Me bajé del ventanuco abierto en la pared y me quedé de pie en el cuarto de baño de César. No sabía qué hacer. Estaba rabioso. Me sentía como uno de esos felinos de ahí afuera interpelado por el instinto, por la supervivencia, por la hegemonía de un territorio. Agarré la cadena del tapón del lavabo y la arranqué. La puerta del dormitorio de César no estaba cerrada con pestillo y la abrí sin tomar ninguna precaución. Debí de hacer bastante ruido pero él no despertó. Dormía. En un lado de la cama, como si otra persona durmiera junto a él. Pertinaces huellas de la convivencia perdida: alguien compartió una vez su lecho pero ahora no existía.

Pensar en lo idiota que había sido imaginando que podía haber matado a su mujer y haberla descuartizado y que nos la daba como comida no me hizo odiarlo menos. Me acerqué hasta el borde de su cama. Así que era esto por lo que había entrado en esta casa. Agarré la cadena por sus extremos y la pasé por detrás de su cuello. Sólo tenía que apretar un minuto y algo habría terminado. Me daba cuenta de que ese algo no era todo. Más aún: que ese algo daba comienzo a otras

cosas, pero no me importó. Nada de lo que pudiera hacer en ese instante se dejaba someter por lo razonable. Debió de sentir la primera presión alrededor de su cuello. Abrió los ojos y me vio. Sin las gafas, su mirada era todavía más vulgar, una función prescindible de los ojos, como si no hiciera falta. Sonrió. Parecía que se alegrara de verme. Eso me enfureció, de modo que apreté con más saña. Vi cómo cambiaba de color sin dejar de sonreír. Tendría que haberme sorprendido su falta total de resistencia: no hacía nada para evitar que lo asfixiara, no se movía, no agarraba mis manos...

—El niño es tuyo.

Yo había cerrado los ojos así que no pude saber de dónde venía la voz. Tal vez la había imaginado. La voz de Gema a mi espalda me hizo abrir los ojos. Aflojé. Vi de nuevo la cara de César, todavía sonriendo, recuperando el color de la sangre que volvía a su piel, esputando una saliva espumosa, cuajada de flemas, tosiendo...

Me dejé caer junto a él en la cama mientras veía a Gema sacudida por el llanto, sujetándose la barriga grávida con las manos.

—¿Cómo has podido pensar...? ¡Eres un miserable!

No sé si me engañé todo ese tiempo creyendo que podríamos contar con la ayuda de César para salir de allí. Ni siquiera estoy seguro de que el autoengaño no consistiera más bien en aplazar indefinidamente la huida, en fingir que había que esperar ayuda exterior, cuando sólo habíamos sido una vez más víctimas de mi cobardía, de nuestra indolencia. Tal vez esa especie de vida doméstica que habíamos

intentado recrear allí dentro no era tan diferente de la que nos esperaba afuera. Lo cierto es que ahora, tras el eclipse de César, estaba decidido a salir de aquel bungaló, de esa urbanización delirante de una vez para siempre, o como poco determinado a intentarlo.

Habíamos dejado pasar unos días sumidos en una atonía en la que la culpa y la vergüenza nos habían dominado, o al menos a mí, porque Gema, entretanto, parecía haber resuelto cualquier posible aspecto del conflicto por el sencillo recurso de permanecer en silencio. Un silencio acusador, espeso, colmado de pequeños gestos de indiferencia. Daba la impresión de haberse refugiado en la esperanza de su vientre preñado, como si allí se gestara una alternativa, algo que iba a justificar el error de haber compartido la vida conmigo.

Por mi parte yo había decidido que la única solución factible era pedir ayuda por teléfono, así que empecé a buscar el cable del cargador del móvil en las maletas. Tal vez podría cargarlo con la batería del coche. Lo haría mientras Gema dormía. No quería despertarla. No quería realmente tener que enfrentarme a sus objeciones, a los suspiros y miradas que siempre alimentaban mis dudas. Ahora no quería dudar.

En las maletas no estaba, ni en el bolso de mano de Gema. Seguí buscando, aunque ya había aceptado la posibilidad de que se hubiera quedado dentro del coche, igual que el teléfono.

—Eres un idiota, pero si quieres ir no voy a impedirte — Gema apareció de pronto, recortada contra los hilos de luz que caían oblicuos y polvorientos en el suelo. Estaba desnuda y llevaba el cable del cargador en el cuello como si fuera una encantadora de serpientes exhibiendo la engañosa mansedumbre de una pitón. Se acercó a mí, agarró los

cabos del cable y rodeó mi cuello con ellos. Pegó su cuerpo al mío y me besó.

–Mi héroe – y luego se separó riendo en esa forma sarcástica en que lo hacía cuando su irritación no era colérica.

Vi que se echaba algo a la boca. Me costó trabajo distinguir las pelotas de comida deshidratada de nuestro perro.

–¿Dónde está Gordon? – de repente había caído en la cuenta de que no había visto al chihuahua desde hacía muchos días.

Gema alzó los hombros y sonrió.

–No están mal. No son como la carne de César pero no están mal.

Mi mirada debía de ser una mezcla de reproche y confusión.

–Tal vez ahora sea feliz – añadió –. ¿Acaso no es también un animal? – se refería al perro, supongo.

Tenía un gesto extraño, retador y tierno al mismo tiempo. Me acerqué a ella. Quería agarrarla por los hombros, sacudirla para que despertara del letargo en el que parecía sumida, como si estuviera bajo el influjo de los humos alucinógenos de la marmita de una bruja. Le quité la comida del perro de las manos y la tiré al suelo. Bajó la mirada como si se hubiera apoderado de ella una timidez infantil.

–Ven – le dije –, tienes que ayudarme.

Tomé su brazo y la arrastré hasta la ventana.

–Quiero que vigiles y me digas si hay... – dudé – alguien.

Levanté cautelosamente la persiana que daba al aparcamiento. Intenté, aunque no lo conseguí del todo, subirla sin hacer ruido, poco a poco, hasta una altura que permitiera a mi mujer observar el tiro del parking. Primero lo hice con las hojas de cristal cerradas. Luego, cuando creímos que

todo estaba tranquilo, abrí una de las dos hojas lo suficiente para que ella pudiera asomarse. Podíamos ver claramente el coche. Distaría unos cien metros. No había animales ni, naturalmente, personas. Sin embargo, en el seto de boj que corría a lo largo de todo el aparcamiento se percibía la agitación de algo voluminoso e inquieto. Las hojas del arbusto se movían pese a que no corría nada de viento. Tal vez mi imaginación quiso ver además un pico o una garra.

–Voy a ir entre los coches. Si ves algo, gritas – en cuanto formulé ese plan percibí su debilidad, su condición de idea desesperada. Gema, sin embargo, asintió. Los ojos le brillaban ahora de una manera extraña, como si tuviera fiebre. Le di un beso y me fui hacia la salida. No pude evitar echar una ojeada al agujero de la pared. Desde aquello, César no había dado señales de vida. En ocasiones fantaseé con la idea de que los animales salvajes hubieran invadido su bungalow aprovechando la ventana que él dejaba abierta en la noche. Ya lo habrían devorado. Tal vez eso era lo que él quería.

–Algunas veces creo que él sabía lo que pasaba en esta urbanización y que vino por eso.

Esta fue una de las pocas cosas que me dijo Gema durante los días siguientes. Quizá no le faltara razón. No podía olvidar la resignación y hasta el gozo con que me contempló mientras intentaba matarlo. A lo mejor sólo necesitaba una excusa para morir y de todas formas prefiriera hacerlo por la mano de un ser humano. Eso confirmaría su dolorosa tesis sobre la bestialidad de los hombres. ¿Acaso no había sido un hombre el que violó y mató a la hija de la mujer que amaba? Bien, fuera como fuera, César ya no era sino otra razón para intentar salir de allí.

Si me ponía a pensar en que el primer peligro seguramente acecharía tras la puerta, sabía que no me atrevería a nada, así que la abrí de golpe, con el corazón latiendo enloquecido en mi pecho, y salí. De repente estaba fuera. Esa circunstancia tan banal de estar fuera, en la calle, a la intemperie, se llenaba de pronto de significado. Sorprendentemente, el recinto parecía desierto, una de esas urbanizaciones melancólicas de la costa, deshabitadas en invierno, aguardando la horda de veraneantes con sus sombrillas y sus hamacas.

El aterrizaje repentino de un ave sobre el césped me sobresaltó, pero era un vulgar mirlo recolectando dátiles que habían caído de una palmera cercana. Saltaba sobre el pasto con una inconsciencia feliz.

De pronto, una serpiente que se había arrastrado inadvertida hasta tenerlo a su alcance se lanzó sobre el pájaro, que dio un chillido ahogado y palmoteó inútilmente entre los cuchillos quebradizos de la grama. Era una cobra que había atrapado al mirlo por el cuello y apretaba las mandíbulas para inocularle el veneno. Había una sorprendente indiferencia en sus ojos amarillos mientras ultimaba al pajarraco.

Yo me pegué entonces a la pared del edificio sin retirar la vista del reptil y su presa y doblé la esquina hasta la fachada en la que daban directamente los rayos del sol, que pronto serían fulminantes. La misma pared desde donde Gema debería de estar vigilando y esperando que yo corriera hasta el coche. El sol me daba de frente y me cegaba. Yo guiñaba los ojos para protegerme y me sentía mareado. No había comido en muchas horas, y el terror debía de haber cristalizado la

adrenalina en mi torrente sanguíneo. Me dolían las piernas. Y las sienes.

Distinguí mi coche entre los demás, inexplicablemente aparcados allí. Eran un callado alegato del fracaso de la tecnología frente a una naturaleza que, Dios sabe por qué, se había manifestado en una irrelevante urbanización de la costa mediterránea como una epifanía poderosa e ingobernable. Me pregunté dónde estarían sus dueños, si habrían sucumbido al embate de las fieras, si habrían caído como nosotros en esa tela de araña y sus huesos eran ahora el mantillo de la hierba, esmeralda, esplendorosa bajo el sol de la mañana.

Entonces eché a correr entre los coches, zigzagueando sin saber por qué, creyendo tal vez que así los confundiría, cuando quizás no haría sino excitar su curiosidad. Saqué las llaves del coche del bolsillo y me volví hacia la ventana en la que estaría Gema para advertirme de cualquier riesgo. Al principio creí que me había equivocado de ventana. Luego acepté que ella no estaba allí para avisarme de nada y mi terror se confundió con el cansancio y la tristeza.

Pero yo no podía retroceder. Me movía entre los coches casi reptando, a ratos a cuatro patas, vigilando todos los flancos sensibles de mi derrotero. Me pareció oír un bufido, el araño de patas aceradas en el suelo. Una sombra pasó por encima de mi cabeza como una nube negra. A lo lejos divisé el arco por donde habíamos entrado hacía muchos días, ahora cerrado con una verja alta. Si digo que sospechaba que la puerta estaría cerrada no mentiría. Vi gruesas cadenas engarzadas en las rejas, pero me pareció que las cadenas se movían, que tenían vida y reptaban en los barrotes. Debía de estar ya a no más de dos o tres coches de distancia del mío. Avanzaba mirando de reojo el seto de

boj, espionando el ruido de follaje, reconociendo los olores de almizcle y de orín.

Cuando lo tuve muy cerca, blandí la llave del vehículo y alargué el brazo. Fue entonces cuando vi la sangre. Caía delante de mí, unas gotas gruesas y oscuras que me mancharon las zapatillas de deporte. Y luego el dolor. Supe que la sangre era mía cuando vi al otro lobo frente a mí, cerrándome el paso, mientras que el primero, el que me había dado una dentellada en un brazo, se volvía para atacar de nuevo. Reconocí el aullido que me había despertado alguna madrugada. Acepté que ya no iba a poder abrir la puerta. Entonces me falló una rodilla y tal vez eso me salvó por ahora. Quedé agachado en el suelo, a cuatro patas, mientras veía la boca torcida de los animales muy cerca, aproximándose. En algún momento perdí las llaves. Me dejé caer hacia un lado y rodé bajo el coche. Me encogí de costado y me quedé quieto un instante.

Tumbado allí abajo, veía las patas de las bestias resbalando en el pavimento, yendo de un lado a otro buscando la manera de meter la cabeza bajo el coche. Esas agudas y poderosas testuces de lobo gris que había visto desentrañar a un ciervo en la televisión. Cuando uno de ellos se atrevía a introducir la boca abierta en esa ratonera en la que intentaba guarecerme, yo pataleaba y gritaba con todas mis fuerzas para fingir una ferocidad que no tenía. Uno de ellos consiguió hincarme sus colmillos en una pierna e intentó arrastrarme fuera, pero di una fuerte patada y retrocedió aullando. El dolor era insoportable y sabía que la sangre derramada los excitaría todavía más. No sé el tiempo que duró aquella lucha desigual, tan condenada al fracaso, entre un hombre inerme y debilitado y dos lobos enardecidos por la posibilidad de una presa. Y quizás fueran ahora más

de dos, porque el errático merodeo era ya una orgía de pezuñas y gruñidos.

Sentía que las pocas fuerzas que había reunido me abandonaban, empezaba a aceptar mi destino con una suerte de serenidad terminal, cuando oí mi nombre en una lejanía reverberante. Un alarido bárbaro, algo así como un himno salvaje, disonante y dilatado, primitivo. Reconocí la voz de Gema, las adherencias serosas de su garganta, como si hubiera dormido mucho tiempo o hubiera llorado. Tal vez los animales reconocieron el vestigio de algo atávico, la voz de una especie antigua y despótica, porque vi cómo se retiraban, escuché el galope ansioso de sus pezuñas, el miedo sencillo y sin remordimientos que sólo es capaz de mostrar un animal que intuye el peligro.

Oí luego los pasos rápidos de mi mujer llegando hasta el coche, reconocí su mano tendida.

—Date prisa, van a volver.

Me arrastré como pude, me incorporé apoyándome en una rodilla, vi la sangre brotando de heridas que no sabía que tenía, sangre seca en mis zapatos, en mis bermudas. Me sentía muy débil, muy viejo. Gema, en cambio, parecía radiante, se había vestido con ropa limpia, se había aseado. Daba la impresión de que se hubiera preparado para una ceremonia. Una boda, quizá. En algún sitio había leído que los asesinados retienen el último rostro que ven, el semblante postrero, y que se lo llevan consigo para toda la eternidad. La cara de Gema era muy agradable, serena, como si estuviera satisfecha por fin de la vida que había llevado, como si hubiese valido la pena. Recordé entonces la expresión de César cuando apretaba su cuello para asfixiarlo. Tal vez quería obligarse a retener para siempre la cara de

un ser racional que de pronto se convierte en un asesino, eso que se ha llamado la banalidad del mal. Quizá mi cara desencajada intentando asesinarlo era el testimonio de esa certeza: los hombres somos bestias, aunque vistamos ropa de domingo o filtremos vinos caros.

Gema tiró de mí para sacarme del refugio bajo el coche. Me puse penosamente en pie y ella me recibió con un abrazo perentorio, vigilante, y sonreía. Una sonrisa que empezó a deformarse cuando sintió una dentellada en la espalda, la embestida del lobo dominante que se adelantaba a la manada. Quise golpearlo pero fallé y caí de nuevo al suelo. Quedé boca arriba, definitivamente entregado: estaba exhausto. Puse entonces mis manos sobre el pecho y cerré los ojos. Pensé otra vez en Gema como la madre de mis hijos posibles, los imaginé jugando en la playa, o en una piscina de una tediosa urbanización en el Mediterráneo. Yo los miraría mientras se bañaran y los esperaría con una toalla en el borde del agua.

El dolor se había calmado, pero sabía que pronto sería el turno para mí de la herida definitiva. Volví el cuello para exhibir una vena vulnerable y esa calma que al parecer anuncia una catástrofe se enseñoreó de mis nervios. Y entonces escuché la galopada. Algo estaba pasando, algo les hacía huir. Abrí los ojos y vi sus lomos erizados atravesando la pradera de hierba, y vi a Gema de rodillas, con una mano enrojecida en la cara, unos hilos de sangre en su hombro, mirando en dirección al arco de entrada. Ambos reconocimos simultáneamente a la figura que se aproximaba con un látigo en la mano. Vestía su absurda camiseta de rayas. El responsable de la inmobiliaria, el falso domador sentado tras la mesa de una oficina. La providencia. No necesitaba agitar su fusta

para poner en fuga a la jauría. Sólo la blandía por delante de su cuerpo. Se aproximaba con una expresión de gozo. Daba grandes pasos que lo llevaron hasta donde estábamos nosotros, junto al coche, todavía postrados. Gema de rodillas, yo en posición fetal. Quisimos levantarnos con nuestras propias fuerzas, recibirlo erguidos, con el orgullo de nuestros cuerpos lacerados pero vivos. Nos lo impidió el restallar de su látigo. Fue suficiente un solo chasquido en el aire, sobre nuestras cabezas.

Nos pareció ver a Gordon persiguiendo gorriones.

Caracaos

Larry Mejía

FINALISTA NOVELA CORTA

LARRY MEJIA (Bogotá, Colombia. 1983)

Nací en Bogotá, Colombia. Estudié actuación e historia del arte en la Alianza Colombo Francesa, desarrollé una carrera como actor obteniendo los premios *India Catalina* del Festival de cine y televisión de Cartagena y en dos ocasiones el premio de la revista *T.V. y Novelas*. Alternando mi profesión como actor fundé el movimiento Negacionista de poesía. He publicado la novela *El demolidor de Babel*, con el Fondo Editorial el Perro y la Rana de Venezuela, al igual que la antología *Una llama al viento*, del escritor Porfirio Barba Jacob. Participé en festivales de poesía en mi país así como en Argentina, México y Venezuela. Gané en 2010 el premio *La poesía es la libertad*, de la Casa de Poesía Silva y el *Premio Platero* del Club del Libro de las Naciones Unidas, en Suiza en 2011. Actualmente trabajo en la escritura de la novela *Donde las calles no tienen nombre, Y Hay melodías que deberían estar prohibidas*.

Me gustaría contarles que la energía vital de esa novela la saqué de los poemas de un maestro que, sin saber bien cómo, con el paso del tiempo se convertiría en amigo. Me refiero a Juan Calzadilla, el poeta y pintor, quien ahora dirige la Galería de Arte Nacional de Venezuela.

Para Suander, ella sabe el por qué.

Para J, porque sí.

Para Caracas por su pasión y nuestro caos.

Para José Zambrano por su irreplicable corazón.

Para Alejandro Madero y Nereida por románticos.

Para De Sousa Teixeira Jordao Salvador.

Para Juana María por guapa.

Para Juan Calzadilla por maestro y amigo.

Para Jorge Gaitán Durán, por toda la luz.

*Sin ustedes esto seguramente sí hubiera sido posible,
pero no tendría ningún sentido.*

Por Tomás Forsberg.

Yo también cambié de patria en mi juventud.

Jorge Gaitán Durán

Nadie me espera. Era de esperarse. Ni una recepción de Naciones Unidas salvadoras de mundos, ni una O.N.G. francesa de humanismo irreprochable, ni Derechos Humanos o las Abuelas de Plaza Mayo, no es la O.E.A., ni A.C.N.U.R. No es la Cruz Roja, tampoco la Cruz Verde o la Cruz Negra Anarquista, o los Cascos Azules, ni la E.T.A., ni las F.A.R.C., no son las A.U.C., o Amnistía Internacional, ni la Sociedad Protectora de Animales; nadie, ninguno de los anteriores, ninguno de los verdaderos ni de los defraudadores, no son los comunistas, porque no soy comunista, ni los simbolistas porque no soy simbolista, o S.O.S. Esclavos, ni los liberales, pues no soy liberal, ni los conservadores, porque tampoco soy pendejo, ni la C.I.A., o la D.E.A. Ni La K.G.B., o el I.R.A. *Human Rights Watch*, la OTAN, o la UNESCO. No hay nada, nadie, alguien, ni comitivas, ni banderas, ni recepciones, ni políticos, ni artistas, ni intelectuales porque no soy intelectual, ni cadenas de noticias, pues no soy periodista,

ni modelo, ni cantante, ni presidente. No hay reporteros, ni militares fratricidas, no hay reinas de belleza desfilando sus tetas y su ignorancia, ni ministros exhibiendo su desidia, no hay delegación nacional o internacional, no está Unasur, no hay médicos, ni enfermeras, no hay antesala ni protocolo, no suena el himno de ninguna patria, ni se levanta vaporosa la bandera del General Francisco de Miranda, nadie se pone la mano en el pecho, no hay sacerdotes rezando el credo o el padrenuestro, no hay curiosos ni limosneros, nadie aparece para recibirme, ni los rojos, ni los azules, ni los amarillos, ni los blancos, ni los pobres, ni los ricos, ni los estafetas, ni los negros, ni los verdes, ni mis hermanos, ni mis paisanos; debe ser porque yo no soy ni blanco ni negro, ni mulato ni zambo, ni amarillo, ni criollo ni San Bernardo, ni asesino, ni muerto, ni político o guerrillero, ni amnistiado o jubilado, ni enfermo, ni Lázaro resucitado y como además yo nunca he robado, despojado, matado, traficado, vendido, torturado, secuestrado, mentido, atentado, esnifado, procesado, cultivado, inoculado en nombre de ninguno de los anteriores, ni en el mío propio, desde luego a mí no pueden esperarme o recibirme los supuestos benefactores de la paz y el pueblo. Por el alto delito de ser un nadie, uno más, no me he hecho merecedor de las incursiones que tanto reparten estas democracias a los sembradores de votos y cocaína, de promesas y muerte.

A mí, apenas, a duras penas, a las penas mías, de entre el polvo que se levanta a mi paso, reverberando un sol inclemente, me saluda un aviso socarrón, el cual erigiéndose sobre el amarillento hervor de la tierra, deja leer la siguiente frase: *Puente Internacional Simón Bolívar. Bienvenidos a Venezuela.*

Con todo el horizonte de encontrar mejores horizontes y abandonar una patria que traigo años cargándome, en un bus blanco de dos pisos de la empresa Expreso Flamíngos entro a la Venezuela *lonja de artistas*, sobre la que tanto tiempo me habló mi papá, con además un par de zapatos Converse viejos y algunos libros inéditos que vengo a publicar en este país pues en el mío no pude, allá nadie puede nada, nada que no sea armar un guerrilla o poner una bomba, o exportar cocaína, o prevaricar, o falsificar, o mentir, o violar, o matar o descuartizar.

Esta vez mi norte sí es el norte, no como cuando viajé a Ecuador, donde viví por dos hermosos años y donde en vano intenté olvidar a Colombia, haciéndome sin querer más colombiano cada día, porque como digo siempre, y repito aquí: la verdadera Colombia es la que está por fuera de Colombia, haciendo patria con pedazos de pasado y con pedazos a veces de su propio cuerpo. Pero de mi país ni hablar, no hay caso. Ha quedado atrás de este puente mugriento y polvoroso, el cual ya pronto a mi paso va a caerse, sobre el cual a falta de honestidad, paz y democracia, han hecho últimamente vulgares y multitudinarios conciertos, con lo más brillante de nuestra música estruendosa. Dándole al pueblo circo, pues aquí, allá del otro lado, hace tiempo que no hay pan.

Voy entrando de mañana, voy pensando sin dormir en horas, en días, en los dos días que llevo viajando por tierra, atravesando Colombia y ahora Venezuela, voy rumiando el futuro como vaca de ojos grandes que avanza mirando al suelo, voy devorando el tiempo que sigue, el que desconozco, el que me espera, dejando atrás esas montañas que son fronteras a los ojos de mis sueños, voy

en este funeral de ser colombiano, sin estar muerto, voy deshaciendo los tiempos, en tanto invento uno nuevo, el mío, el de la libertad, el de un nuevo éxodo. De entre el silencio que como laberinto viví, voy saliendo cual sombra que resignada mira al sol de soslayo. Entro a Venezuela, nuestro país hermano, otro de tantos que todavía no cierra sus puertas a la migración de mi país, la cual inunda al mundo sin descanso con su tráfico inacabable de fantasmas y desastres.

Los libros que escribí y casi trescientos ajenos, en cajas viejas de Chocolate Sol, escritos por mis mejores amigos, (gente que desde luego no conozco), 25 años entre este pantalón, el futuro por delante y la muerte en todas partes; son mi equipaje y de paso mis ases bajo la manga, mi inventario, el recetario con que espero tragarme el mundo desde Venezuela, *la rica, la mil veces rica, la riquísima, lonja de artistas mecenas estrellado...*

Es poco lo que conozco de este país, fuera de su literatura, a pesar de que es la segunda vez que entro en él, la primera fue hace algo más de un año, cuando me invitaron al Festival de Poesía de la Universidad de Carabobo, en Valencia. En esa ocasión pasé nada más que 10 días aquí, el tiempo suficiente para decidir venirme a vivir en estas tierras el tiempo que me quede de vida, el tiempo suficiente para decidir dejar atrás esas otras tierras que ya nada me dicen y que en nada me alimentan. Hace muchos años que de ausencia en ausencia, Colombia se transformó en un lugar de paso, como un puerto de fantasmas, no solo para turistas, sino para propios quienes regresamos de cuando en vez, con la sensación de ya no pertenecer. Día por día el país se ha venido abajo y lo que uno conserva a la postre son

pequeñas imágenes de un pasado, a lo mejor alegre, pero ahora brumoso, y además irrecuperable.

Ese es el tiempo al cual intento dar término en este nuevo viaje. El tiempo que viví y el que no regresará, el que bien puede consumirme si me decido a permanecer.

Ahora pienso, ¿qué parte de nosotros es la que en realidad hace el viaje?, ¿es el cuerpo nada más?, ¿es la intención?, ¿el deseo? Y por sobre todo, ¿qué es en tanto lo que permanece inmóvil jalándonos hacia el pasado?, qué importa, con lo anterior al fuego y a la basura.

Adiós Colombia y adiós pasado, jaque mate al juego macabro de permanecer con vida en el lugar más absurdo de la tierra. Adiós de paso a la familia y a los pocos amigos que todavía no han logrado irse a lavar platos o a aparcar coches en España o Estados Unidos. Adiós, adiós, ahí les dejo ese polvo que levanté sobre el Puente Internacional Simón Bolívar, ahí les dejo el recuerdo para que sigan viviendo de lo mismo, de pedazos de nostalgia o carne, pues día por día ni la añoranza nos salva lo que vamos dejando atrás. Atrás a lo lejos. Adiós señores del D.A.S. que de mala gana sellaron mi pasaporte y con sorna indagaron en las intenciones de mi viaje, quédense y mátense entre ustedes con mi más sincero permiso.

Adiós Colombia entre montañas, madrigueras de asesinos y cultivadoras de cocaína, adiós Colombia patria enferma, dadora de lluvias infatigables y caudales de sangre, por los cuales me he resbalado para no morir. Voy a pedirte un favor: no me llames, no me busques, no me mandes tus sicarios, ni tus paramilitares, no me digas que me quieres, no me escribas, trágate de una vez lo que se queda, gracias por nada, nos vemos en la otra vida.

CARACAOS I

...sobre su rostro, una revista ilustrada abierta, con un titular: «Caracas, ciudad de hombres solos». Ciudad, además, donde la soledad resulta intolerable; laberinto de contrastes, de pasos subterráneos, puentes, autopistas incandescentes y de lomas en ascuas y suburbios polvorientos, donde en ciertos instantes uno daría todo por escuchar una palabra fraternal o apasionada.

Jorge Gaitán Durán

Hace tres días llegué a vivir a Caracas, la capital de Venezuela, apenas abro los ojos y me repongo a las rutinas de tierra caliente que me son siempre tan ajenas, pues yo vengo del frío, de entre montañas. Ahora debo ganar el pan con el sudor de mi frente, como ha sido y será siempre, pero esta vez además vendiendo pan y en el centro de Caracas, Pequeña Venecia.

Acabo de llegar, soy colombiano, normal, ¡qué novedad! Un colombiano más por fuera de Colombia la bella, y como tal, como otros tantos, decenas, cientos, miles, millones, estoy aquí para escapar de Colombia, además de conseguir me publiquen dos libros, o más, o por lo menos uno, pues me enteré que aquí el gremio editorial abre sus puertas y que a diferencia de mi país tan culto, por lo menos recibe manuscritos.

No puedo respirar bien, me falta el aire, hace mucho calor, mucho más del que puedo soportar, mucho más del que estoy acostumbrado a soportar, el aire es salino, por la inminencia con el mar, es un aire ácido que va calcinando de las narices hacia adentro todo lo que se va encontrando a su paso. Es decir: desde los mocos hasta las ideas. El sol flirtea por doquier, incesante y juguetón, reverberando sobre las

alas transparentes de las moscas verdes, que sobrevuelan las basuras multicolores de esta ciudad tan ajena. Pienso en Fito Páez y su canción del disco *Tercer Mundo*, que hablaba de Charly García entrando muchachos al Alba Caracas, pues ya no se llama Caracas Hilton, como decía ese disco que bastante escuché en mi niñez y que sin saberlo entonces, tanto alimentaba los deseos de escapar. Los míos y los de todos mis compañeros de colegio quienes ahora aparcan coches en España o lavan baños en Estados Unidos como dije antes, reitero ahora y repetiré más adelante, al gusto y acomodo de mi nostalgia, odio y recuerdo.

De regreso a casa, a mi nueva casa, la que estoy estrenando, cien metros arriba del Palacio de Miraflores, sigo pensando o despertando, el último cigarro que me queda gira en el ojo de un *long play*, de *Shelly Manne & His Friends* que compré por dos bolívares debajo del puente de la calle Urdaneta, donde abundan los discos de larga duración y los libros antiguos; aquí los libros y los discos son baratos. Debe ser que nadie lee, ni escucha música; debe ser que todos leen y escuchan música. El cigarro Belmont cuesta los mismos dos bolívares que los discos, será más barato fumarme la música o los libros, que también son muy baratos, a diferencia de Colombia, donde somos tan cultos y generosos.

Pienso en el escritor Vallejo, en ambos, pero más que todo en Fernando. Quiero decirle que al parecer el dinero que donó de su premio Rómulo Gallegos de novela está bien invertido, pues los perros de estas calles se ven obesos y tranquilos, cargando ese envejecimiento prematuro del trópico, y a pesar del clima son vivarachos y golosos, con sus hocicos negros, demasiado negros, escarban sobre las basuras profundamente multicolores que decoran la ciudad, basura

y banderas rojas del PSUV, ondean a la par por cada rincón donde en espera de refresco intento poner mis ojos, a ver si puedo al menos, por un instante pensar con cabeza fría.

Pienso en Carlos, mi compañero en la panadería La Croisantina, donde comencé a trabajar hace dos días para unos portugueses. En el centro de Caracas, casi todos son portugueses, o españoles, gentes escapadas de las guerras europeas que llegaron buscando paz a la que es hoy por hoy una de las ciudades más peligrosas del mundo. Ayer en la mañana, hablando con Carlos, mientras colocábamos los panes en el mostrador, que por cierto me ampollaron los dedos gracias al calor con que salen del horno, me dijo que ahorraría seis mil bolívares para irse a vivir a China.

—¿En China? —le cuestioné sobresaltado.

—En China — me confirmó decidido.

—Pero ¿por qué en China? —proseguí curioso.

—Porque allá tienen mucho rial.

Asentí mientras intento explicarme, qué puede buscar un joven de 18 años en China y además entre otras cosas qué significa «rial».

Le pregunté si hablaba mandarín, me aclaró que lo que hablan allá es «oriental», le confirmé con la cabeza y callé, en tanto Carlos argumentaba que poco le importa que hablen, pues está seguro que allá —en China— hay bastantes venezolanos. Lo miré directamente a sus grandes y hermosos ojos indios, moví de arriba abajo mi cabeza y enmudecí, concluimos el tema, continuamos ubicando rudamente los panes sobre los anaqueles de madera dispuestos para ello.

De todas formas ahora sigo pensando: ¡seis mil bolívares para irse a China!, es un viaje muy largo para encontrar paisanos, viendo que aquí no más y sin ir tan lejos hay muchos.

De cualquier forma Carlos ya tomó la decisión, así que el asunto está cerrado. Buen viaje compañero.

A Carlos le dicen en la panadería «el guajirito». Carlos es de Santa Bárbara, yo no conozco Santa Bárbara, es muy poco lo que puedo ver de Venezuela detrás de un mostrador, todo me llega a través de percepciones puesto que tengo los cinco sentidos abiertos al paso del tiempo, de todo cuanto se me cruza, de la polifonía que a diario me satura los oídos, pues aquí la gente habla gritando y sus gritos de tan altos, terminan pareciendo un canto.

Con la camisa pegada al cuerpo pienso, pienso que en Bogotá llueve sin descanso y siempre debo caminar mojado, esperando que la ropa se me seque en la piel, aquí también llueve mucho, aquí ocurre lo mismo, el sudor que me empapa se me seca en la tez, pero aquí lo que llueve es sol, es decir, si por allá llueve por aquí no escampa.

Mi hogar en el barrio la Pastora es una antigua casa de estrechos corredores, por donde el sol entra tímidamente, casi no cabe el sol en nuestra casa, la cual es de paredes que otrora debieron ser blancas y hoy son amarillas, amarillentas, de puertas verdes, verdosas, y más o menos 70 alcobas, 2 baños y un lavadero que nadie utiliza porque el agua llega dos veces a la semana, cuando llega. Es este lugar lo más parecido a una cárcel que conozco, teniendo en cuenta que jamás he estado en prisión, a lo mejor la imaginación se me queda corta o me sobrepasa. Aquí conviven conmigo además de los inquilinos, más de 80, un sinfín de cucarachas, de una variedad bastante amplia, como nunca antes las había visto y en la habitación 46, 23 alcobas más allá de la mía, un vecino adquirió el dengue hemorrágico, lo mantienen aislado, le dejan un galón con agua en la puerta de su alcoba y se retiran

rápidamente, pienso que solo las cucarachas entrometidas, curiosas y mutantes, le estarán haciendo compañía.

El sol golpea insistente sobre este tejado de lata de mi alcoba, que cruje y se retuerce, que se broncea y de paso me calcina la testa, haciendo de mi habitación un horno igual al de la panadería donde trabajo, seguramente de este cuarto saldré convertido en pan.

De fondo al calor, en mi pequeña habitación, suena reverberando un piano vertical, de nuevo es *Shelly Manne & His Friends*. Como yo recién llegó a Venezuela «*bis friends*» son mis únicos *friends*, es decir la música, a pesar de que ahora, a esta hora, no sea precisamente la lluvia la que le acompaña al piano, como lo es en el verso de de Greiff. Como anhelaría yo.

El lunes en la mañana, de camino a la panadería, vi en la vitrina de una tienda de flores un aviso muy curioso que rezaba así: «Se solicita señorita para hacer recuerditos». Entonces pensé: ¿obvio no?, siempre que se solicita una señorita, es entre otras tantas cosas para hacer recuerditos.

Pienso que no me siento capaz de ponerle el pie a ninguna de estas cucarachas, ni por grande o pequeña que sea. Las hay de todos los tamaños, pero su color es siempre el mismo; color marrón, aquí en Caracas, el marrón es lo que yo conozco como café, que allá en Colombia la gente mal conoce como tinto, y que a su vez en Argentina y Chile conocen como vino; creo que vivimos mal comunicados en estas tierras, o que el español en sus múltiples colores nos permite nombrar y renombrar las mismas cosas a nuestro gusto y acomodo.

Sigo pensando en tanto veo los edificios de colores fatigados, casi cayendo sobre sí mismos, los cuales, en una

burlona imagen de la vida me recuerda a mí mismo, cayendo sobre mí mismo.

Subo tres esquinas y llego a la avenida Baralt. En esta ciudad, para cruzar cualquier calle y llegar a cualquier lugar sano y salvo, debo poner vital atención a los cuatrocientos puntos cardinales, pues aquí, desde donde menos se lo espera uno, aparecen las dueñas de la noche, de la vida y de la muerte, del más allá, de las calles y las veredas, de los puentes y las rampas, de las esquinas y las escaleras, de la tierra y hasta del mar: las motocicletas. Quienes por lo general avanzan en contra vía y por sobre el andén, indignándome el ánimo y la calma con su desafinado claxon, pero por otro lado me hacen reír las vulgaridades que el conductor profiere en mi nombre cuando me cruza por el lado, es gracioso, pues él debe creer que me dio una lección o algo parecido, así que después de refunfuñar, hace tres muecas, me enseña su dedo corazón, y al ver que yo no respondo, pisa el pedal de los cambios, pone primera, me grita algo que no entiendo, que defino como un improperio, y sigue hacia su abismo, mientras yo río tranquilo y sigo mi camino sin entender qué significa «mama huevo».

Ya en la avenida Baralt, me hacen lances los fantasmas del pasado, los que siguen haciendo eco en la conciencia de Venezuela, y en la mía que no olvido, los fantasmas que disparan recuerdos y balas, por todos los puntos de la geografía que limita con el Puente Llaguno, donde chavistas y escuálidos se despacharon a tiros, con el visto bueno de los francotiradores gringos, quienes desde los edificios jugaban con la vida de los venezolanos para fundirle al petróleo incontables mares de sangre.

Llueve sol, sudo recuerdos. ¿Irse a China a buscar paisanos? Qué tipo raro es este Carlos, yo me vine para acá huyendo de ellos, de mis paisanos.

Ahora pienso en Fernando, de nuevo en ambos, los escritores antioqueños, mis paisanos, pero más que todo en González, el brujo, el filósofo, el viajero, pues él necesitó en 1935 seis mil pesos para venir aquí a hacer su *Viaje a pie* y de paso a cambiarse la nacionalidad, pues en aquel entonces ya veía él en Venezuela una tierra libre. Ese viaje con el que soñó don Fernando es el que hago yo todos los días sin seis mil pesos y sin un bolívar, así son las cosas, 74 años después hago el viaje a pie que hubiera querido hacer el filósofo antioqueño, desde la panadería La Croisantina en pleno corazón de Caracas, frente a la incandescente y bulliciosa Plaza La Candelaria, hasta mi casa en la esquina Paraíso, del barrio La Pastora, a una cuadra del blanco edificio de gobierno. *Siempre viajamos hacia el paraíso*, escribió en 1957 Jorge Gaitán Durán, hoy a fuerza de golpes sé sin duda que tenía razón.

Estoy creyendo que me colgué en el pasado, que soy la máquina del tiempo, de paso me siento intemporal, anacrónico, divagante, extenuado, y además estoy cansado de desayunar, almorzar y cenar panes con Ricomalt. El Ricomalt es un espesa y horrible bebida con sabor a espeso y horrible chocolate, las canillas son unos insípidos y larguirruchos panes mal hechos que vendemos en La Croisantina.

Suda el sol rayos que sondean mi alma, llueve un temporal de recuerdos. Ahora las moscas juguetean con el viento, en el viento. Sin el viento las moscas y los poetas vivirían aburridos. Seis mil bolívares para largarse a China. ¿Qué diría Bolívar?, ¿se prestaría para tan atrevido propósito nuestro insigne Libertador?

Dicen que Don Simón no bien llegaba a Cúcuta cuando la conspiración se armaba en Caracas, así que sin medir distancias, se prestaba el Libertador a desmedirlas, a desandarlas. Pero al llegar aquí, sin desmontar siquiera, casi con el barrén trasero deshecho, con el faldón hecho papel de arroz, con la estribera pendiendo de la nada, la pléyade opositora en Bogotá, secundada por don Francisco de Paula Santander (primo en quinto grado de José Asunción Silva), elucubrara en su contra, entonces y sin desacomodar el freno, el apeo y la cincha, debía cruzar o descruzar la Gran Colombia.

—¡Arre caballo que las bestias humanas volvieron a descreer!,—pienso yo que le decía el Libertador a su animal.

Dicen que no bien llegaba Bolívar a Bogotá cuando en las faldas del Pichincha, los chuyitas quiteños urdían en su contra la mar de conspiraciones, entonces y apenas apaciguando el incendio de las lenguas ulceradas bogotanas, cruzaba Simón, su bestia y sus ejércitos, el sur de mi país para bajar en Quito por la montaña empinada con su arremetida victoriosa. Dicen y dicen y dicen, y decimos. Ellos dicen que Bolívar era un gran hombre, yo digo que sí, sí era un gran hombre, y digo que además su caballo era un dios.

Pienso en los 4 panes y el medio litro de Ricomalt a que tengo derecho al salir del trabajo, pienso que repartir pan es una de las cosas más bellas que me ha ocurrido en la vida, además de la poesía, que fue lo que me trajo aquí, dizque a publicar mis libros.

Pienso, repienso, despienso, abusando de la palabra pensamiento, disculpará el lector la muletilla. ¿Seis mil bolívares para irse a China? ¿Bolívar estaría de acuerdo con Carlos?, ¿dispondría sus tropas para esta nueva jornada? Sí, claro, desde luego, por supuesto. Carlos es un muchacho muy ho-

nesto y soñador, no fue bueno dudar de sus intenciones, irse hasta China a buscar paisanos es lo más instintivo y sincero que a alguien se le puede ocurrir y mucho más en estos tiempos de olvido, además y en últimas siempre viajamos hacia nosotros mismos, como quien dice, o como digo yo: nosotros somos el paraíso.

Resumo, capitulo, pero al mismo tiempo empiezo mi jornada en Venezuela; en tanto concluyo que por mis manos, por mis pies, por mi culpa, no morirá ninguna cucaracha, Carlos se irá a la China a encontrar venezolanos, Bolívar es el Libertador, y el caballo es otro dios. Llueve sol y sudo recuerdos, vine desde tan lejos sin caballo, ni dinero, por lo único que se puede vivir en la vida y en Colombia y en cualquier mundo de los mundos que existen, vine buscándome, así que yo mismo me doy la bienvenida, la que no me ha dado nadie. En tanto y consecuente con lo anterior, resumiendo, reanudando, ya no pienso perseguirme.

CARACAOS II

*Aquí escribo tu nombre pueblo mío
Descubridor de todos los buenos sentimientos
Creador y magnificador
Verdadero y presente
Qué modo de recordarte el mío
Hoy que me asaltan las dudas y recurro a ti para que las abatas
Hoy que he saludado a cuanta gente ballé
Hoy que cambié por mi trompo una vieja estatua de yeso*

Gustavo Pereira

—... Ya conseguí trabajo, estoy trabajando en una panadería para unos portugueses en el centro de Caracas, aquí hay muchísimos portugueses y españoles, son dueños de casi media ciudad, son gente muy alegre, y trabajadora, pero explotadores como ellos solos, luego le explico, casi no salgo a conocer ningún lugar de la ciudad porque cuando el día de trabajo termina quedo muy cansado, y usted sabe que aquí hace mucho calor, y que uno no está acostumbrado a eso, tengo las manos quemadas porque me están enseñando a hornear pan y todavía no aprendo bien, pero bien, lo que me alegra es que ya conseguí trabajo, porque aquí la comida es costosa y todo el dinero que traía se me acabó hace rato, no sé qué más contar, bueno que todo el mundo habla como gritando, pero a pesar de eso, el tono de la voz de todos es muy musical, y además hay muchas, muchas cucarachas, usted se moriría si las viera, son gigantes, hay de muchos tamaños, pero la mayoría son grandísimas, como tortugas..., la vuelvo a llamar cuando tenga algo más de dinero, esta llamada se me está saliendo del presupuesto, cuénteme algo, quiero saber una cosa más, ¿cómo están las cosas por allá?

—Mal.

Colgué y salí a respirar, a caminar, a intentar recuperar el olfato perdido para que la ciudad me revele por otro sentido su cuerpo, su curso, sus secretos. Algunas veces me agrada no tener olfato, lo perdí completamente desde que empecé a fumar en Ecuador hace ya unos 4 o 5 años, cuando el programa *El Museo del Rock* iluminaba mis frías noches quiteñas, de la mano, mejor dicho de la voz de Edison Soto en la emisora La Metro, en la cual sonaba y tronaba la más

noble música del mundo, ese ruido hermoso que le debemos a los negros.

No lo recordaba, recién caigo en cuenta. Hoy cumpla un mes y medio sin probar la botella, *tú no sabes lo difícil que es zafarse de ella...* me recuerda Fito Páez.

Sigo trabajando en la panadería, mientras sale algo mejor, ahora lo hago a doble turno, es decir entro a las 6 de la mañana y salgo a las 10 de la noche. Tomo los 30 cafés respectivos, como lo hacía Voltaire según he leído, y a veces como alimentos normales, ya pasé por consumir cosas de la calle que venden en improvisados restaurantes de dudosa limpieza y que de paso me tuvieron un par de días vomitando en el baño de la casa donde vivo, vomitando cara a cara y sin agua con mis amigas las cucarachas, que aquí se llaman chiripas. Si alguien lee estas páginas creerá que tengo la cabeza llena de cucarachas, y yo lo creía también, hasta ayer cuando llamé por teléfono a mi amiga Carolina Negret, quien vive exiliada en Europa hace años, ella me hizo comprender que no, no es la cabeza, son los ojos, y sí, los tengo llenos porque como lo dije antes y lo repito ahora, aquí lo que hay son cucarachas, o chiripas, además una arquitectura asombrosa que juega con el viento y con el sol a proyectarse en el cielo eternamente, en constante competencia con los también hermosos árboles que aparecen de la nada y van consumiéndolo todo en un afán por repoblar de verde lo recientemente construido por el hombre.

Veo con desconcierto que son las galerías y las calles de Caracas, tan parecidas a la vida; se interna uno en un subterráneo, baja escaleras, desciende rampas, toma por pasillos inclinados y cuando sale, lo está esperando la cúspide de la ciudad, como si al bajar subiera en una caprichosa contra-

dicción que todavía no entiendo, y en cambio a veces, se sube por las escalinatas, se trepa las laderas, y termina uno debajo de la ciudad, como si de tanto escalar fuera en desbandada hacia el abismo, la vida es como Caracas: llena de basura y vertiginosa, en caída o en subida, nunca se sabe.

Siento una insondable fatiga al caminar por la ciudad, el viento me arrastra de calle en calle, y como a un borracho de muro en muro, de poste en poste, como si el destino ayudado por un fuerte viento nocturno trazara mi camino de regreso a casa, debo parecer un cartel que nadie leyó, ese pedazo de papel que abriga las paredes y rechifla en el silencio de la noche, anunciando una campaña política, un concierto, un circo, o un siempre renovado muerto que en poco, como todo, será olvido.

Qué fatiga llenar de letras repetitivas mis despobladas soledades, qué discurso agónico este, y qué monólogo aburrido mi silencio, debería mejor empezar una revolución, como es la moda.

Al llegar a casa, a falta de amigos, con una inmensa soledad ruidosa, y el tocadiscos girando incansablemente, me dispongo a jugar con mis amigas las cucarachas mientras llega el sueño. Perdón, perdón, no son cucarachas son chiripas. Con el dedo las persigo y huyen a sus huecos, se meten en la caja de Chocolate Sol que uso de guardarropa, saltan y se internan en mis zapatos, buscan refugio entre los libros, rápidamente corren a las esquinas de los pórticos, a la oscuridad va a dar su cuerpo grasoso y sus antenas paradas que se comunican chismes, arrancan en desbandada hacia la oscuridad y se me parecen tanto a mis paisanos, son sucias, grasosas, verlas huyendo me hace pensar en mí, perseguido por mí mismo, huyendo a la oscuridad en graciosa retirada.

Además de vender pan ahora sé cortar embutidos, preparar jugos, aliñar la harina, robarme el queso de la nevera para mezclarlo con pan y Ricomalt, y por si fuera poco, yo que dizque vengo de la tierra del mejor café del mundo, aquí vine a aprender a hacer café, de distintos cafés, del mismo pero con distinto nombre, aquí el café, como ya dije, se llama marrón, pero se prepara de otra forma, lo sé hacer claro, oscuro, guayoyo, lo sé hacer con y sin espuma, ya casi aprendo a dibujarle con la leche un corazoncito de espuma, y así paso todo el día preparando café y sánduches para portugueses y venezolanos, españoles y uno que otro colombiano que camufla entre costeño y venezolano su marcado acento, es decir y como dije antes, se esconden mis paisanos como las cucarachas.

Nunca en mi vida había escrito con tanta fluidez y copiosidad, ni siquiera en mis destierros ecuatorianos, donde la soledad y el frío van dibujando en el imaginario una ruta, en la cual la mente parece internarse para siempre en el silencio, o en la conversación íntima con uno mismo. Aquí en Caracas me fluyen las letras, como si tuviera una hemorragia en los dedos, se me caen de las manos y sin una computadora a mano, las apunto en servilletas de la panadería donde trabajo.

Siento que me destila a la par la escritura, el sudor y el sueño, siempre tengo ganas de dormir, debe ser que más bien estoy dormido y son los sueños quienes sudan y escriben.

Camino por la calle, doy medio paso, y prendo un cigarrillo, pienso en si necesito alguna cosa, aspiro el tabaco, sí, necesito dejar de fumar. ¿Necesitaré algo más?, sí un paquete de Lucky Strike, porque el que tenía se acabó.

Prosigo mi viaje a pie, viendo a las miss universo sin corona, desfilan entre basuras, como bellezas a quienes la

suciedad y la falta de agua no les toca, pues la beldad hace que enfermedades, suciedad y demás peligros les resbalen por las curvas y las voluptuosidades, en las cuales los derivados del petróleo se hacen evidentes. Hoy recuerdo a Juliette Binoche, espero que ella piense en mí como lo hago yo en ella, pienso en mis amigos idos, ahora que se acercan sobre mí este 29 de mayo, los últimos 25 años, aspiro la nicotina, sigo subiendo por calles que me dejarán abajo, entro en un túnel y aparezco no sé cómo en el piso 21 de la editorial El Perro y la Rana, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, hablo con José Javier Sánchez, encargado de la oficina de atención al escritor, prometo llevarle pronto mi obra maestra de la literatura colombiana, respiro hondo, pues hay en esta oficina cierto aire, cierta corriente, cierto silencio y eso me alivia.

No sé bien por qué, pero caigo en cuenta que debo comprar una ducha eléctrica, no me cabe en la cabeza seguir levantándome a las 4 de la mañana, con el cuerpo cansado para bañarlo con agua fría, cuando hay agua, ¡qué infamia el agua fría!

Bajo de la editorial, Centro Simón Bolívar, torre norte, piso 21. No quiero pensar en libros, miro de soslayo y en el piso una ráfaga solar tapiza las calles, libertad que encadena, coches costosos, hermosas mujeres, ruidosos motociclistas, botellas de agua Minalba, la cual está más encarecida que la gasolina, camisas rojas que son armaduras de la ideología, pues aquí como en Colombia el pensamiento se lleva en la ropa.

Prendo un nuevo cigarro. El sol furioso entra y sale de las casas y de los albañales, no se mancha, es un sol ruidoso, pasa y cruza ventanas, casas, barrios, basurereros, calles, puentes y hasta túneles, humaredas, árboles, estos bellos ár-

boles que sobresalen de entre las basuras y saludan al cielo en competencia con los pájaros. Árboles que están vivos, árboles poblados de lagartos, y ardillas juguetonas junto a la estatua del Libertador, en la Plaza de Bolívar, árboles de un verdor que alucinaría a Federico el poeta, árboles bajo cuya sombra escribió un extenso poema el también escritor bogotano José Asunción Silva, *Mi paisano*.

Así que ahora me cobijo en el pasado, en busca de lo que fue, del frescor que las memorias me proveen, esquivando el calor que a todas horas me encuentro, en busca de la sidra de otros tiempos en Bogotá. Definitivamente y como en la canción, una vez más en mi vida *hay muchas voces aquí dentro de mí, todos gritan y todos callan...*

A veces creo que podría quedarme a vivir en Caracas toda la vida, a veces ni siquiera sé cómo hago para llegar al fin del día, el calor es insoportable, sumado a la falta de agua. ¡Mierda, casi piso un paisano!, ahora se esconde en el interior de una lata de jugo Yukery que importan en Venezuela desde México, ahí va mi paisano al trote, grasoso, brillante, rastrero, cucaracho, colombiano.

De verdad me gusta pensar, hace días no leo, pienso en la soledad de mi amiga Carolina Negret quien vive exiliada en Londres o Escocia, ya no recuerdo, pero su soledad, donde quiera que esté debe ser mayor a la mía, pues es más fácil soportar la soledad en español, hijueputa.

La muerte ¿por qué será que pienso tanto en ella?, ¿por qué será que pienso sin descanso?, esta velocidad del pensamiento me produce vértigo, debe ser por las calles empinadas, debe ser que se me están rodando las ideas y la cordura, y a lo mejor se me corre la teja, debe ser que tengo la cabeza llena de cucarachas, la cabeza NO, los ojos, cuca-

rachas NO, chiripas. Pienso en esta ciudad adonde llegué con unos libros inéditos y un par de zapatos viejos, cada día más viejos y los únicos que tengo, rejuvenecidos de vez en cuando si el agua decide aparecer por el lavadero, pienso que aquí todo es poético, pienso que debo comprar una computadora, tomar una cerveza, y dejar el alcohol, pienso en mis amigos que se quedaron en Colombia: Camilo, Pablo, J., Toto, Raúl, Carlos, Iván, Alonso, pienso en ese tango amigo mío, que habla como cantando, que es elegante, callado, y que siempre está tranquilo: Jairo. Y lo anterior por no pensar en los que se fueron del país, con ellos llenaría fácil un directorio de afectos en el exilio.

¡Qué soledad, qué compañía!

Con una inagotable fuente de sudor emanando por mi frente y más bien poca inspiración intento atrapar en estas líneas el tiempo que no espera, el eterno presente en que me encuentro, trayendo a colación constantemente lo que a lo mejor ya solo yo recuerdo.

Los días pasan en Caracas, con una extraña velocidad, a veces son rápidos como las ardillas que brincan de rama en rama por los árboles de la Plaza de Bolívar frente a sus ojos impávidos, frente a sus ojos de estatua, y otros en cambio son lentos como las nubes cuando no hay viento sobre la Plaza de Bolívar, y yo me debato entre intempestivos cambios de ritmo y armonía, redactando, apurando largos tragos de agua, cuando hay agua, y cuando no, duros tragos de polvo, que hacen con el cigarro, la delicia de mi garganta y pulmones.

Cómo quisiera atrapar de manera fidedigna, alguna imagen de Caracas, atraparla digo con la locura de Armando Reverón frente al mar, atraparla con la nostalgia de Arturo

Michelena, atrapar los días, que no se fueran como se van, repetitivos y discordes, pero no puedo. A lo mejor no conozco la palabra para detener el tiempo, mi tiempo, a lo mejor esta noción que de las palabras tengo es errada, a lo mejor sigo colgado en el pasado, dejando escurrir la vida, por unas páginas vacías.

Pienso que estas letras son mi dignidad, la que me queda después de haber abandonado todo salvo la música, el país, la familia, los amigos, la novia, el trabajo, todo lo abandoné, menos la música. Canta en el toca discos, como cincelando el tiempo, un españolete que repite pastosa y aguardentosamente *sentados en corro merendábamos besos y porros, y las horas pasaban de prisa entre el humo y la risa...*

De nuevo salgo de casa, saludo a mis vecinos, en la esquina la guardia venezolana ríe y descuida el palacio, ríe y fuma, ríe y canta, no entiendo qué cantan, es algo así como: *Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes...* Enciendo un Lucky, sin fumar fumando, sin querer queriendo, sin caminar caminando, sin subir subiendo, a *causa de la hidrografía*, sin dormir soñando, sin morir muriendo, de salto en salto, de túnel en túnel, con mis payasos y sin mi circo, con mi sombrero y sin mi cabeza, con mi vino y sin mi copa, con mi cielo y sin mi alfombra, con mi metro sesenta y mi grandeza, con mi pasado y sin mis amigos, con mis amores y sin sus corazones, con mis libros inéditos y estos zapatos viejos y por no llegar el agua sucios, de bronca en bronca, de lampo en lampo, de estación en estación, de calle en calle, de ruido en ruido, de basurero en basurero y como el sol, de letrina en letrina. Entro a una cabina telefónica de Cantv para llamar a Colombia, otra vez a Colombia, maldita sea Colombia, reviso el dinero, tengo quince bolívares,

vuelvo a pensar que con tantos bolívares, en vez de llamar debería hacer una revolución, pero me da pereza, respiro hondo, en espera de la muerte, sin miedo haciéndole frente, marco 0057..., hablo, dejo de pensar, hablo, hablo, hablamos, pasan los minutos y con sus segundos...

–...una cosa más, ¿cómo están las cosas por allá?

–Mal.

¿Así que las cosas están mal en Colombia?, normal, ¿cuándo allá han estado bien?

Vuelvo a pensar, enciendo un cigarrillo más, la mujer con quien acabo de hablar era mi mamá.

CARACAOS III

*Pienso cuando estoy fumando
que todos vamos al trote
que la vida es un chicote
Que se nos está acabando
Si en el momento nefando,
Dios me viene a preguntar:
–¿Quiere usted resucitar?–
Le diré, botándole el humo:
–Mil gracias, Señor, no fumo
Porque acabo de botar...*

Eduardo Ortega

¡Qué sigan las misiones!, reza una valla gigante que sobresale al oeste de Caracas, por sobre los edificios donde se apilan familias y familias por apartamento, quienes a su vez

van alimentando con pasta y mantequilla los deseos para que el proceso socialista no se detenga, en tanto, mirando las vallas y las viviendas pienso que mi misión por ahora una vez más, es esperarla, hace horas estoy en lo mismo, ya completo 27 en ello.

Estoy sudoroso, fatigado, no paro de fumar, siento que la perpetuidad del rojo o el azul es angustiante en cualquier lugar donde nos agarre la vida o donde nos espere la muerte.

Intentando pasar a otra cosa busco en mi libro *According to The Rolling Stones* la fecha del cumpleaños de Charlie Watts, que si no me falla es hoy.

Ahora son 40 horas esperándola, no asoma, no da ni señales de querer venir, enciendo un cigarro Virginia Slim, made in Polonia. ¡Mierda!, ya es 5 de junio, el cumpleaños de Charlie fue hace dos días, no lo recordé, y yo hubiera querido hacerle alguna celebración, así fuera a la distancia. Algo así como tomarme una botella de Jack Daniel's, o en últimas y dadas las circunstancias, medio vasito de agua.

Yo quiero mucho a Charlie, es de esos amores puros, sé que jamás lo conoceré, así como sé que cuando muera, algo de mi morirá con él, con el punch de su tambor, con la austeridad de su batería Gretsch. Yo crecí de la mano de los Rolling Stones, de la mano de Keith Richards, como afinándole a la distancia su Gibson Les Paul, o su Fender Telecaster, yo crecí como una piedra rodante, entre un blues mal entendido y un montón de rock ajeno que a fuerza de soledad hice mío, como una piedra rodante que jamás crió lama.

No llega, nunca antes había esperado tanto y en esta espera sí que fumo y sí que pienso. Organizo mis papeles, desordeno mi mente, tiendo la cama, enciendo un nuevo cigarrillo, miro a través de la reja que limita con mi ventana,

como si me riera de lo porvenir, de lo por ver. Las ratas hacen sus delicias en el potrero frente a mi edificio, gigantes chulos o zamuros, como les dicen aquí, viste de negro al cielo, de negro negro, de luto por quienes estamos abajo, buscando ellos, desde el aire, un cuerpo descompuesto para saciar su hambre y limpiar las calles, se me parecen tanto a los pájaros metálicos que desde la tierra extraen el petróleo de Venezuela.

Salgo de casa, de esta, donde ahora vivo, pues ya no soy vecino del Presidente, me cambié a un edificio marchito, a un apartamento que comparto con 3 familias, una compuesta por la dueña de la casa, Yesenia, a la que mi padre llamaría: «una quinceañera de 40», y sus dos hijos de un padre asesinado, más su actual noviecito, un joven caleño adicto al basuco o bazuco o piedra como le dicen aquí, 10 años menor que ella, moreno de grandes ojos verdes y locos. Por otro lado, en el otro cuarto la otra familia, esta compuesta por madre, hija y novio de la hija, los tres comparten la misma alcoba y por si fuera poco la misma cama, lo que no sé es si madre e hija se turnan al mismo novio. La madre se llama Norma, tiene paralizado medio cuerpo, odia a Chávez, porque solo le regaló una cama, la que comparte con su hija y con el muchacho, y en cambio a Yesenia le regaló el apartamento donde vivimos, en el que pasa todo el día esperando a Alex su marido, en tanto amenaza con «darle coñazos» a sus hijos Luisfer y Luiyinber, ya quisiera yo verla dándoles coño a dos niños que todavía no tienen 10 años, aquí en Caracas hablan muy raro. Norma me contó que Yesenia mandó unos malandros a quemar su rancho en el barrio La Silsa cuando se enteró de una visita de Chávez, y para cuando llegó el Presidente,

ella hizo que Luisfer fuera llorando a pedirle una casa. Por supuesto el comandante escuchó al pequeño, y les regaló este apartamento del barrio 23 de Enero donde ahora vivo. Donde todas las madrugadas de sábado a ritmo de salsa bailan las puñaladas de la mano de Yesenia cuando Alex llega borracho al amanecer. En todo caso ¡Gracias Presidente! Y tú Yesenia, ¡deja el fastidio vale!

El sol me saluda, el sol me da un abrazo de oso, el sol siempre tan amable y eufórico, empiezo a sudar, a derretirme, a fumar y a descender las escaleras de camino al trabajo, será un día de mierda pues no quiso llegar, no apareció. Y la verdad no estoy muy contento con el nuevo hogar, a pesar que este apartamento lo comparto con solo tres familias, a diferencia de mi antigua pensión donde aparecían a diario distintos rostros como fantasmas que se perdían por los corredores de esa casa sucia, extraño un poco a mis vecinos fantasmas. Con sus detestables músicas tropicales, las cuales hacían las delicias de mis noches en los largos fines de semana.

Ahora cruzo calles, túneles, callejas, galerías, callejones, ductos y conductos, llego al trabajo, al nuevo trabajo, me cambié de panadería, además de cambiarme de casa, pero sigo al servicio de un portugués, aquí cumplo con oficios varios, desde manejar el dinero de la caja, hasta barrer las chiripas que toman el sol sobre las bandejas del pan, las chiripas que hacen sus labores debajo de los hornos del pan, barro chiripas en las cajas donde viene la levadura del pan, barro chiripas de las bolsas de uvas pasas, donde se confunden con el sabroso aliño del pan y así pienso mientras barro el piso y borro el tiempo, de fondo Reinaldo Armas canta desde hace dos horas en un disco que mi jefe hace sonar hasta mediodía,

cuando lo cambia por uno de baladas, que repiquetea hasta las 10 de la noche, hora en que cerramos la panadería. Mi nuevo jefe se llama De Sousa Teixeira Jordao Salvador, es un hombre bueno, alegre, trabajador al punto de haber quedado solo, su mujer lo dejó hace años, sus hijas le ponen mensajes a diario para que les recargue de minutos el teléfono celular, nunca le llaman para saludar, nunca lo visitan. Entre tanto Reinaldo Armas canta la canción de Luis Ariel Rey, *Carmentea*, y yo me voy a Colombia en la voz de Reinaldo, me regreso, por lo menos en pensamientos a Paz de Ariporo en el Casanare y sigo barriendo, con el incesante sudor que le sirve de rocío a los insectos y de condimento al pan.

En Caracas todo el tiempo puede uno conseguir trabajo. Veo a diario cientos de cárteles ofreciendo vacantes, para panaderos, luncheros, cocineros y demás mano de obra, que no se fatiga a los dos minutos de ocupar el puesto.

Me asombran estos edificios, como esqueletos fatigados, me sorprende esta arquitectura que aún sigue en pie siendo comida por el óxido de tanta basura. La Pequeña Venecia y sus canales de mugre y de sangre, se comunican entre sí con sus puentes de muertos, por los que paso y cruzo, por los que vivo y muero, por los que sin saber cómo sigo recordando el futuro y amaneciendo vivo.

La nueva panadería donde trabajo se llama Vanluc, el «Van» es por Vanesa la hija de Lucas, el antiguo propietario de aquí, otro portugués.

Estar en Caracas me hace sentir como haber entrado a una autopista donde los coches invisibles giran veloces sobre mí, deben ser estas ruidosas dueñas de la calle, estas multicolores alucinaciones que son las motocicletas caraqueñas, quienes sueñan con quitarme la vida pasando

constantemente junto a mi piel, rozando la poca dignidad y el poco sentido común que conservo.

Salgo del trabajo, lleno de harina y con cucarachas en todos mis bolsillos, por no decir orificios, subo unas calles, llego a la calle Urdaneta, cruzo por el palacio Miraflores, las paredes en las calles gritan ¡Alexis vive!, otro muerto más, pienso.

Las gentes se tuestan bajo el sol y el agua, y yo como el café; negro y amargo, luciendo mi verdor, que se erige desde el fango, subo escaleras, puentes, ferias, plazas, qué locura, de tanto pensar, de tanta enajenación vivida y escrita voy a terminar cuerdo y eso me asusta, cualquier cosa que esté bien para los otros a mí se me hace insana.

Debo entregar en la editorial mi libro antes de que termine este mes. –Tu libro poeta...– me dijo José Javier el encargado de la oficina de atención al escritor –Sí, claro el libro– contesté, y ahora que lo pienso me pregunto: ¿cuál libro?, ¿de qué mierda le hablé?, ¿será otra de mis locuras? Sí, la verdad sí, de locura en locura voy a terminar cuerdo. Pero en realidad sí tengo un libro, varios, en hojas sueltas que debo digitar, ordenar, quemar, reescribir.

Estas gentes venezolanas siguen pegadas a sus teléfonos celulares, recibiendo la vida por microondas. Mientras ellos toman sus mensajes yo soporto al sol sobre mi rostro, voy a terminar como Sabina: *con la frente marchita*, así, de recibir este sabor a relámpagos que tienen los recuerdos cuando son demarcados en la retina por el astro rey.

Espero que ella no llegara mientras yo salí de casa y ahora que regreso no esté de nuevo, como hace siempre, no puede hacerme eso, bueno sí puede, puede hacer lo que le plazca.

Prendo un cigarro y sigo rumiando, entre mis hojas y los libros, a través de la pequeña ventana que da al extenso potrero donde ratas y basuras hierven y hieden que da gusto, un lampo de sol me golpea el rostro, regresándome a la realidad, que es su ausencia.

Cuando miro al socialismo cansado, fatigado, extenuado de calle en calle alzando su voz roja, su alegato, su discurso por sobre la razón mía, pienso que hay tantas cosas que no entiendo y tantas otras que es mejor no entender.

En una calle a más o menos 200 metros de donde llegué a vivir, murió el doctor y santo, José Gregorio Hernández, según cuentan atropellado por el único carro que había en la ciudad cuando él vivía, lo que me deja constatar que la locura vehicular, la locura general, la masacre constante, ha sido desde siempre. A lo mejor por su muerte en este barrio todo lleva o trae su nombre, en velas, en estampas, en camisetitas o franelas, que es como las llaman aquí, en verdes caldos embotellados de forma muy artesanal. Unas cuadras arriba de mi casa, hay unas calles bonitas, similares a Cartagena, parecidas a Popayán, ¿Por qué será que uno solo busca lo que considera perdido?, ¿por qué será que yo sigo buscando a Colombia?

Entre motos que aturden mi paz, voy acercándome al regreso, a dormir un poco, a ordenar lo que no tiene remedio, a girar un *long play* de Rush, pienso en Rush mientras observo un Volkswagen blanco que aquí cuesta 6 mil bolívares, es decir 2 millones de pesos, es decir, poco más de 1.500 dólares, seguro que un día de estos compro uno de esos, y me voy a la playa a toda velocidad, rugiendo con furia, mandando al infierno motos y más motos, malandros y más malandros que me mandan de un salto a la realidad,

seguro que con mi coche me voy a estrellar al mar. ¡Carajo! qué bonita imagen, un blanco escarabajo contra un océano azul, pero la verdad a mí no me gusta el mar, debe ser por haber nacido en Bogotá, donde el único mar que tengo es el de lluvia y mierda.

Miro mis pies después de 16 horas de trabajar de pie, ¿A dónde más me llevará la poesía?, pienso en si son o no las cucarachas un recurso literario, qué importa, debo dejar de pensar en eso, debo sacarme las cucarachas de la cabeza, pues aquí también abundan los ratones.

Llego a casa subiendo unas escaleras similares a las que hay de camino a Monserrate en Bogotá, esa ciudad que de la nada salió para no abandonarme ni el alma ni el corazón ni la cabeza. Fatigado esta vez es la luna quien me acompaña. Los edificios se consumen en la bruma producida por el agotamiento de un pueblo que entre sueños avanza, pienso en ella, espero que si llegó me esté esperando, enciendo un cigarrillo y suspiro, debo dejar de fumar, debo dormir bien, comprar una ducha de agua caliente, ahorrar para comprar el escarabajo, pues ya tengo a donde ir: Al mar.

Espero que de verdad llegue pronto, subo la escalera y canto *Dime, dime si tu no me quieres / para morirme de pena / yo me voy por mi vereda / y sí me voy a suicidar.*

¿Será posible medir a través de la física el peso de la música o la vergüenza?

A lo lejos, en las terrazas de los edificios del barrio 23 de Enero, se levanta por sobre las casas y las calles y los muertos y los sueños, una valla publicitaria que reza ¡*Qué sigan las misiones!*, mi misión por ahora es llegar completo a casa, llegar con vida, hace un par de noches en este

mismo pasillo le dieron 18 disparos a un muchacho. ¡Qué generosidad!

Aquí el crimen organizado funciona bien, y también el desorganizado, pasa igual con la delincuencia común y la individual que no toma vacaciones, estos vecinos míos sin ser músicos, tienen armado todo un concierto para delinquir como dirían en Colombia.

Al caos de Caracas debo sumarle ahora el de un siempre renovado, y cada vez más doloroso recuerdo. Se impone como una constante en mi vida el tiempo reposado, como aguafuerte que si no me funde la vista, sí me emborracha.

Creo que me ha sido dado vivir otro tiempo, y por eso todas las cosas las veo trastocadas, conservo apenas una somera noción de un idioma que tampoco me pertenece. A veces siento estas letras como la capitulación de una época, y afortunadamente cada letra me acerca irrefrenablemente al olvido, se van estas palabras de mis manos, cuando apenas nacen.

Llegué a casa, y la siento llegar también, me desvisto rápidamente, me estorba la ropa, no soporto este cuerpo que quiero entregarle, así cansado y sudoroso, así medio sucio y con la fatiga del sol a cuestas. Más de dos días sin agua sí que son una misión para este poeta y soldado bolivariano que de calle en calle arrastra un libro no terminado y un tedio jubiloso.

Aprovechando que ya está aquí y que por fin me esperó, me acerco al punto final de la narración, con espesas y mugrientas gotas de sudor resbalando por mi cuerpo, y por fin después de 56 horas con sus segundos salto a la ducha a bañarme. ¡Misión cumplida Comandante!

CARACAOS IV

*¡¡¡Buenas noches
ladies and gentleman
bonne soire
sean bienvenidos a la primera función
del Circo Beat
el circo más sexy
más alto
más tonto del mundo.
Desde ahora y para siempre
cualquier semejanza con hechos reales
correrá por vuestra propia imaginación*

Fito Páez

—Mirá pibe, te tengo un laburo, es un fierro loco, si querés saber la historia del rock en español, todo el quilombo, tenés que conseguir un libro que se shama *Corazones en Shamas*. Lo acaba de publicar *El Clarín*, fueron un par de minas quienes lo escribieron viste, por eso mataría que lo pudieras conseguir, las pibas hablan de las mismas cosas que hablás vos, seguro que te sale barato, no gastás mucha guita, nada más que un par de mangos, ahí está todo lo que me preguntás, y bueno, qué sé sho...

Era Roberto como fantasma en mi memoria, otro de los amigos teatreros de mi papá, él era un argentino que hacía sus espectáculos, con títeres y marionetas por los parques de la ciudad, y que caminaba por Suramérica como yo camino por la calle 19 en Bogotá, era un buen tipo, gordo, peludo, payaso, de ojos grandes y dientes amarillos, era el año 1994, era la calle Séptima o Avenida de la República que es su verdadero nombre, frente al Parque Santander, era

Colombia, era Bogotá, era mi juventud, era la música que todavía escucho, eran otros tiempos, esos que no sé cómo me traje a Caracas, esos que no sé cómo me persiguen, los mismos que me llevaré a donde sea.

Aún no encuentro el Hotel Saint Amand donde se hospedó José Asunción Silva cuando vivió aquí en Caracas, cuando ocupó un cargo en la diplomacia de mi país, como poeta colombiano que se respete, (ver: Juan Gustavo Cobo Borda, Eduardo Carranza, Eduardo Cote Lamus, Jorge Zalamea, León de Greiff, Rafael Pombo etc.), el hotel que estoy buscando desde que llegué.

Todavía no tengo tiempo de muchas cosas, a pesar que muchas otras van cambiando con el paso de los días, no sé si han cambiado o si fue que me acostumbré al calor y a las chiripas, al sol rabioso y a las motos abusadoras, a las calles empinadas por donde se baja, a las calles encumbradas por donde se desciende, a las calles en bajada por donde se sube, a las montañas de basura por donde debo resbalar a diario mi humanidad para llegar a la panadería Vanluc a lavar platos, pienso que estoy lavando todos los platos que jamás antes había lavado. Es muy bien sabido entre mis conocidos que soy un buen cocinero, que tengo grandes ideas para servir a mis comensales, pero también lo es que nunca lavo un plato, es infame, es como bañarse con agua fría, costumbre que muy contra mi voluntad sigo manteniendo. Lo cierto es que aquí no cocino, y sí lavo platos y más platos, pero entre uno y otro que lavo y seco alguno me corresponde lleno, y mientras no me hagan pagar los rotos, mi relación con los ellos irá tomando una mejor cara, como diría Joaquín Sabina, *cara de culo de vaso...*

Hace unos días me enteré, me enteraron mis amigos por correo, que Fito Páez tocará gratis de nuevo en Bogotá.

¡Gratis y en Bogotá!, como la primera vez que lo vi, es decir irá de nuevo a mí, pero esta vez lo hace cuando yo ya no estoy ahí, allá.

¿Veré o no veré a Fito?, no sé, apenas lavo platos para comer, compro libros para comer, subo al metro, bajo del metro, llego a casa y duermo escuchando el disco *El mundo cabe en una canción*, mientras medito, y sí, sí cabe, cabe en menos, cabe en una habitación del barrio 23 de Enero donde vine a parar cansado del Paraíso, con mi metro sesenta y mi grandeza, con mis más libros que ropa, cabe si se quiere en una caja de 12 centímetros por 12 centímetros que son las medidas de este disco compacto, que sostengo esta larga noche entre mis manos.

Y por otro lado está ella, Bogotá la comemierda, la puta *Ciudad de pobres corazones*, como le dice Pablo Estrada mi gran amigo a quien no le gusta Fito, a pesar de que le guste mucho y no lo acepte, a pesar de que seguramente diga que irá al concierto donde tocará Fito, pero por ver a Eli Guerra mas no por su música, sino porque le recuerda a Wendy Guerra la escritora cubana que le flechó el corazón hace unos meses cuando visitó Bogotá, *a pesar de los pesares* como dice la ranchera que en Colombia plagiaron a vallenato, sé que Pablo por unas o por otras entre las Guerras escuchará a Fito, allá en esa Bogotá que él ama y los dos odiamos. La misma Bogotá que me está coqueteando con un pequeño regreso para escuchar al gran flaco frente al gran piano.

Todas la figuras que se vuelven hacia mí son las sombras de un hechizo que pasó/ todos los momentos en los que te hice feliz son los restos de nuestro amor... canta Páez a mi oído.

Hoy por hoy estoy viviendo como Evtuchenko, *Entre la ciudad sí y la ciudad no*. ¿Escucharé a Fito o no escucharé a

Fito? Sí, siempre lo escucho, desde el colegio, cuando en ese entonces sabía más de su vida que de la mía propia, cuando gracias a sus canciones entendí que debía abandonar mi país, cuando cada frase suya era mía, y de mis labios pasó a los de mis amigos quienes hicieron conmigo una sola garganta para cantar el éxodo, el mismo que años después cada cual viviría en los distintos países donde la suerte caprichosa y el pasado cazador habría de darnos respiro. Por eso fue que le hablé tanto a Roberto aquella vez, hasta el punto de desesperarlo y sacar de entre el rincón menos milonguero de su mente el título de ese libro al que durante largos años intenté dar cacería. Primero en la librería de Albert Buchholz, mi amigo, donde no estaba, donde de él no sabían nada, pero como a mí Albert me cae muy bien, seguí visitando su local, hasta el día en que murió atropellado por un carro en Bogotá, Colombia, Suramérica. Así, caminando por toda la ciudad, preguntando aquí y allá, dejé de creer que el tal *Corazones en llamas* existía, pero se lo pregunté a cuanto amigo librero tengo. Bueno la pregunta ahora es: ¿iré o no a Bogotá?

Pienso en mi papá quien accidentalmente se encontró a Páez Ávalos Rodolfo, saliendo de un ascensor hace unos meses en la ciudad, un viernes mientras acompañaba a su amigo Gustavo el profesor a tomar una cerveza en el hotel donde estaba hospedado, y justo de regreso a la mesa mi papá se estrelló con el *pibe triste y encantado*, pero claro como mi papá es mi papá, no le dio importancia a Páez y después de saludarlo le contó que él conocía muy bien Argentina, de cabo a rabo, desde el Chaco hasta Neuquén, a lo que Fito le respondió: —¡Che! es un gran país.

Pienso que sí hombre, que está en lo cierto, que si ese país pare flacos de un metro setenta y siete centímetros que

en la Revista *Shock* para mediados de junio de 1995, aceptan que un hombre con un metro y setenta y siete centímetros no puede cambiar el mundo en tanto toca música de Chopin en piano, entonces sí es un país grande, y además flaco.

A mi papá le ocurren cosas tan grandes y él pasa sin darse cuenta, con su orgullo, que debería escribir con «Y» para que fuero más suyo.

Si yo viera a Páez tendría claro que no sabría qué decirle, es decir si nos viéramos en una entrevista personal, cara a cara, como la que le dio a Leonardo Padrón en el programa *Los Imposibles* hace un buen tiempo aquí en Caracas. Seguramente que yo podría preguntarle algunas cosas, ahora mismo no sé qué, pues sigo pensando si voy o no voy a Bogotá, ¿ir o no ir? *That's the question* mi querido Shakespeare.

Pienso en mis amigos idos, en mi primo que vio también por casualidad a Fito hace un mes en un concierto en una capilla en Londres, donde se exilia de Colombia.

Primo Germán: ¿Eso fue antes o después de que los colombianos que llevaste a vivir a tu casa te desmantelaran la infraestructura y se cargaran tus pesos y tus *pounds*?

Tranquilo primo no te apresures en contestar, *yo también jugué muy sucio y en eso estoy de acuerdo / cuando hablé sobre el sentido y la razón / pero es que existe una ley / nadie es perfecto / vos también tendrás lo tuyo corazón...*

Pienso en quienes me recordarán a mí en el Parque Simón Bolívar de Bogotá, mientras cantan las canciones de Fito, TODOS, TODOS, TODOS, a ver si no hijueputas desmemoriados. Y mientras tanto yo estoy aquí en esta ciudad donde nació Simón Bolívar. Me parece que perezco bajo infortunados cambios de estado, o de ubicación, ojalá así mismo no me encuentre la muerte cuando me venga a bus-

car, o por el contrario, la encuentre de prisa en una de estas esquinas donde como en la canción del italiano Yordano (Giordano?) *la compasión ya no aparece*.

Si por puro accidente, explotara una bomba en el parque, la noche del concierto, yo me quedaría sin pasado, estoy seguro.

Entre tanta canción, voy haciendo en el pasado un mundo que ya no es mundo sino una voz que ya no es voz, es decir un disco que no canta nadie, un solo largo silencio, que ya no es silencio sino palabra escrita, un caos que para serlo tiene que concluir en nada.

Bueno amiguitos idos, amiguitos míos, no vuelvan a Colombia aunque Fito vuelva, él está con nosotros como nosotros con él desde siempre, cuando lo escuchamos por primera vez en el colegio Enrique Olaya Herrera, cuando llegamos a saber más de su vida que él mismo, cuando creímos ser, en las tardes de hambre, el guitarrista líder de su banda, tocando *El jardín donde vuelan los mares*, desde el Gran Rex con una Gibson Les Paul Custom, incrustada en el pecho. A Colombia no vuelvan amigos. Yo por mi parte si de verdad quiero ir debo comprar un pasaje en avión sumando bolívares por cada plato que lavo, es decir que mis platos son millas que se acumulan en el lavadero de la panadería, y además debo marchar hasta Maiquetía, preparar maletas, bla, bla bla, pagar unos dólares para poder salir del país, y una lista en la que ahora mismo prefiero no pensar.

Teniendo un repentino instante de alumbramiento, una epifanía, acabo de entenderlo todo: si Fito da un concierto en Bogotá y yo no estoy ahí, no tocó, fácil, ya descargué el bulto. Él existe gracias a mí, a que yo lo canto, lo recuerdo y lo traigo en mi mente y en mis labios a diario.

Sigo caminando como un fantasma por Caracas, de cuando en vez y de vez en cuando comprando libros, *Gerbasí del trazo* y la palabra por Enrique Hernández D' Jesús, a quien tuve la suerte de conocer hace un año y que ahora es mi amigo gracias a la forma como se anudan las soledades. *Los Poemas de Arismendi* de Adhely Rivero, con quien leí poemas en el festival de Valencia hace ya su tiempo. Algunas veces, cuando sobra el dinero compro discos, cualquier cosa se caza en las calles de Caracas, pues aquí hubo en el pasado una gran empresa que prensaba discos de larga duración, por ejemplo hace unos días adquirí en el Parque Carabobo uno que se llama como el guitarrista de una banda famosa: *David Gilmer*, es un bello disco importado, de abrir, con fotos de David en la nieve. Ese disco me recuerda un póster en casa de mi amigo Camilo en Bogotá, donde aparece el susodicho músico sosteniendo una Fender Telecaster que nunca voy a olvidar.

Esta nostalgia por los discos de larga duración me produce risa, en tanto la música puertorriqueña que ha hecho caldo de cultivo en estas tierras, amenaza con reventar los parlantes de los celulares que suenan y truenan en el metro.

Sigo pensando y salgo a fumar porque hace ya un par de horas que entre lavar platos y barrer pisos y cantar discos nada ocurre novedoso salvo los siempre renovados recuerdos, las canciones que no se borran y las fieles intenciones de regresar a Colombia para cantar por un par de horas, junto al pianista rosarino.

A diario recibo mensajes desde Bogotá, son los chicos, concretando nuestra cita, diciéndome que nos veremos en el Parque Simón Bolívar, para escuchar a Fito Páez, no sé qué decirles ni qué responder. Mi amor por ellos, mi amor

por él, no paga los boletos, ni la renta, y mucho menos la comida.

Ayer almorcé con el poeta Enrique Hernández D' Jesús. Quise pedirle un trabajo, pues me estoy aburriendo de los platos. Luego le tomé una foto a las manos del poeta Enrique quien dedicaba su libro consagrado a Gerbasi, para mí, con una inscripción que rezaba puntualmente así: *Para el alumno de Juan Manuel y, maestro de Jotamario, también admirador de William Ospina y sus novelas históricas...* reí, fue muy gracioso, de verdad muy gracioso, más teniendo en cuenta mi comentario descalificador sobre William Ospina y su recién otorgado premio Rómulo Gallegos de novela, del cual el poeta Enrique es jurado. Lo descalifiqué porque no me gusta, no me parece nada nuevo, no me interesa la canela, ni los poemas mal hechos con regla y metrónomo, cosa que desde luego al poeta Enrique le importó un pito, así que luego de mi crítica contra el célebre autor colombiano le conté esa historia sobre cómo los Black Sabbath a finales de los años sesenta corrían en una camioneta detrás de todos los conciertos que cada fin de semana tenían lugar en Londres, en espera de que alguna banda no se presentara y pudieran ellos saltar a la tarima como los salvadores de la noche. Se lo conté con pelos y señales, recordándole que Tony Iommy gastó mucho dinero en gasolina, hasta que por fin Jethro Tull no llegó a una cita y así fue como la Banda de Ozzy, Tony, Terence y Bill pisó un escenario en reemplazo de la banda de Ian Anderson; lo anterior se lo conté porque Enrique pertenece a la organización del Festival Mundial de Poesía de Caracas, que está próximo a realizarse, y siendo él quien es, y habiendo yo gastado tanta gasolina desde Bogotá hasta aquí, pensé que

una cosa podía llevar a la otra y bueno nunca se sabe, *qué sé sho*, como dijo Roberto.

El festival de Caracas coincide con el concierto de Fito en Bogotá. En el almuerzo con Enrique nos acompañaba un joven bogotano, Santiago Parra y una amable chica caraqueña cuyo nombre no recuerdo, era la hija de la escritora Stefania Mosca, quien murió hace pocos días. Yo comí cebiche, (¿o ceviche?) Museo Sacro, era el nombre del lugar donde me invitaron, luego del almuerzo el poeta Enrique me comentó que hizo en la Embajada de Venezuela en Bogotá una exposición de fotografías suyas que se llama *Morada al Sur*; donde *dialogan entre sí* –según él– poetas venezolanos y colombianos entre los que por supuesto me encuentro yo... ¡plop!, qué buena sorpresa, un diálogo mío del cual no tenía idea. ¡Jua! ¿Qué tengo yo que dialogar con fotos, y con poetas muertos?, ¿qué van a decirme?, ¿qué les voy a decir?

Enrique amigo, las fotos no hablan entre sí.

El poeta Enrique recibió los poemas que le quedé debiendo desde el año pasado, el poeta Enrique me preguntó por J. todo el tiempo, el poeta Enrique se burló de mí todo el tiempo, el poeta Enrique parece muy serio, el poeta Enrique parece tan serio como crítico, el poeta Enrique es un crítico burlón, el poeta Enrique pagó la cuenta, afortunadamente, el poeta Enrique no me reconocía sin el cabello largo y los gigantes lentes de sol que usaba cuando nos conocimos, el poeta Enrique me dio la mano en la esquina La Francia, yo le di mi número de teléfono, el poeta Enrique y sus acompañantes me vieron salir corriendo con destino a la panadería Vanluc que es desde donde ahora escribo estas líneas, pensando si iré o no a ver a Fito, en mi tiempo libre el cual es tiempo que le robo a los platos por lavar

y las cucarachas por barrer, con perdón de los clientes a quienes debo atender aclaro. Pero por el bien de ellos barro y barro y borro cucarachas, no sea que les salgan en las empandas o en la sopa.

Según el pastelero de Vanluc, las cucarachas saben bien, son buen aliño, eso repite todo el tiempo cuando se le cruza alguna por las manos, y sin ningún escrúpulo la saca con sus dedos y ella sale empapada de crema dulce, de crema blanca. Yo nunca lo he visto comerse una, y espero no verlo.

Todo el tiempo está preguntándome por las mujeres colombianas.

–Son bien arrechas esas coño e’ madre– me dice en tanto sonrío y deja caer sobre la harina, espesas gotas de sudor que salan y aliñan el pan nuestro de cada día.

El destino cumple con puntualidad, con la misma que por fin me trajo un libro de Cortázar a las manos, ese tipo al que siempre evito leer, pues yo leí primero a Pablo Palacio. Y por eso ahora su *Rayuela*, me sirve apenas para pisar servilletas, donde voy apuntando estas letras.

Con la misma exactitud de entre un montón de libros descuidados y roídos por el caos de esta ciudad, me incendió las pupilas en la calle menos pensada, la aparición de ese fantasma que era *Corazones en Llamas*, libro que comienza con la voz de Bella Zulema Ramírez tía de Rodolfo Páez Ávalos diciéndole a su sobrino *!Fito mataron a Lennon!*, con esa misma puntualidad creo que la noche cuando Fito toque en el Simón Bolívar, yo estaré leyendo poemas en la ciudad de Simón Bolívar, poemas de alguien que me guste aclaro.

Pienso, camino, canto y hasta creo que bailo, (eso dice mi sombra), no escapo. La ciudad se agita en las tardes con presurosa necesidad de desembocar en la noche. Enciendo

un cigarrillo, salgo a caminar al salir del trabajo, subo o bajo, ya no sé, nunca lo supe, tengo las manos ampolladas por las escobas y los platos lavados, sudo recuerdos, un aire fresco viene de los Andes y va a perderse en La Guaira, es un aire que busca el mar, que busca desembocar, un aire que cruza por mi frente acariciando el sudor que me inunda, acariciando los recuerdos que me ahogan.

Estar en una exposición en Bogotá junto a Juan Calzadilla, Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Reynaldo Pérez Só, Eugenio Montejo, Jotamario Arbeláez, Juan Manuel Roca, Fernando Rendón, Eduardo Escobar, Adhely Rivero, Alejandro Oliveros, William Osuna, Nicolás Suescún, Tarek Willam Saab, R.H. Moreno Durán, Ana Enriqueta Terán, Carlos Contraamaestre, Caupolicán Ovalles, Gustavo Pereira, Álvaro Mutis, María Mercedes Carranza, y nada raro que hasta el poeta William Ospina, es muy extraño, muy extraño para mí; es tan bello como vender pan, no tanto como lavar platos, pero jamás lo hubiera imaginado, pues la poesía y sus poetas, son estrellas que siempre miro apagarse desde la tierra.

Solo se me ocurre reír mientras camino tranquilo, con un sosiego que sigo sin saber cómo se suscita entre tanto desorden, y en silencio canto, con la ausencia que me acompaña, los himnos del rock en español que no me dejan solo, los que cargo desde el colegio, los que me invitaron a salir de Colombia y me incendiaron el corazón.

Así es como Venezuela se redibuja, constante y caóticamente ante mis ojos.

Entre calle y calle, entre avalancha de imágenes, motos abusadoras, luces en popurrí, una tizana de olores, una cucaracha negra, con sus antenas adornadas de blanco, voy

cantando para no olvidar, para no olvidarme de mí, para no fluir hacia ese primer recuerdo que es el olvido, *Abora soy un mendigo que camina por las calles perdido, no me siento bien, no no no me siento bien, hoy perdí la fe la suerte juega con cartas sin marcar, no se puede cambiar, no no no no me siento bien...*

CARACAOS V

*Estoy solo en el sol de la ciudad,
en el resplandor de los altos muros y las ventanas
entre la multitud que avanza en la música
como hacia un crepúsculo*

Vicente Gerbasi

Es peligroso estar vivo y pensar, suspenderse en el pensamiento, en el pasado. Es peligroso quedarse mirando por demasiado tiempo las mismas manos, estas manos mías, las únicas que tengo, las únicas que necesito, mis manos son ojos con los que miro otros cuerpos.

Salgo a caminar en mi tiempo libre, por mi barrio de esta la Pequeña Venecia y soy yo el caos de Caracas, además soy la máquina del tiempo en este mundo, en este tiempo sin memoria, en este que ya olvidó. Soy yo quien leerá *Sabiduría* el 29 de este mes, por alguna calle perdida de Caracas, recordando a Porfirio Barba Jacob, quien antes de morir escribió en carta a Juan Bautista Jaramillo Mesa: *Daré*

algunos recitales y en seguida saldré para Venezuela, con el objeto de ver si allá puedo encontrar la tranquilidad económica que necesito para publicar mis Poemas Intemporales.

Así le escribía agónico desde México Porfirio Barba Jacob en carta a su amigo a 5 años de su muerte. Casi advirtiendo su destino, en tanto vislumbraba la posibilidad de viajar a Caracas a publicar por fin su libro, su libro que tuvo como él tantos nombres, su libro que nunca quiso publicar en vida, su libro testimonio de sus andanzas y sus locuras, su libro que cuando vio la luz no fue precisamente gracias al poeta, sino a los amigos del mismo, que tal vez en el afán de salvarle al recuerdo algo del desorden y la genialidad de Barba, se aventuraban en hacerle ediciones, ediciones que Porfirio siempre desdeñó. Y que ahora yo sin son ni ton, vengo a recordar.

Pienso que se detiene la vida y aún así sigue viva, como esos pájaros venezolanos que se suspenden del cielo, como si maravillosos hilos les estuvieran sosteniendo la acrobacia.

Algo de mí busca ser esta música, busca fluir entre esta gente, algo de mí busca acostumbrarse a estos contrastes, a este país, algo de mí les ruega a los gigantes edificios para que me dejen ver un pedacito de cielo.

Me duele el corazón, debe ser por fumar. De esto sufre toda mi familia y si es que no me pego antes 1, 2, 3, o 10 disparos, o me los pega alguien más, yo moriré de esto: del corazón, del corazón murió mi abuelo y de él heredé yo 3 bibliotecas y media.

Cuatro hijos tuvo don Rafael a quien no conocí, y de cada libro compró siempre 4 ejemplares, hasta la muerte de su hijo Carlos, mi tío, quien se suicidó. Luego de su fallecimiento mi abuelo dejó de comprar 4 ejemplares y empezó a comprar 3

para armar un biblioteca a cada uno de sus retoños. Mi papá heredó la mayoría, 4 Quijotes y 4 Sanchos, todo un jardín salvaje por *Las flores del mal*, un manicomio completo en lugar de 7 locos, más de 3 siglos de soledad, y de paso 3 Marías de don Jorge Isaacs. Libro que leía, libro que vendía para comer, pues era la época del narcotráfico y mi papá es un cobarde, así que siempre fue más fácil para él vivir a la sombra del fuego, así fuera canjeando por papas los ladrillos con que mi abuelo intentó cimentar nuestra familia. Abuelito Rafael, mejor te hubieras gastado esa plata en cerveza y así no nos hubieras heredado la peste de los libros.

De repente ningún tiempo me cuadra, no sé si necesito que todo termine de una vez, o que de veras comience. El arma del tiempo me apunta con su infrarrojo en la frente.

Hace dos meses que no me miro en el espejo, ya mismo me extraño, ahora mismo me extraño, cuando me mire en él, espero que no me extrañe el reflejo.

Veo mi mano dando jirones sobre papeles y me alegra saber que por lo menos mis manos saben bailar, estas manos mías que son pies bailando por sobre otros cuerpos. Abuelito te prometo que al cielo llevaré 4 ejemplares de los libros que algún día publicaré.

Los edificios hablan. Sobre cucarachas muertas, caminan otras cuantas vivas, y yo entre ellas. ¿Qué pensarán unas de otras, y a la vez qué pensarán todas de mí?, ellas son alfombras sin vida, con vida, por sobre las cuales también yo me desplazo arrastrando media existencia y media muerte.

Una vez más Colombia refulge en mi mente, mientras estos edificios rugen en las canaletas, por las cuales descende la basura, desde el piso 15, en estas tuberías por las que rara vez sube y baja el agua, hasta el piso 15, el último, o hasta

el piso 2, el mío, en tanto Norma sigue fumando Belmont y maldiciendo a Chávez, yo prefiero guardar silencio, toda defensa del comandante sería una ofensa en su contra, y a lo mejor una represalia en la mía.

Pienso ¿Qué será lo que hace el cuerpo cuando dormimos?, ¿dormir es una forma de muerte?, ¿o es acaso la vida verdadera en ausencia del dolor?

En las tardes de regreso a casa, o de camino al trabajo, por la gracia del sol juego con mi sombra y parece ser ella quien tiene vida, se agavilla, se agiganta, se acucilla, se levanta, mientras yo solo doy tumbos en espera del viento, jugando con las formas de mi cuerpo que sobre las calles y los basureros el sol va dibujando caprichosamente.

¿Qué será lo que dice el río Guaire, cuando día y noche arrastra basuras por las entrañas de Caracas?, ¿grita acaso, vomita su herida?, ¿qué grita el río cuando con furia y su entraña al tope de porquería baja arrastrando en remolinos de suciedad mi corazón?, qué charco sucio este corazón mío. Baja el río revolcando en olores mi pasado, ataca con su furia impertinente mi calma, la poca calma, la calma que precede a la locura. Me duele el río en su rumor y en lo que dice, en lo que trato de entender y no atino. Yo desconozco la voz del río y me duele, apenas me llega como otra puñalada su grito furioso. Reverbera en mi corazón este caudaloso río Guaire que atraviesa Caracas arbitrariamente.

¿Qué irán a ganar los pescadores en este río revuelto?, será muertos.

El otro río, el que me fluye en las venas va trayendo del pasado mis memorias. ¿Cómo se puede tener 25 años y estar tan viejo?

Vienen las cucarachas, mis paisanas a darme el beso de las buenas noches, haciéndome cosquillas con sus antenas transmisoras *Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que me pongas en paz y alegría con todos los santos Jesús, José y María....*

Son las 2 de la mañana y no puedo dormir, Caracas es un caos de fiesta, rugen los equipos rasgándose el folklore y también los edificios bailan, en el interior de mi armario, justo parado sobre mis zapatos, un pequeño ratón parece catar el aire, da un salto largo a las correas de mi morral que pende del travesaño, y se pierde en una caja de tomas eléctricas. Ahora debe estar rondando por los otros cuartos de esta casa, espionando a Norma fumar en la oscuridad y a su hija fornicar en la oscuridad, espionando a Yesenia quien a su vez examina el teléfono de su marido para encontrar los mensajes de sus amantes, en tanto afila el cuchillo con el cual ya un par de veces ha apuñalado la puerta de mi cuarto, Yesenia es a todas luces una ferviente activista del proceso anti imperialista.

Vivir en Venezuela es todo un mambo, y cuando uno no sabe bailar se le pueden romper las caderas o el alma, es increíble tener ya meses aquí y no haberle dedicado siquiera un día de contemplación al Ávila, esta bella montaña que pareciera las espaldas de un ejército soñando de cara al mar. Verde, viva, de formas que jamás antes había visto en una montaña, en una cadena montañosa, me recuerda la Sierra de la Macarena, en los llanos orientales de Colombia, vista desde una bicicleta de camino a Fuente de Oro en el puente caído del Río Ariri.

El Ávila está poblada de pájaros, que a mis ojos son relámpagos del recuerdo. Tal vez el verdor de esa montaña, se debe a la fermentación de las basuras de Caracas. El Ávila

contiene las basuras de la ciudad, y no las deja desembocar en La Guaira, en el mar.

Ya son las 3 de la mañana, y decidí que no voy a dormir, y no porque no esté cansado, lo que pasa es que como siempre preferiría no despertar.

Sobre mi mano una lluvia va cayendo, la que no cesa, la del tiempo.

Sin poder dormir salgo desbandado a la tempestad de la calle y entre las voces de las balas y las voces de la luna, esta ciudad prosigue su fiesta. Entro en la noche sin pedirle permiso a la muerte. Entro a la noche agitado con la música de Caracas sonando frente a mí que sueño frente a ella.

De la noche salgo al día, a trabajar en la panadería, a tomar el metro, son abismos de desasosiego. *Y la noche no termina cuando el alba la ilumina y la noche no se acaba con el sol de la mañana.*

Creo, por pensar en algo, que los cuervos no vuelan solos, traen en su pico la canción de las almas que de la muerte vienen y a la muerte van. Yo mido la noche con el espejo del sueño, del que no puedo soñar, yo soy la medida de la noche, me anudo, desaparezco en el día, ahora creo haber reconstruido el tiempo con el fin de mirarlo, ¿de borrarlo acaso? Sobre el mundo seguirá sonando la música cuando el mundo acabe. Pienso que estar vivo es arrastrar un cadáver, es como dice Ledo Ivo: *Uma parte visível / A outra parte escondida / Assim me divido / no jogo da vida....*

Es un viaje muy largo venir desde la nada para terminar en la vida en espera de la muerte.

Me siento esta tarde como el blanco y el negro, como si fuera perro sin dejar de ser gato, como dos polos opuestos del mismo puto hielo.

Pienso que si no voy al mar es porque el mar no llena la sed de los ojos, necesito la pasión, la pasión del viento que no se cansa de ver una y otra vez los mismos mundos. Pero una vez más todo me aburre, todo me parece igual todo es igual, los mismos hombres, comer y tirar, bajo el visto bueno de la moral, atizada con algo de licor y mucho de olvido. No soy yo, es todo, es que todo es lo mismo. Incluso yo.

El día de nuevo termina ¿o empieza?, pienso tanto que de pensar me muero y de pensar cansado camino de nuevo a casa, ¿o a la panadería? ya no lo sé, por eso en el rumor de mi sombra me cobijo. ¿Es de día? Saliendo del metro leo en sus rieles «Pk» y me voy tomando un sol de recuerdos. «Pk» es el sobrenombre que le había puesto a la mujer más entera que he conocido en mi vida: Liliana Tavera, quien apareció de vacaciones una noche en una playa al norte del Ecuador, cuando yo vivía allá vendiendo artesanía.

Liliana, ¿estarás pensado en mí como lo hago yo? No me esperes Liliana que me duele. Ríe sin mí, pues reírte de este mundo de mierda es lo que mejor sabes hacer, y tu risa espanta a la muerte. Hoy sé que si algún día mueres será de risa.

A estas alturas, que como lo dije antes son relativas, pues nunca sé cuándo estoy arriba, cuándo el cielo no es mar, o cuándo el ascenso es caída, solo me queda la escritura, y sin saber cómo, uso y abuso de las palabras, y es que por ejemplo yo no sé lo que es la ternura, tengo 25 años de guerra, de sangre, de muerte, de vidas ajenas que me tocó vivir, lo cual no es novedad en mi generación, una década vivimos el fragor de las bombas, armado el futuro entre los escombros. Así es fácil completar 25 años sin saber qué es la ternura. ¿Cómo se puede vivir de esta manera?, no se puede. No estoy vivo, la noción que de las palabras con-

servo, es la cosa más insustancial y de alguna forma lo que de ellas me separa, escribir es además ser un rival de las letras, de lo que se escribe, de uno mismo. Escribe uno a ver si sí es cierto que está por perder la cordura, o muy por el contrario para entender que es uno el único cuerdo, escribe uno para descifrar sus propios lenguajes, escribe uno siempre historia, sean poemas, crónicas, grafitis, relatos, novelas, lo que quiera que se escriba, es con la intención de darse explicación en el tiempo, y a la vez de darle explicación al mismo. Se escribe para mirarse en las letras que son los verdaderos espejos del alma, si es que hay espejos, si es que hay alma.

Se escribe contra uno mismo, a favor de uno mismo, en contra de los otros, a favor de los otros, desde debajo de un puente, desde un *penthouse* en El Poblado en Medellín, en una taberna con luces que asfixian los ojos, se escribe debajo de las cobijas, en servilletas, en papel reciclado, en cuadernos Norma de 100 hojas, rayados o cuadriculados, en computadoras portátiles, en máquinas de escribir Olivetti Studio 44, en computadoras prestadas de las amistades prestadas, en paredes de cementerios, en paredes de iglesias, en las paredes de la propia casa. Yo mismo escribo ahora desde esta ciudad ajena, sin más compañía que estas hojas, que no cambian nada. Escribir es liberarse creo, es suicidarse de a poquito. Veo en la distancia a mis amigos escribir desde la trinchera más infame que es Colombia, donde para ser buen escritor hay que estar inédito, los veo escribir incluso cuando no escriben, cuando callan, cuando son sus ojos los que redactan páginas de historia, en procura de que Bogotá no se venga abajo, en procura de prevalecer las vanas sombras que nos mantienen en pie. Los veo, pues con ellos vivo y así

es como sobrevivo mientras sigo sin saber qué es la ternura y huyo de Colombia refugiado en Venezuela.

Escribimos en bibliotecas, cuidados por libros y libros que no dicen palabra, entre facsímiles de errores y poemas, escribimos cuando vamos en el transporte de regreso a casa con el codo de una mujer gorda en nuestro hombro, y un bebé de 8 meses que babea y cabecea sobre nuestra calma. Escribimos para no dejar de estar vivos, escribimos desde la demencia, y somos alguien frente al lápiz, y el universo es nuestro, y solo nos pertenece el único tiempo que vale la pena ser vivido: el pasado.

Escribimos sobre la criada de la casa donde entramos por casualidad, escribimos sobre la chica que pasa asomada en un taxi, porque es más fácil enamorarse de lo fugaz, escribimos en contra del gobierno, escribimos porque escribir es la única manera de escribir, escribimos sobre el octubre de mierda que no deja levantar la cabeza, sobre el agosto que se eleva de esperanzas y cometas, escribimos sobre las marchas al abismo y las marchas por la calle Séptima, sobre el amor y el odio, sobre el morbo, sobre lo emocionante que es saber que una chica quiere con nosotros, escribimos sobre Gardel a quien no conocimos, escribimos sobre Nueva York a donde jamás hemos ido, sobre los restaurantes que no existen, sobre animales que ya se extinguieron, escribimos sobre los ángeles, sobre Dios, escribimos sobre otros escritores; la literatura es un muro de palabras que de cuando en cuando se viene abajo, se cae sobre quien las lee, pero siempre se viene abajo sobre quien las escribe. Escribimos sobre el golpe en Honduras, sobre la intromisión norteamericana en la casa del vecino, del que vive al lado del vecino, en la casa de enfrente, en la casa de la esquina.

Escribimos sobre Antonio Cervantes «Kid Pambelé», y sobre Miguel de Cervantes, escribimos sobre Miguel Hernández, y sobre Enrique Hernández, escribimos sobre Fray Luis de León, y sobre León de Greiff, escribimos sobre esos otros animales que somos nosotros mismos, desbandados entre las palabras, sin idioma, sin patria, sin bandera, y a veces, como en mi caso, sin ambages ni ortografía.

Escribimos sobre Carlos Pedro Baudelaire, y sobre la Morada al Sur, escribimos sobre Caracas, de donde Silva regresó, y aclaro que yo no quiero regresar de Caracas a lo que José volvió, escribimos sobre *Mito*, escribimos sobre el origen de la cerveza, escribimos a secas, escribimos con sol, o con lluvia, escribimos sobre el sol, sobre la luna, sobre las hojas, sobre las olas, sobre las notas del piano que no sabemos tocar, escribimos sobre una boca mordiendo un chocolate, escribimos sobre la fatiga, escribimos sobre los pájaros sin preguntarles qué piensan ellos de nosotros o de nuestros escritos; escribimos sobre los puentes, edificamos letras sobre letras, y es la escritura una torre de papeles que se edifican, en busca del cielo, como la torre de Babel.

Escribimos recetas, inventarios como Mario, romances como Federico, infiernos como Dante, sueños como Jorge, sonatas como el León, caballitos como Alegría, parasubidas como Vicente, flores como Baudelaire, alcoholes como Apollinaire, carreteras como Kerouac, años de soledad como el Nobel, y de indulgencia como Vallejo, heraldos como César, rosales como Alfonsina, vampiros sobre Lima como Blanca, escribimos sobre puertas como Jorge Eduardo, escribimos sobre nuestra propia carne, sobre puntapiés como Palacios, sobre inmortalidad como Borges, sobre Cerveza como Aldo Luis, o locos como Arlt, o lobos como Hesse, o rocas como

Kazantzakis, o retratos y abanicos como Óscar, o pozos como Söderberg, o cisnes como Chéjov, escribimos *entre la ciudad sí y la ciudad no* como Evtuchenko, como yo.

Escribimos, escribimos, escribimos y por hacerlo dejamos de vivir, qué bueno que hubiéramos aprendido a tocar el saxofón, así podríamos ganar algunos reales en un restaurante de la ciudad, pero nadie paga por la verdad, escribir es el acto más humano. La única ternura que conozco es escribir. Así que sin más remedio con las letras al hombro, cantando en silencio, bailando inmóvil, deslizando mi existencia por las sombras de Caracas en espera de publicar por fin lo que escribo, *me tiro a la calle, a caminar esta tristeza, quiero perderla entre la gente atravesando soledades...*

CARACAOS VI

*A mis hermanos los búhos
como una santa palabra,
como un confuso diseño
esta palabra macabra.
Envío.*

León de Greiff

Hay fuego en el 23

Arsenio Rodríguez

Siete machos, es el nombre que le pusieron los habitantes de mi barrio al bloque donde vivo del barrio 23 de

Enero, que recibe su nombre dizque por la conmemoración de la democracia. Así me lo han hecho saber los taxistas que me dejan en casa cuando llego muy tarde del trabajo, algunos de ellos son chavistas, algotros son escuálidos, es muy complicado saber cuál es cuál entre la gritería que forman cuando hablan de política y el incesante vallenato que suena en sus carros y a su vez en los callejones, por donde cruzo de camino a casa. Lo único claro que parecen tener todos en Caracas es levantar la voz, y la levantan al tiempo con la cerveza Solera y con sus tonos asonantes, marchantes, rimbombantes, disonantes, en tanto a mí la cabeza se me pierde, se me vuela por allá a lo lejos sobre las terrazas del barrio 23 de Enero, bastión de la guerrilla que apoya a Chávez, ¿o a la oposición?, yo no sé, yo creo que ellos mismos no saben. Pero muestran siempre con orgullo el piso último del edificio donde la bestialidad está cincelada en las paredes con cartuchos de ametralladora punto cincuenta.

Hay tantos edificios entre estas colinas que ya quisiera yo que un día, por lo menos por un rato, se vinieran abajo y me dejaran ver un poquito el cielo que todavía recuerdo azul.

Estas últimas noches, sorpresivo y un tanto mágico, ha venido salido de la tibia oscuridad, como un anónimo amigo, un gigante búho café a cazar en el potrero que está justo frente a mi ventana. Me mira, lo miro, nos miramos, el duelo no es conmigo, me hace entender con sus ojazos, negros tan negros que en la oscuridad de la noche alumbran, sacude su cabeza, prendo un cigarro, aguza sus orejas, aspiro el cigarro y contengo el aliento, indaga en las tinieblas y después en el potrero, boto el humo azul que se pierde en la negrura de la noche, aguarda inmóvil como una estatua que está por co-

brar vida, dejo que el humo se pierda en el rumor del viento, dando girones, dibujando formas, recreando un baile en el aire. Los ratones caminan a prisa, pero muy quedo, haciendo el mayor silencio posible, pegaditos al andén, concentrados, van con la cabeza agachada, como pensando en algo, como llevando entre las patas un secreto, de repente, fugaz, como la vida y la muerte, cae desde el árbol mi amigo el búho, y en cuestión de segundos asfixia al ratón, quien pasa colores, de gris a verde, de chavista a escuálido, de verde a rojo y de rojo nuevamente a gris pálido, a gris muerte, gris ratón en las garras del búho café. ¿Cómo voy a bautizar a ese búho?, el ratón de cada noche por ser siempre uno distinto, no le pienso apodar, pero con el búho, aún no lo tengo claro. Este barrio, y ese árbol le pertenecen a él más que a mí, yo soy el extranjero, y él es en cambio un búho Gran colombiano, «En mí se oye el búho», desde su llegada a mi vida las cosas mejoraron, cada día hay menos ratones, ojalá mi amigo el búho se viniera a vivir aquí al 23 de Enero con toda su familia, tendría como apartamento un frondoso árbol bajo cuya sombra el alimento camina a diario en enormes desbandadas.

—Ey, pana búho, qué es lo que es, diablo, ¿eres chavista? habla claro— Mierda, me estoy dejando contagiar, y no exactamente de la gripe AH1N1. Ahora por lo menos en la forma de hablar, me siento un caraqueño más, con esa interferencia de lenguaje malandro que estoy usando para dirigirme a mi visitante nocturno.

Leo el diario *El Tiempo* de mi país, en Caracas hace sol y en Colombia llueven muertos, ahora hasta los anuncian con anticipación, y no exactamente por gracia de García Márquez. Según un titular del pasquín *17 jóvenes, estarían planeando suicidarse en el municipio de Guadalupe (Huila)*.

¿Será acaso por ese maldito calor que hace en el Huila?

El gobierno de mi país que tan bueno es y tanto vela por los intereses de sus jóvenes, mandó según dice el pastiche, 7 psicólogos *especializados en adolescentes*. Presidente no seas metido, no seas sapo ni seas más rata que te mando al búho, y ese sí te hace justicia.

Qué buena noticia de Colombia, que 17 jóvenes tomen conciencia y acaben de una vez con sus perras vidas, eso me parece muy bien, muy justo y consecuente. Dice además el diario que la avenida 26, de Bogotá se jodió, no hay novedad, en Colombia no pasa nada bueno, y cuando está por pasar mandan psicólogos.

Colombia sigue cuesta abajo sin mí, pues yo estoy aquí, recorriendo Caracas, de un lado a otro, como ratón que no se percata del búho que se viene encima.

A veces pienso que sería más barato para mí, tomar gasolina que agua. Mientras lo decido, debo salir a trabajar.

Luces, cámara acción, Piso 2, apartamento 201, Bloque B, barrio 23 de Enero, oeste de Caracas, estación del metro Agua Salud, escalera este, primer vagón adelante. Me acomodo junto a las sillas azules, donde se sientan los mayorcitos, en espera de la muerte, como lo hacemos el resto de los pasajeros, algunos sin darnos cuenta, pues a fin de cuentas vivir es esperar la muerte, a veces distraído a veces consiente. Estación Caño Amarillo, colegialas que entran con sus pieles que me recuerdan la sabrosa natilla colombiana. Luego entramos al subterráneo y el tren se ensordece, y el aire me oprime, mientras respiro hondo, hondo como respira el tren entrando a la oscuridad del túnel, estación Capitolio, transferencia a la estación Silencio, salgo, entran, corren, sospecho de su prisa, camino a paso que más bien

parece baile, bailo sin saber bailar sobre la ciudad. Unas confusas letras que descifro como «Pk», aparecen sobre los rieles del tren, *mientras yo me las apaño para olvidar... como dice Sabina.*

El sol me espera afuera de la estación, con la manos extendidas sobre mi rostro que lo saluda con cara de pocos amigos, es martes, son las 8 de la mañana, voy llegando a la oficina del piso 21 de las torres Simón Bolívar, en espera de no perder contacto con José Javier, quien aún pasados los días desde mi primera visita sigue pidiéndome un libro inédito que le prometí, uno de los que traje de Colombia. Quiero decirle que todavía no lo termino, que no tengo dinero para imprimirlo, ni computadora para transcribirlo, que mi jefe, el portugués, me está esperando en la panadería para hornear canillas y barrer cucarachas, que la máquina de boletos del metro se comió mi multi-abono y ahora debo caminar hasta La Candelaria, que ya compré zapatos nuevos, pero igual no me los pongo. Creo que me falta un amigo. No digo nada, guardo silencio, respiro hondo, desde este piso 21 todo se ve muy bien, podría caer, sería cosa de segundos y estaría por fin del otro lado. No, que la muerte me persiga no significa que me esté dando alcance, que se mueran los que se quedaron allá en Colombia, ahora yo estoy en Venezuela, *la rica, la mil veces rica, la riquísima, inesperado centro de musicalia sede de la más audaz arquitectura, lonja de artistas, mecenas estrellado*, ahora estoy en el país de Reverón y mis locuras, de Miguel Otero Silva contradiciendo a su libro y al verso de Darío, pues yo, cuando quiero llorar, sí lloro. Ahora estoy en el país del joropo hermoso y el cocuy jocundo, de las hallacas condimentadas y las miss universo hechas en salas de cirugía con derivados del petróleo,

de José Antonio Ramos Sucre cuya obra, aún hoy solo será entendida en 40 años, y Aquiles Naza, de Andrés Bello el poeta y gramático y Rómulo Gallegos el novelista y político, de Simón Rodríguez el maestro, y de Gustavo Dudamel el genio, de Cyrano Fernández el hombre que trae el agua, de Simón Bolívar el mantuano y Juan Calzadilla el amigo.

Pienso, cómo quisiera yo que Juan Calzadilla me hiciera un retrato, estando él con los ojos cerrados y así viéndome en él, en el retrato, creyera yo como en su poema que *por fin admito que comienzo a ser lo que soy*.

Así es como ando por aquí no muy feliz, y ya casi indocumentado, los días me presionan, se agotan según reza mi pasaporte. Si quiero permanecer legalmente en Venezuela, debo regresar a Colombia, pero no tengo dinero, y el alquiler ya está acercándose, pago 400 bolívares, son muchos bolívares, todo un ejército de dinero, más un depósito de 1200. Según me han dicho ese dinero siempre se pierde, no me importa, debo dejar de pensar, debo ir a Bogotá, debo regresar de Bogotá, debo estar bien documentado. Ya una vez por andar sin pasaporte un policía me quitó dinero y me trató como lo que somos los colombianos: delincuentes. Revisó mi maleta, olió uno a uno mis cigarros, miró una a una las fotos de mi cámara, a los libros que llevaba en la maleta no les dio mucha importancia, yo creo que los policías les temen a los libros, temen que algo se les pueda contagiar de ellos, pues a la final, los libros son pestes y por eso será que uno se enferma con ellos. A ese policía azul, un día le voy a mandar mi búho café, mi búho chavista, mi búho vengador. ¿Cómo le voy a poner al búho?

De nuevo estoy frente a la duda, ¿ir o no ir a Colombia?, sería más fácil conseguir una chica de estas plásticas y her-

mosas caraqueñas, tan prestas a los amoríos, pagarle una cirugía plástica, que por gracia de los derivados del petróleo saldría muy económica en estos tiempos de paz fría, casarme por un fin de semana y así remediar estos engorrosos trámites de documentación, además podría de paso tener un momento erótico, que me está haciendo día con día mucha falta para no perder la razón. Creo que el sol me está haciendo daño.

Entro en una lunchería, me detengo frente a la nevera, donde opacos, deliciosos, humeantes, helados, aguardan los refrescos, pero el dinero no me alcanza para comprar uno, así que decido cambiar el coctel.

—Señor, deme por favor medio litro de gasolina que está haciendo mucho calor.

—¿.....?

—Gracias.

Hoy pienso que la vida y la música me han sido prestadas, la segunda para soportar la primera, a fin de cuentas un poema caótico busca salir de mis labios, para ser olvidado y no sale, no aparece, lo tengo en mí escrito, lo tengo en mi sangre fluyendo, como un violín que solo para mí suena, como un tiempo que solo en mí está detenido.

He llegado a vivir en Caracas, en esta «Pequeña Venecia» al decir de don Alonso de Ojeda, a compartir estas calles con sus propietarias las cucarachas que hace millones de años transitan este valle, entre montañas, cucarachas para las cuales yo y todos quienes estamos aquí, portugueses escapados de las guerra, venezolanos descendientes del cacique Guaicaipuro, españoles sin madre y sin patria, colombianos con una madre en la patria, trinitenses con un ápice de esperanza en la pupila, somos intrusos, a pesar

de parecer ellas las forasteras, hoy he entendido que esta tierra es suya, más que mía, y de repente se me ocurre que ese poema secuestrado que juro mío entre los labios, es a lo mejor la voz del búho que todas las noches me visita. He decidido prolongar mi silencio, en tanto apuro la ciudad a largos pasos y fuertes tragos, los primeros de tiempo, los segundos de fuego, los primeros avanzando, los segundos calcinándome la vida, soy feliz en esta larga espera, por sorbos soy feliz, por sorbos de jugo Yukery, por sorbos de gasolina, por escasas gotas de agua, por estaciones en que las manecillas me recuerdan la fugacidad de mi existencia. Hoy, entre basuras que intentan comerse a la ciudad y paisajes que dibujan sobre la geografía una soledad soportable, he decidido que soy feliz, sentado a la hora del almuerzo en esta iglesia de la Plaza Candelaria, donde portugueses y españoles apuestan a los caballos, donde venezolanos levantan pesas, donde colombianos cazamos pesos, que son bolívares, soy feliz, mirando ese Cristo que hace dos mil años se desangra sobre la moral de un pueblo, soy feliz en esta tierra de Guatapori Guaicaipuro, apretando su rostro en el billete de 10 bolívares, soy feliz viendo a Francisco de Miranda lucir un hermoso zarcillo, pensando en sus melodías en la flauta soy feliz, soy feliz imaginándolo feliz en La Carraca, con la batalla a la muerte ganada; soy feliz sin haber pronunciado esa palabra, soy feliz lejos de Colombia, soy feliz regresando a diario, al menos en mis memorias. Entre mis libros y mis sombras, entre recuerdos de amigos que se van haciendo borrosos, entre esta música que no sé bailar, entre canillas y Rikomalt, soy feliz.

Por lo anterior he decidido presentar disculpas a Venezuela, si es que alguna línea anterior le ha ofendido.

Repuesto del bochorno me voy de regreso a Hamelin, perdón al 23 de Enero, ya sé cómo se va a llamar mi búho vengador: Hermano Grimm.

CARACAOS VII

*Inside of the constitution always
out of the constitution never...*

Hugo Chávez

*Cuando la ardiente luz de mañana
tiñó de rojo el nebuloso cielo*

Julián del Casal

Camino sobrio, es la ciudad quien bebió, Solera, Ice, anís, ron, caña clara, cocuy, ajenjo, vino, aguardiente y agua picha que es la única que hay. Ahora Caracas salta embriagada en el multicolor de sus sonidos, de sus voces, Caracas, ha decidido olvidarse para siempre del silencio en un grito de libertad roja que inunda el Caribe. *Guarenas, Guatire, chinotto frío, ¿tienes saldo?, era un escuálido, de pollo, marrón fuerte pequeño, habla mi pana, Maltín Polar, era chavista, de carne, ¡verrrga!, no le pares chamo. ¿Caracas, no te duele la cabeza?, cállate un poquito, regálame un disparo de los que tanto te sobran y yo haré silencio por ambos.*

Alucinante paraíso es esta Venezuela que se burla de su verdad, medio real medio fantasma, infestada de política y

cegada de sí misma en búsqueda de una libertad que solo se alcanza con la muerte, *La Guaira, Lla Guaira, Catia lLa Mar, era escuálido, de pescado, un pastelito de queso....*

Hoy es viernes, los ojos de la ciudad están puestos en la Solera verde y, además, en la azul. Como siempre en la cerveza, los ojos y las bocas, que del pico de la botella pasan a los labios rebosantes de petróleo, los de las intervenciones quirúrgicas que las miss universo ambulantes van esbozando por cada esquina. xxx

Los contrastes de este país van forjando su historia, como se forja el acero, a martillazos, a coñazos de angustia, mitad agua, mitad fuego y corazón de roca, alimentando el tiempo de contradicciones. Aquí por ejemplo vine a saber por gracia de Manuel Rosales que *Margarita es una isla rodeada de agua*. Manuel Rosales es, para quien todavía no lo sepa, el mayor opositor de Hugo Chávez, un maldito burro ignorante, seguramente el papá o el maestro de todas las miss universo que responden con sus máximas año tras año, en los inoficiosos certámenes de belleza. Este Manuel ahora vive exiliado en el culo del mundo, en el ojo del infierno, en el patio de atrás del mundo, porque en ningún otro lado lo podían recibir, don Manuel vive en Bogotá, Colombia.

Pienso para darme ánimo, que en mi caso los límites o las fronteras no son más que un punto de partida, un nuevo comienzo; a diario miro la ciudad como si fuera yo quien está lejos, como si tuviera que acercarme a ella y lo hago de la mejor manera, intentando bailar el merengue, intentando hacerle el quite al mambo, intentando jugar con el sol que me encuentra en los frescos rincones de los túneles, donde vanamente intento esconderme y hasta allí llega con su

efusivo saludo de bochorno y luz. A diario nazco entre esta ciudad tan ajena, a diario muero en esta ciudad tan propia.

Y ahora que lo pienso ¡qué soledad, qué compañía!, la primera persona de una narración, como de cualquier cosa es plural. Yo soy todos y por mis letras habla una multitud. De verdad el sol me está afectando el cerebro. Pensar con sol y sin agua, no es bueno para los sueños.

En el teatro Teresa Carreño, a la salida del trabajo, mirando pájaros que me hacen llegar su canto desde lejos, veo además cómo junto a mi maleta dos moscas se caen a coñazos sobre mi libro *Entre la ciudad sí y la ciudad no* de Evtuchenko, en tanto me refresco abanicándome con el otro libro que traigo en la maleta, *Noticias de alud*.

Todo es vida en esta ciudad, nadie duerme, quizá hasta dormidos los venezolanos bailan, la luna pare sombras, que se procrean entre sí, ni hablar de la música, los ojos, las mentes, y hasta la vida, tienen abiertas las puertas. El trópico mi querido amigo, con toda su bulla e insensatez, en su máximo esplendor ha decidido instalarse para siempre en Venezuela.

Caracas se rasga los pulmones, aúlla como Allen Ginsberg su inefable melancolía por sobre las terrazas, hoy por hoy hecha música en mi alma. Bajo el sol, siempre bajo el sol y él precipitado sobre mi testa me recuerda una vez más que no sé dónde estoy parado, o donde estoy pasado.

Llevo mucho tiempo en una ciudad que me parece ajena, cuando en realidad el ajeno soy yo, una vez más debo decidir, y entre la vida y la muerte escojo a ninguna.

Voy y vuelvo, o vengo, porque yo vengo de Colombia, la tierra de los paramilitares y de su fundador, que es de paso nuestro presidente; yo vengo de la muerte y vengo buscando la vida, pero no la farsa que hasta hoy me ha tocado, y

me encamino, como si fuera un río que de gota en gota se abre cauce, por entre los ríos de gente agolpados en Caracas, ríos que buscan desembocar en la esperanza, en el ensimismamiento de una botella llena de cerveza. La vida tiene aquí unas velocidades increíbles.

Debería estar haciendo maletas. Por las buenas, o mejor por las malas, debo regresar a Bogotá, para no excederme en los días de permanencia que tiene mi visa, ir a Bogotá es ir a poner flores sobre las tumbas de los vivos, estar vivo en Colombia es como estar muerto en cualquier parte del mundo, por eso mismo aquí en Caracas, hay según dijo el ministro de cultura hace pocos días, 4 millones de nosotros. Estamos en Maturín, en Petare, En Barinas, en San Cristóbal, en Mérida, en Maracaibo, en San Antonio, en Nueva Esparta, en Puerto La Cruz, en Caracas, en Valencia, en Barquisimeto, en San Felipe y hasta en Margarita, asediando con nuestra plaga la vida de los venezolanos, que dicho sea de paso, gracias a Chávez, ya no nos tratan como las ruinas que somos, como en el pasado, cuando ni bien llegábamos y ya nos estaban apilado en fosas comunes. Por eso, decidí hacerle caso a la frase que dijo el comandante en alguno de los 400 discursos diarios y regresar a Bogotá para permanecer *inside of the costitution*.

Pienso, con una velocidad que me marea, en tantas cosas que a fin de cuentas terminan siendo la misma y a lo mejor ninguna.

En las noches entre tiros, explosiones y risas, entre bailes y golpes, entre botellas que se rompen, cuando se chocan, con el piso o con el cráneo de alguien más aquí en el 23 de Enero, pienso y canto haciéndole el quite al fuego que está como la basura, por doquier. *Caracas Caracas, como me gusta esa ciudad...*

Hace un par de días estaba hablando con mi amiga Claudia Barroeta Celis, la hija de ese bello poeta que fue José «Pepe» Barroeta, el cual nació en un hermoso día, 29 de mayo, el mismo día que nació el que aquí les escribe y de paso Alfonsina Storni y don Dante por si hace falta.

Hablábamos en un restaurante al cual me invitó a cenar, me dio por decirle así no más y así como así que el problema de violencia de esta ciudad yo se lo soluciono en un dos por tres, y es cierto, estoy seguro de tener la fórmula para bajar los altos índices de mortandad, para hacer que los moto taxistas, no quieran quitarle la vida a todo el que se les pasa por enfrente. Desde esa conversación hasta hoy han pasado ya 9 días, y mi fórmula sigue pareciéndome exacta, justa, salomónica, pienso de momento que debería patentarla, pero no sé dónde queda el edificio de derechos de autor aquí en Venezuela. Hay tantos y tantos lugares que no conozco, apenas edificios y más edificios pasan ante mis ojos como paisajes de cemento, como alucinaciones y siento vértigo de verlos y ganas de saber quién los construyó, quién los diseñó, quién hizo su estudio de suelos, quién dibujó los planos, quién fue el arquitecto residente de obra, y quién el maestro, cuántos hombres dejaron sus vidas para hacer más grande la ciudad a través de una construcción. Pasan raudos ante mí, panteones, iglesias, mezquitas, pagodas, mausoleos, estaciones de metro, formas inconformes que retan las leyes de la gravedad, pues entre tanto polvo y tanto disparo, entre tanta basura y tanto pasado, debieron hace tiempo unos con otros caerse sobre sí mismos.

Toda Caracas es un desafío a los ojos, en colores y formas, se va metiendo por mis ojos, y mis ojos se van deformando por la velocidad del recorrido. El sol sale por Petare, y se

mete por Propatria, mientras cruza el metro con su canción veloz, con su rugido que suena al salir de la estación Capitolio, el metro es una lengua que se cruza por las calles llevando y trayendo vidas, en un trajín que agota, y que de trajinar se acaba, como todo en la vida.

Pienso mientras veo a lo lejos una cúpula que semeja un planetario; preguntando (que es como se llega a Roma), me informan que esa edificación se planeó para ser el centro comercial más grande de América Latina, pero que como todo en América Latina, se quedó a medias y ahora, medio edificio sirve de oficinas a la policía, en tanto el otro medio ha sido invadido por quienes no tienen casa, y han improvisado sus tugurios en las galerías de la edificación. Tal vez por lo anterior mi viaje se detiene aquí, porque a fin de cuentas todo viaje se hace a medias, por eso paré en la pequeña Venecia, mientras medito, maldito y miro a Hamelin, Hamelin es el 23 de Enero, según lo rebauticé, pues viven allí más ratones que seres humanos. Debería hacer un censo, para estar seguro de las estadísticas, y con respecto al cambio de nombre diré que si el 23 se pensó llamar 2 de Diciembre, cuando comenzó su construcción y no se llamó así, porque se quedó a medias, *ídem* lo que ya había dicho antes, así mismo yo le puedo poner el nombre que más me guste, el que me dé la gana.

Hamelin es un barrio en apariencia triste, sus edificios tienen el rostro y el cuerpo fatigado, las estructuras comidas por el óxido del tiempo, por el paso de sus habitantes. En la tarde el sol les da una caricia en la espalda y va a perderse en La Guaira, los deja solos, a la intemperie de la violencia y el ruido, los edificios del 23 de Enero, nunca descansan, siempre están acosados por el ir y venir de ritmos, balas, piernas,

botellas de Ice, pasos y sueños, la humedad de los deseos que resbala por las escaleras de los bloques, donde las parejas se dan cita y cumplen con el sempiterno rito de la cópula.

Nunca en mi vida había visto un carnaval como el que vivo desde que me pasé al 23 de Enero, más cariñosamente conocido por mí como Hamelin.

Los bloques de Hamelin son similares a los que hay en Bogotá en el Centro Nariño, los construyó según entiendo el mismo tipo, un italiano lúgubre, al fin y al cabo europeo, de alma negra, sin sentido de luz, de vida. Pero esto no lo siente nadie en mi parroquia, poco les importa a mis vecinos, el pueblo del 23 está de fiesta, la vida es un baile y aquí el que no sabe bailar –es decir yo– se jodió. Bailan al compás de las armas y las faldas consignas libertarias que solo se le hubieran ocurrido a Martí o a Maiakovski, consignas que son cantos que van a perderse como el sol en la costa, y valga recordar que cuando el sol tuesta las espaldas de los edificios, esparce sobre Caracas un rojo intenso, un rojo inmenso, un rojo eterno, un rojo sangre, un rojo infierno, un rojo tinto, un rojo nuestro, sobre la ciudad que empieza a bailar, con la venia y el permiso del astro rey, quien en colores brinda razones a un pueblo que bailando pasa sus días.

Desde estas colinas diviso la vida, la mía, y me parece que puedo salirme de mi cuerpo y verme asomado a la ventana de mi cuarto en espera de mi Hermano Grimm, mientras como unas papas Rufles con medio vasito de agua, medio no más porque de repente se va y me quedo sin cómo bañarme con el otro medio. Desde esta montaña soy parte de Venezuela y a nadie le inquieta mi acento y nadie me mira con odio, como fuera otrora en Colombia, y como a lo mejor será ahora si es que debo regresar.

Desde este apartamento compartido, pienso, cocino, lavo celoso mis prendas, pues ya me robaron un pantalón y una toalla. Ordeno mi cuarto, fumo, escribo estas cosas, veo el sol, me le escondo y a veces duermo, ya no les doy mucha importancia a las cucarachas, ya me acostumbré, de lo que intento desacostumbrarme en Venezuela es de la muerte colombiana, lo cual no es tan fácil, pues las guerras aquí a pesar de no ser declaradas son constantes.

Hay un bello momento en la semana y es cuando rugen las tuberías anunciando el movimiento del agua, su llegada, y todos en casa levantamos los ojos y callamos mirando el techo, mientras a lo lejos desde una cabina de sonido un parlante se rasga el embobinado con la banda *La 33* de Colombia y su salsa o *Mambo de la Pantera Rosa*, así por arte de salsa o de mambo, salto a Bogotá, a mis amigos, a Teusaquillo, y algún mágico viento frío, que sabe Dios si viene desde Mérida, me roza las mejillas y sonrío, *ídem* quienes viven conmigo en el 23.

Visto está que aquí en Venezuela todo se comparte, me lo dicen sus poetas, que compro por 2 bolos, o bolívares, bajo el puente de la calle Fuerzas Armadas, me lo dicen las canillas que vendo por un bolo en la panadería del portugués, me lo dicen las sonrisas que de cuando en cuando me tocan a mí, por las que nadie cobra, me lo dice el precio que tiene la Solera verde en Hamelin: 2 bolos, me lo dicen los mamones o mamoncillos que caen del árbol frente a mi ventana, de los cuales dan hermosa cuenta los niños del barrio, me lo dice el viento que trae en ráfagas de lluvia mis más queridos recuerdos de Bogotá; me lo dice la vida que encuentro por doquier, en las mariposas, en las cucarachas, en las lagartijas, en los buitres, en las ardillas

de la Plaza de Bolívar, en las pupilas de todos y cada uno de quienes viajan en el metro, me lo dice hasta mi propia sangre.

Mientras el sol va a recostarse en el Caribe, yo sigo pensando en la música que quizá en un tiempo también podré empezar a bailar, si es que puedo seguir en Venezuela feliz y documentado, para lo que desde luego debo permanecer *inside of the constitution*.

La soledad es un vacío que de uno mismo se rebosa, inevitablemente, por eso será tan sublime e insoportable, tan necesaria, creativa y destructiva. Todo lo que agarra lo transforma, haciendo invisible lo tangible, y patente lo nunca antes visto.

Vivir solo en un lugar tan caótico me obliga a ser el contratiempo, del tiempo que vivo.

¿Qué será lo que yo entiendo por socialismo? Y más allá de los libros, de los tratados y las buenas intenciones, de las marchas en que el sol tuesta las testas y con ellas las ideas, ¿qué será en realidad ser socialista? Es difícil saberlo cuando este vacío solo con mi voz se completa, cuando el pan que recibo a diario es casi maná que recojo de las basuras de las calles, donde el pan abunda, porque sobra, porque la gente lo tira a medias, porque es América Latina. De cuando en vez encuentro también queso.

¿Qué va a quedarme de tanto silencio?, en este caos, apenas le soy fiel a la música como el perro de la R.C.A.

Yo siempre hablando, acercándome a mi desde la más concienzuda distancia, la de lo que soy: Colombia; la de lo que olvido: Colombia. Y podría ser La Paz o ayer, o podrá ser Lisboa en unos años, pero siempre voy a hablar conmigo mismo, es esto lo que hago ahora en tanto redacto el

pasado y el presente en busca de un futuro inexistente. Si pudiera cambiarle el nombre al tiempo seguro le pondría Espasa, sí como la editorial, pero más por lo que es y siempre pasa. *Y el tiempo, tremendo invento sabandija...*

Yo siempre yo, hablando con esos personajes que no figuran aquí, que nacen y mueren en mi imaginario, cuya vida no me da ni para media línea, pues no puedo hablar por ellos. Qué horrible debe ser redactar sueños y que los demás los lean creyendo que son una realidad. ¿Cuál será el límite de mi monólogo?

Elegancia, ética, respeto, corazón, fatiga, desasosiego, regreso, muerte, son las ideas que tengo, o a lo mejor son los rayos del sol que bajo el puente de la calle Urdaneta vienen a darme alcance, para recordarme que a pesar de mi parte perdonable del error, tarde o temprano caeré calcinado.

El disco da tantas vueltas sobre la aguja y de sonar un día se raya, más cuando siempre suena la misma canción.

Suponiendo que algo bueno va a pasar, lo mejor será hacer rendir el café que me robé de la panadería y fumarme, en últimas hasta los dedos.

Querido Grimm, ¿cuántos exiliados has visto pasar por tus dominios?, ¿cuánta gente ajena a ti, se atrevió a pasar por tus tierras?, acaso italianos, escapando de la guerra, portugueses colonizadores que dejaron en Madeira un paraíso y terminaron en estas ruinas de un sueño medio cosmopolita, medio europeo, pero siempre importado, siempre copiado, siempre ajeno. Querido Grimm cuántos hombres negros saliendo de Trinidad, cuántos romanos produciendo calzado, cuántos españoles apostando sus reales en Plaza Candelaria, bajo el sol inquisidor, cuántos extranjeros amigo búho, y siempre colombianos, con el

sueño de oro negro entre sus fauces, con el sueño de El Dorado en sus pupilas. Con el sueño de salir de la ruina de una Cali en los años sesenta, por cuyos cerros de Siloé empezaba la pobreza a incubar sus tugurios y sus negritos, y la ambición a exportar sus toneladas de cocaína. Antioqueños que soñaron con hilar aquí sus telares y vestir caraqueñas con la moda de nuestras montañas.

¿Viste a Silva Hermano Grimm? ¿Sabes tú dónde queda el hotel Saint Amand donde se hospedó mi paisano? ¿Viste sus quince pares de zapatos, perfectamente ordenados, en aquella habitación donde le visitaban embajadores e intelectuales? ¿Viste hermano mío a Joaquín Sabina, quien por Maiquetía entró el 14 de noviembre a Venezuela, con el registro 268? ¿Estuviste en La Guaira el día en que zarpó rumbo a Francia mi muy querido Jorge Gaitán Durán?, ¿viste los cientos de espías alemanes que entraron a Venezuela intentando nacionalizarse aquí, para hacer desde mi país inteligencia nazi?

Yo te veo a ti esta noche, como tantas otras. A lo mejor un día ya no nos veremos más y lo lamento, pues debería ser yo como un ratón y morir por tu hambre; es decir morir en tus garras, en tus fauces. Caracas debe ser para ti como lo es para mí el más salvaje de los estados. ¿Qué más no habrán visto tus antepasados?

Grimm te cuento que aquí vine dizque a publicar un libro, ¿vas a leerlos cuando los publiquen? Bueno ese libro ahora aguarda en los anaqueles de una biblioteca que no me pertenece, en desordenadas hojas, que cuando vean la luz, mancharan los críticos. Y mientras el libro ve la luz, desde la más profunda oscuridad que solo a ti te pertenece he terminado por escribir este otro.

Qué forma más desagradable e infeliz de perder el tiempo. Ya quisiera yo volar como tú, entre la noche, escuchando los cantos de la oscuridad, con el oído aguzado, trayendo entre garras un ratón.

Sangre compañeros, corre por las calles, donde la libertad por fin, ha encadenado al pueblo de Don Francisco de Miranda, quien ahora, a la altura de mi búho, sobrevuela la eternidad.

La soledad en Caracas se llena con las voces de los millones de desaparecidos que aquí vinieron con el ánimo de dejar atrás la muerte y el hambre, millones que vinieron antes y otros tantos que hemos ido llegando a diario.

Definitivamente con la barriga vacía lo mejor es no soñar.

La primera vez que escuché hablar de Venezuela, fue de la misma forma como escuché hablar por primera vez de muchas cosas en la vida, por boca de mi papá, sus azules ojos se iluminaban como en un día de sol que va a terminar en tormenta, y en tormenta terminó. Pienso mientras el sol reverbera sobre una variedad de verdores y hervores que acrecientan la soledad en mi paisaje.

Mi papá entró a Venezuela por San Cristóbal, ciudad a la que llegó después de haber caminado por horas a través una trocha, donde a la par venían otros colombianos y una también paisana que era prostituta, como lo constataría más adelante. Al llegar a San Cristóbal, se separó de ellos y la chica lo recogió en un taxi kilómetros después de camino a un hotel, pues se lo volvió a encontrar por casualidad. En el hotel al cual se dirigían debería negar su procedencia, en el caso de que llegara la policía. Ya instalados ella le contó que todos los fines de semana viajaba a Venezuela a trabajar, él pasó la noche allí, no me contó si con ella o solo, esas cosas

mi papá nunca las cuenta, y a la mañana siguiente, después de cambiar un reloj que llevaba por documentación falsa, se dirigió hacia Mérida, estrenando nacionalidad y nombre. José Egidio García Meba, pasó a llamarse entonces mi actual tocayo. Millas más adelante, llegando a Mérida, una alcabala, o retén como lo conocemos en Colombia, detuvo el bus en que se trasportaba.

–Papeles en mano y a tierra todo el mundo.

Ha (ah?), con estas soleadas e hijueputas autopistas, asfaltadas ellas con la sangre negra que le extraen a la misma tierra, pobre mi papá con 16 años intentando entrar sin visa al país *lonja de artistas*.

Cuando le preguntaron cómo se llamaba respondió indefectiblemente: José Egidio García Meba. Cuando le ripostaron: –Según su cédula usted es maracucho– él cándidamente contestó: –No señor, yo soy de Maracaibo– Qué inocencia, qué ingenuidad, no sabía el pobre que en Venezuela, no se puede decir señor, ni por favor, ni muchas gracias, a lo mejor si hubiera respondido: –Mira chamo estoy intentando coger una cola pa’ Caracas, y aquí no pasan ni zamuros– le hubieran parado un camión de la Polar para completar su trayecto. En cambio el amable agente le dijo:

–Dígame de qué parte de Colombia viene y lo dejo pasar.

–De Bogotá– respondió muy honesto y muy chachaco.

–Al camión con este coño e’ madre.

¿Si ves viejo?, eso te pasa por mentiroso, por mal actor y por dártelas de sincero a deshoras.

En el camión de la guardia paseó por horas las calles de un pueblo junto a otros ilegales, lo cual era costumbre hacer, para «escarmentar» a quienes quisieran pasarse de listos.

Un mes estuvo mi padre encerrado junto a colombianos trabajadores y hampones venezolanos, esperando día tras día que se llenara el cupo del bus que los traería deportados de regreso.

Ya con sus ojos radiantes de tormenta me contaba que leía todas las mañanas en un aviso colgado en el patio de la cárcel el número de colombianos que había, el cual no llenaba el cupo para ser repatriados.

Una buena mañana pasados los días el cupo se completó y él, ingenuo de nuevo, arregló las pertenencias que le quedaban, las que no había tenido que vender para comer sardinas enlatas, pues a los colombianos en las cárceles venezolanas de esa época, no les daban comida. Pero de momento la lista volvió a repetir: *Colombianos 1*, él, el único, a los otros los habían venido a sacar sus patrones para que siguieran recogiendo café y llenado de real sus cuentas bancarias.

Ahora soy yo quien no recuerda, cómo ni cuándo regresó, lo que sí salvo en la memoria es la descripción del hediondo camión en que cruzó el Puente Internacional Simón Bolívar con sus compatriotas, quienes tras largos días de pena y cosecha, apenas habían recibido en pago, la deportación y los palazos de la Guardia Venezolana, pues con sus reales se quedaron los patrones, cuando no los policías.

Oh gloria inmarcesible, oh júbilo inmortal, cuenta mi padre que sonó al unísono, como una voz, como ninguna, como un coro angélico, como un silencio, la palabra de todos quienes iban con él en el transporte, al cruzar el polvoroso puente que hace meses crucé yo. Papá, sacando cuentas y pasados los años puedo decirte que me fue mejor que a ti.

La ruina del colombiano se reitera de frontera en frontera, a diario los veo repitiendo la rutina del *homo migrans*, y es como verme a mí mismo, pues yo soy ellos.

Hace poco me dijo un poeta venezolano: uno sabe cuándo alguien es colombiano en cualquier parte del mundo, porque además de la cara de hambre, debajo del brazo, trae un libro inédito de poemas que espera publicar. Hoy no sé qué tan cierta es esta seña, además yo lo que vine a publicar es una novela. Para la poesía no serví.

Pero a ver, pongamos las ideas en orden: esto es un puto caos de malditos bulliciosos, un ruido, un *bochinche* al cual si le bajamos el volumen se enloquece; remedio, me voy a mi casa a escuchar a Mozart. ¿Pero eso no es como mezclarle caviar a un tamal? Es mejor que comer mierda, comer mierda es escuchar a Diomedez Díaz, cuya canción *por eso la plata que cae en mis manos la gasto en mujeres, bebida y bailando*, debería decir: por eso la plata que cae en mis manos la gasto matando mujeres, bebiendo, esnifando.

Mozart como Silva con sus nocturnos y yo con estos ojos fatigados hablando ya no sé de qué y llenando hojas a falta de botellas por desocupar. Sí, estoy definitivamente hablando en un idioma que no entiendo, es decir: hablando en caleidoscopio.

La cerveza venezolana es pésima, lo anterior teniendo en cuenta que la cerveza siempre es buena, pero la de aquí no es ni cerveza, dizque endulzada con miel de abejas, ¡jua! con miel de abejas del infierno.

Maldito calor, malditos zancudos, malditos ratones husmeando en mis ropas, malditas ratas colombianas a quienes tanto extraño.

Una cerveza aquí cuesta 2 bolívares, y una botella de agua cuesta 5, no hay que ser muy brillante para decidir.

Una vez más pienso: ¿por qué será que el mundo no fue creado por Carolina Negret y yo? Hubiéramos hecho un mejor trabajo, empezado por descansar desde el primer día y seguir durmiendo en la eternidad por los siglos siguientes, nos hubiéramos evitado la partida, el pensamiento, la reflexión, la creación y el caos posterior, pues todo estaba mejor como estaba. Fuera eso lo que fuera.

Yo me sentí complacido en tierras venezolanas... Caracas, Caracas cómo me gusta esta ciudad, pero qué lindas muchachas las que en Maracaibo hay, Caracas, Caracas, nadie lo puede negar.

Si Carol y yo hubiéramos diseñado el mundo, todos los hombres serían Miguel Bosé y todas las mujeres serían Nicole Kidman, pero la Kidman diga usted con el culo de Mónica Bellucci, todos desde luego salvo Carolina y yo, y ninguno, aparte de nosotros, tendría derecho a hablar.

Un mundo a nuestra imagen y semejanza sería una belleza, además ella es sobrina del mismísimo maestro Edgar Negret, y yo en el mejor de los casos tuve un papá deportado y un abuelo poeta que se carteaba con Don Antonio Gómez Restrepo. Del cual desde luego ya no se acuerda nadie.

¿Quién ahora se acordará de los poemas de Don Antonio Gómez? Yo no, a lo mejor mi abuelo, pero a ese tampoco lo conocí, sin embargo apuesto mis últimos 10 bolívares a que desde la eternidad me está mirando, y como ya gané tengo con qué comprarme unas cuantas cervezas, ¡salud abuelo Rafael Antonio y salud don Antonio Gómez, donde quiera que de la eternidad les de alcance mi balada!

Hablando de poetas, recuerdo la ceremonia de entrega del premio Rómulo Gallegos, donde me infiltré para comer gratis, gracias a la generosidad del pueblo venezolano, que esa noche repartió hallacas y champaña por toneladas, y donde de paso pude ver al prosista e historiador, poeta y editor, columnista y novelista, William Ospina, balbucear la segunda estrofa de nuestro querido himno patrio. Aquí se lo transcribo poeta. Aquí me pongo a cantar con mi papá y sus compañeros deportados, cruzando, descruzando un puente que usted ha cruzado en avión, para venir a cantar a media voz y a media lengua nuestra insigne canción. Para que no se le olvide.

Y usted señor Rafael Núñez, ya arreglaremos cuentas sobre su chapucera composición, la cual los niños colombianos tienen años cantando, como canción de guerra que desde luego y como siempre no entienden, de la cual deben sentir orgullo sin saber por qué.

Pasemos pues a otro tema, cantemos para olvidar, para el recuerdo, para cantar, para lo que sea.

De pie Colombia, ¡a discreción, Mar! Un, dos, tres, cuatro

*¡Oh gloria inmarcesible!
¡Oh júbilo inmortal!
¡En surcos de dolores
El bien germina ya.
Cesó la horrible noche
La libertad sublime
Derrama las auroras
De su invencible luz.
La humanidad entera,
Que entre cadenas gime,
Comprende las palabras
Del que murió en la cruz
«Independencia» grita*

*El mundo americano:
Se baña en sangre de héroes
La tierra de Colón.
Pero este gran principio: «el rey no es soberano»
Resuena, Y los que sufren
Bendicen su pasión.
Del Orinoco el cauce
Se colma de despojos,
De sangre y llanto un río
Se mira allí correr.
En Bárbula no saben
Las almas ni los ojos
Si admiración o espanto
Sentir o padecer.
A orillas del Caribe
Hambriento un pueblo lucha
Horrores prefiriendo
A páfida salud.
!Oh, sí; de Cartagena
La abnegación es mucha,
Y escombros de la muerte
desprecian su virtud.
De Boyacá en los campos
El genio de la gloria
Con cada espiga un héroe
invicto coronó.
Soldados sin coraza
Ganaron la victoria;
Su varonil aliento
De escudo les sirvió.
Bolívar cruza el Andes
Que riega dos océanos
Espadas cual centellas
Fulguran en Junín.
Centauros indomables
Descienden a los llanos
Y empieza a presentirse
De la epopeya el fin.
La trompa victoriosa*

*Que en Ayacucho truena
En cada triunfo crece
Su formidable son.
En su expansivo empuje
La libertad se estrena,
Del cielo Americano
Formando un pabellón.
La Virgen sus cabellos
Arranca en agonía
Y de su amor viuda
Los cuelga del ciprés.
Lamenta su esperanza
Que cubre losa fría;
Pero glorioso orgullo
circunda su alba tez.
La Patria así se forma
Termópilas brotando;
Constelación de cíclopes
Su noche iluminó;
La flor estremecida
Mortal el viento hallando
Debajo los laureles
Seguridad buscó
Mas no es completa gloria
Vencer en la batalla,
Que al brazo que combate
Lo anima la verdad.
La independencia sola
El gran clamor no acalla:
Si el sol alumbra a todos
Justicia es libertad.
Del hombre los derechos
Nariño predicando,
El alma de la lucha
Profético enseñó.
Ricaurte en San Mateo
En átomos volando
«Deber antes que vida»,
Con llamas escribió.*

CARACAOS VIII

*Después de todo, no se escribe sino sobre
lo que uno imagina, así lo que nos imaginemos
sea lo único que en nuestras perras vidas
nos ha pasado.*

Juan Calzadilla.

Hoy me enteré que en ese triste país que es Colombia, mi país, organizan una marcha «multitudinaria» en contra de Hugo Chávez. Ayer los vi, muy dignos y representantes de su democracia, anunciando la marcha por la cadena Globovisión, que imagino es homóloga de R.C.N. La presentadora del programa, Claudia Gurizatti, extendía su hábil cuello de vil marioneta que enmascara y defiende todo cuanto no comprende, lo hacía esta vez promoviendo la marcha contra Hugo Rafael, como si supiera ella, como si entendiera ella, como si le importara a ella algo más allá al resonar de cobres en sus manos puercas.

Mi país me llega por microondas, por *e-mails*, vía internet.

A ver compatriotas, cuéntenme ¿por qué es que van a marchar esta vez?, ¿en apoyo con su presidente, al que eligieron y reeligieron para matarse y rematarse según su genio e intelecto? ¿Ustedes los colombianos que tan ocupados viven pendientes de la vida de los demás, van a sacar un par de horas para relucir su odio indigno por la calle Séptima, en señal de desacuerdo con el gobierno Bolivariano? No me digan. Pero claro, ¿cuándo en su perra vida han estado de acuerdo en algo?, no están de acuerdo ni con ustedes mismos, ni con su presidente, ni con los paramilitares, ni con los policías, ni con los celadores, ni con el león del circo,

ni con el sacerdote de la iglesia de los santos de los últimos días, ni con su mismísima madre, cómo van a estar de acuerdo con Chávez, si la sangre de ustedes es azul desde luego y desde siempre.

Mientras ustedes infames van y vienen, yo sigo por las calles en las tardes haciéndole el quite al sol y en las noches conversando con mi amigo búho, el Hermano Grimm.

Por fin ocurrió lo que tanto he anhelado; una de dos, o me volví loco, o aprendí a hablar la lengua de los animales.

—Caracas es como la vida ¿estás claro?—le digo.

—Así mismo es el mío— me responde.

Sigo sin saber si estoy subiendo o bajando, siento vértigo por los altos edificios que a veces, creo, se me quieren venir encima.

El ruido no cesa y el calor ya no me afecta tanto, lo único que me produce cierto miedo es creer que volveré a Colombia, con la intención de seguir escapando de ella, es el mío un destino sinvergüenza. Siento inminente mi temporal regreso, pues los días que tengo de estadía legal se están acabando. Me muerden los talones, me respiran en la nuca, no me pierden el paso.

Mi país triste le hace la guerra a este país alegre, porque a mi país triste le entristece más la alegría de los demás, así que gracias a mi país triste, todo trámite para colombianos residentes está congelado, las oficinas de mi consulado en Caracas, permanecen cerradas «indefinidamente». Así se burla desde la distancia mi país triste de mí.

Estoy muy cansado, estoy muy triste, llevo 26 años hablando y ya casi ni siquiera yo me escucho, ya casi me sabe a tedio mi propia voz, ni qué decir de las lecturas cuyas rutinas ajenas son seguramente imaginarias. Leer es detestable,

sin embargo yo siento que hay que leerlo todo, incluso los libros.

Las banderas del PSUV se agitan, arremolinan el deseo del pueblo de Bolívar, incansablemente repiten su baile, de norte a sur y de este a oeste, recordándonos a todos la importancia del proceso. El proceso es importantísimo, quienes sobran son los procesados, si es que se pueden llamar así. Muy mal hablan estos gusanos vestidos de rojo, por cuyas voces chorrea una alharaca política. Ellos no son el proceso, el proceso es otra cosa.

En las construcciones sobre la fatiga de estar vivo, el sol hace su trabajo, bullen en las calles los comentarios de gesta, la gente huele a guerra, suda en las pieles la posibilidad de pelear contra Colombia, los noticieros han hecho bien su trabajo, los colombianos residentes como ratones hablamos entre sí, buscamos una salida, nos enfrascamos en el tema fronterizo y en el partido a tomar. Yo me mantengo firme. A la hora de la pelea contra Colombia, espero tener un fusil con el cual poder defender la patria, defenderla digo llevarme por delante a cuanto patriota del ejército nacional de la república de Colombia, se me pase por el frente, por la mira.

Mientras no haya guerra, aquí bajo el abrazo del Caribe me ilusiono de paz, creo y sin ser *escuálido* que soy la resistencia, me resisto a la guerra, a la guerra le declaro la guerra, pues es lo que de la guerra aprendí. No podría levantar un arma de no ser contra mi testa, me arrepiento en esta línea en tanto, de las líneas anteriores, nunca estaré detrás de la línea, siempre al frente, como carne de cañón, y en el mejor de los casos espero que sea un metrallero la que me mate para que no quepa lugar a dudas, para que con los sesos

se me vuelen las ideas y los recuerdos, que matan de peor forma que la vida en el exilio. Esto es la tragedia: tener todos los elementos de la felicidad, pero con el impasse de haber nacido donde yo nací.

Hay tantas cosas que de Venezuela todavía no entiendo; el béisbol por ejemplo.

En la casa donde vivo, cansado de que lo corrieran a puntapiés, el perro de Yesenia, el que le regaló Alex después de una borrachera, decidió no regresar, salió de mañana conmigo hasta el metro, como si fuera a trabajar y no volvió, lo imagino con sus orejas agachadas y la cola meciendo en el viento el compás de la soledad, lo imagino bajando al metro, tomando en dirección Propatria, para bajarse en la estación Gato Negro y seguir camino a La Guaira, lo imagino solo, bajo el sol implacable, pobre Princesa, era el animal más esclavizado que he visto en mi vida, los niños de la casa, (Luisfer y Luiyimber) le pegaban, los mayores de la casa, (Yesenia y Alex) lo amarraban del cuello a una de las sillas viejas que hay en la sala, y como en un circo le gritaban hasta cansarse:

—¡Vente, Princesa!

Les parecía un acto maravilloso ver al animal salir corriendo y luego saltar hacia atrás con el lazo degollándolo.

Norma no le golpeaba, porque no puede moverse bien, apenas su boca se derrama en una constante hemorragia contra Chávez que no quiso darle apartamento a ella. A pesar que además de una cama que le regaló, la mandó a Cuba para que los médicos de allá la examinaran. Mi pobre perrita era una princesa con grilletes, ahora debe ir de camino al mar, no le tocó la herencia de don Fernando Vallejo.

Mirando los rascacielos de Caracas, pienso que deben estar cansados de sostener buitres, cansados de mirar la ciu-

dad, mirando los rascacielos de Caracas pienso que si yo fuera uno de ellos, me vendría abajo.

Ayer llovió con furia sobre la ciudad, y esta mañana las primeras criaturas del alba cantan agradeciendo al agua, no sé por qué no puedo dormir. Sí, sí sé por qué. Cómo no lo voy a saber, es decir, o como digo yo, si no lo sé yo quién más, nadie más, yo lo sé, no puedo dormir porque no tengo sueños, porque estar por aquí tan escapado y tan solo, recibiendo por terceras manos y terceras voces, el grito de Colombia, es una forma de pesadilla, por eso no sueño, por la fatiga que me genera despertar, no quiero dormir, contradigo a Rafael Pombo que cuando era secretario de la embajada de Colombia en Nueva York, hablaba sobre el sueño como único placer del ser humano que tiene que cargar con la vida, ¡mentira!, chupucero Pombo que tanto me agradas, dormir es malo, muy malo, porque uno sueña y se despierta como un niño chiquito, buscando el juguete con que soñó, pero resulta que no, no señor, ni es niño ni hay juguete, no me gusta dormir y punto.

¿Será que Silva se la pasaba durmiendo cuando vivía aquí en Caracas?, él, que también y como poeta que se respete, trabajó para la diplomacia de su país. No creo, Silva no era un soñador y Pombo sí, Silva estaba pendiente de sobrevivir, de tener para mandarle a su madre dinero, Silva era poeta no tanto por los versos que escribió, él vino aquí a desandar sus pasos, (labor si no poética, titánica, digna de una oda) pues según dice el señor Enrique Santos Molano, su biógrafo, por aquí por Caracas fue que entraron los antepasados de José Asunción, cuando fueron expulsados de Francia, ¡qué gloria la de la poesía colombiana!

No quiero dormir, no quiero regresar a mi país, no quiero escuchar más nada sobre política. Y de hecho, siendo ho-

nesto, ya no quiero estar más en Venezuela, que se publique o no un libro, no le cambia la vida a nadie y en últimas cambiarle la vida a alguien no vale la pena.

Todos en Colombia me preguntan: –¿Cómo va el proceso?, ¿cómo se vive el socialismo allá en Venezuela?, ¿qué dijo Chávez esta mañana?, ¿es verdad que acorazados rusos están haciendo maniobras militares en aguas venezolanas?– Yo no les respondo, que se respondan ellos, que vengan y miren, que no tiren piedra o flores sobre seguros y a mansalva, aquí los espera la ciudad del Libertador, y se van a llevar una sorpresa, porque si en el colegio aprendimos en una ronda infantil que *Simón Bolívar nació en Caracas en un potrero lleno de vacas*, aquí se van a dar cuenta que no, no señores, equivocación de nuevo, él nació en una casa lo más de bonita, con criada negra y todo, una casa que está cerquita de mí, en pleno centro, de solares grandes y grandes ventanales, con una puerta gigante, de madera, que a lo mejor lo vio entrar borracho más de una vez, y borracho digo de sueños, yo no hablo de Bolívar porque no lo conocí, lo que sí conozco es su casa, pero desde afuera, yo por allá no me meto, con esto de que los trámites legales para colombianos están cerrados gracias a nuestro presidente, mejor me hago el invisible no sea que me detengan y tenga que pagar las habas que se comió el burro Presidente.

La casa del Libertador es lo más de simpática, como una réplica de la quinta que tiene en Bogotá, solo que la de aquí está más cerca del centro, del ruido, y no está entre árboles como la de Santa fe.

–Mire, parcerero ¿y cómo está el proceso por allá?– me pregunta la muchachada que tanto quiero y tanto extraño, por

eso ahora desde aquí les contesto: fácil muchachos, un proceso es un proceso que se procede, con pasos ascendentes, dentro de un programa específico, siguiendo unas normas de sentido común. *Ídem* lo anterior.

Mi proceso es seguir vivo mientras vendo pan y hago un modesto sondeo de esta ciudad en donde la cultura se respira a la par con la basura, en cada esquina, en cada ápice, en cada átomo.

Hoy leí que en Buenos Aires condenan la inminente apertura de bases norteamericanas en Colombia, como si fuera novedad para nosotros los colombianos la intromisión, y como si lo fuera también para los bonaerenses que todavía tienen su pedazo de mierda inglesa en las Malvinas. *La ventaja de no pertenecer*. Ahora pienso que hay que tener cuidado de paso con Chile, que también condena nuestras bases en sus diarios, que tenga Chile los ojos bien abiertos, porque si pisa muy duro, de repente se parten los cráneos, de los muertos de su dictadura, que es donde está parada la economía chilena. De Perú ni hablar, pues el señor García, muy gentil hombre de provincia (?), se lava las manos y queda bien con todos, Alan, cuidado con abrir muy duro la boca, porque ustedes están levantando cabeza gracias al genocidio contra Sendero Luminoso por manos del ingeniero Alberto Fujimori, peruanos anos, anos.

Todo el mundo condena, todos en el mundo se consideran jueces con la verdad absoluta, papanatas, mentirosos, cubileteros, desarrapados. Colombia se merece todas las bases que quiera, para que puedan seguir desde Estados Unidos garantizando nuestra bandera y soberanía: el amarillo sinónimo de oro, el azul de los dos mares que

no tienen ya flota mercante porque la vendieron a la armada ecuatoriana, porque desaparecieron el billete que había quedado en las cuentas de bancos norteamericanos, y el rojo, sangre que seguirá imperando sobre ese triste país que es Colombia. Necesitamos no solo 7 bases, sino muchas más, más bases que garanticen la democracia y sustenten la seguridad presidencial la cual bastante les venden a los turistas europeos, quienes cada tanto viajan en busca de drogas y putas a mi tierra, para soportar repletos de químicos y carnes el peso de sus vacuas existencias, financiados desde luego por sus gobiernos escandinavos, que se sostienen a su vez con el dinero de las armas que producen y reparten por el mundo.

Que abran bases está bien, no se les ocurra abrir una editorial de libros baratos, que además de todo no les publique a los poetas de siempre, como es siempre allá, sino también a los poetas del pueblo, ni mucho menos una *Villa del Cine*, porque de pronto le hacen el quite a los gringos, y les quiebran Hollywood, como pudieron hacer en 1897 cuando unos italianos llevaron la máquina filmadora a Antioquia, e incitaron a filmar *La María*, legándonos de paso el lastre vergonzoso de ser el primer país de todo el continente americano, desde Alaska hasta Ushuaia, en el que se hizo cine, y que es ahora uno de los que menos produce películas, pues a los productores sólo les interesan las cintas, si con ellas pueden lavar dinero del narcotráfico, por supuesto haciendo apologías al delito, protagonizadas por voluptuosas modelos, de formación y procedencia dudosa, como los capitales con que se financia el cine de mi triste país. No, no, no, bases militares es lo que necesitamos, necesitamos donde poner los pies, porque como

todos saben, Colombia es el único país del mundo donde la gente tiene casas en el aire, *voy a hacerte una casa en el aire, solamente pa' que vivas tú...* y ya es hora de poner los pies sobre la tierra, ya es hora de que nos acomoden la estrella 51 que no han querido darle a Puerto Rico ni a Panamá o a sus otras colonias, aprovechando el afianzamiento de la derecha en Honduras. A mí que me digan no más dónde hay que ir a marchar a favor de las bases y de una nueva reelección y ahí estaré desde primeras horas de la mañana haciendo patria.

Holgazanes colombianos a quienes nada les interesa, que viven armando cigarrillos de marihuana, ahora en una alucinación del tetracannabinol les dio por marchar de nuevo, infelices criticones, poca cosa, marchen al compás de las campanas del führer.

Yo mientras tanto sigo escapando de Colombia y sus marchas fratricidas, y como el sol voy dibujando sombras. Sigo mis pasos, salgo del metro presentándole excusas al poeta Juan Calzadilla, pues una vez leído su libro, en el viaje de regreso a Hamelin, espanto el calor, abanicándome el sudor con *Noticias del Alud* y cantando como canto siempre, con mala voz y sin saber por qué, aunque siempre sé, esta melodía que otrora cantábamos en ese país triste, y que compusieron en este país alegre unos Fantasmas del Caribe: *Por una lágrima de amor de amor fingido, dio la razón, porque he perdido, ya tantas veces tus mentiras he perdonado, que ya de ti, yo estoy cansado, más de una vez, me has engañado, mas tú me dices que eso no es ningún pecado, qué voy a hacer, qué voy a hacer con tal descaro.*

CARACAOS IX

*Más que **por algo**, se viaja **contra algo**. Contra el espectáculo de la estupidez o de la perversidad o de la deslealtad humana, cuyos actores –bajo las máscaras más diversas– son a menudo las gentes que más hemos querido o admirado o en quienes más hemos confiado.*

Sorprende descubrir el laberinto de rencores y envidias y procelosas leyendas que se ha formado a nuestro alrededor en pocos años de lucha o de trabajo. Nada más frágil que esta gloria negra que nos sostenía.

Cree uno que si se queda, va a estallar, a volar en pedazos. Es más probable que se disuelva sordamente.

*Viaja uno para cambiar de condición o para recuperar una condición feliz, perdida **in illo tempore**. Dicho con exactitud, **siempre viajamos hacia el paraíso**.*

Jorge Gaitán Durán

–Buenos días, les habla el capitán Andrés Cantillo, ahora pueden desabrocharse los cinturones de seguridad, acabamos de entrar a territorio colombiano, en breves momentos la tripulación pasará por sus asientos ofreciendo un servicio de bebidas. Por la ventana derecha del avión pueden observar, el paisaje las montañas que sobrevolamos son la Sierra nevada de Santa Marta, territorio colombiano.

Y entonces una hemorragia de lágrimas se me vino al rostro, sin presentar excusas ni pedir permiso, mientras por mi mente Carlos Vives repetía asonante: *como la luna que alumbraba por las noches los caminos, como las hojas al viento, como el sol espanta el frío, así espero tu regreso a la tierra del*

olvido. Él, Carlos, quien el 31 de diciembre del año pasado hacía saltar de alegría al pueblo hondureño en Tegucigalpa, quien hacía corear al presidente Manuel Zelaya y a toda su familia, con esa música de mi tierra, que ahora sobrevuelo. Suena de nuevo en mi mente Como la luna que alumbra, por las noches los caminos, como las hojas al viento, como el sol espanta al frío, como las hojas al viento, como el mar espera el río, así espero tu regreso, a la tierra del olvido.

Vuelvo, es lo que fui a hacer a Venezuela, volver. Pienso en qué le contestaré a mi papá cuando me lo pregunte. Seguro tendrá mucha curiosidad por saber qué más había en Venezuela, fuera de cárceles sin comida y con garrote, fuera de humillantes paseos por un pueblo desconocido, que para tranquilidad del viejo, ya se habrá perdido a fuerza de vejez en su memoria.

Esta música colombiana hace daño, es tan dolorosamente nuestra, que no se puede negar ni olvidar. Aquí voy conmovido leyendo: *Agencia de viajes Suevia ESQ. Caracas, edf. Doral Caracas local 3 La Candelaria, Copa Airlines CM 637 reserva confirmada I ECONOMICO, salida 06:12 minutos de la mañana aeropuerto internacional Simón Bolívar de Maiquetía.*

Por fin cobré en la panadería Vanluc el sueldo atrasado, 1.400 bolívares fuertes y un sánduche que me preparó el propio jefe –para el camino– según dijo. Con el dinero compré mi pasaje al más allá, a Colombia, la tierra donde le dio al destino por hacerme nacer y regresar una y otra vez.

El miedo y la emoción me embargan, llevo ya varios meses en Caracas, sin despegarme de Colombia, sin dejar de revisar sus diarios, sus noticias, sus muertos, sus partos, sus cultivos, sus guerrillas, sus paramilitares, sus dolores que se

suman a los míos, ya son meses sin dejar de llorar por ese país que condena a mis hermanos a salir de él, y lo peor, sin querer alejarme.

Con el dinero que tengo he comprado muchos libros, sobre Chávez, sobre el Che, sobre Bolívar, sobre Simón Rodríguez, libros de poesía, de política, de cocina, de música, libros y más libros, con libros llegué a Caracas, y con libros salgo de ella. Esperando regresar pronto, en menos de una semana según mis cuentas.

Canta Carlos Vives en mi cabeza, hace un eco estridente y precioso Egidio Cuadrado y su acordeón en mi alma, reverbera en el boing CM 637 la gaita de Mayté Montero, suena mi música silenciosa, en tanto pienso en las palabras de mi amiga Claudia Barroeta, sobre la tristeza de nosotros los colombianos, y sí, tienes razón Claudia, vamos tristes cargando en la mirada por Madrid y Marrakech, por Oslo y Cincinnati, por Salta y Melbourne, por Ginebra y Trujillo, eternamente la tristeza por salir de nuestra tierra, y además sí, como decías; es bonito ese país, este que ahora sobrevuelo.

Bajo del boeing en el aeropuerto Rafael Núñez de Cartagena, y mientras cambio de un avión a otro, hago tres llamadas, la primera no sé a quién y las otras dos tampoco. No tengo a quien llamar, no quiero que nadie sepa que volví, siento vergüenza de volver y miedo, el viento que viene de las murallas, de la ciudad histórica me roza la cara, y se pierde entre las olas que cruzando la calle van y vienen eternamente, como si fueran noticias de la muerte.

En pocos minutos abordaré de nuevo un avión y apenas una hora me separa de Bogotá, mi ciudad, mi amor, mi odio, mis amigos y mis muertos, mis calles que parecen vacías pero que están completamente llenas de cadáveres y recuerdos.

Vuelvo, la velocidad del avión se le queda corta a la de mi corazón.

La migración de mi país que tan efectiva es indaga con sus rayos X en mis maletas y me detienen por media hora, intentando darse explicación al por qué de mi equipaje, no les cabe en la cabeza que alguien pueda venir desde otro país cargando con una maleta llena de libros, revisan uno por uno: *Plan Revolucionario de lectura, Los ideales perdidos, Chávez y el mundo árabe, Piratas del Caribe, Operación Fascista Sobre Venezuela, El Terrorismo de Estado en Colombia, La Revolución Bolivariana, Reflexiones Sobre el Poder Popular, Los Movimientos Sociales del Siglo XXI, Chiapas Planeta Tierra, Equinoccial, Poesía Palestina de Combate, Odas y Fragmentos, Poesía Ignorada y Olvidada, Fabla Salvaje, Poéticas*, un sinfín de títulos pasan por los ojos incrédulos de la policía quien no atina a preguntar, me piden la factura, la muestro, preguntan cuántos pesos son al cambio 400 bolívares, creen que traigo contrabando, que me voy a hacer rico con esos libros, que pienso hacer una librería con ellos, o algo así, se les sale del entendimiento que solo 80 mil pesos sea lo que me costaron los títulos, no pueden creerme, qué van a creer ellos nada, si en Colombia solo se publican pasquines y pastiches.

Presento mis documentos en orden, indagan mi procedencia, el tiempo que pienso permanecer en mi país, el tiempo que permanecí en Venezuela, mi profesión, mi trabajo, mis pasatiempos, el color de mi ropa interior y el de mi bandera, el nombre de mi última novia, mi tipo de sangre:

–Abra la boca y diga AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA – me dice el policía.

–¡JUEPUTAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
AAAAA! –le respondo.

Como constatan los peritos de la policía que no traigo la gripe AH1 ni nada peligroso a sus ojos, después de una interminable espera me dejan seguir, con mi maleta desbaratada, con mis libros esparciéndose por los pasillos del aeropuerto, con mi ropa interior colgando de mi cabeza y medio sánduche en el bolsillo, avanzo entre turistas rubios que vienen por mujeres negras y vendedores ambulantes, para por fin abordar un nuevo avión.

Los rayos X de la policía de mi país no saben leer *ídem* quienes los operan, por tanto no entienden que no son contrabando mis libros sino armas poderosas, demasiado poderosas, pero como ni los rayos ni ellos saben leer, paso de largo ante sus ojos incrédulos, ignorantes y rabiosos.

El avión se adentra en el cielo, dándole la espalda al sol de la costa colombiana, aquí voy, entro, regreso, vuelvo, retorno, montañas verdes, sembradas de guerrillas, árboles, marihuana, frío, más montañas, piso el pedal de mis deseos, le atizo carbón al motor del aeroplano, y por fin allá abajo, ¡Bogotá!, y entonces vista desde aquí bogotacita mi amor, niña ausente de mí, nenita de mi corazón, pedacito sucio de mi alma sucia, infierno y pasado, cuna de todos mis amigos y sus correspondientes éxodos, tengo algo que decirte, aguza tus oídos chiquilla: desde arriba no te ves tan grande, triple hijueputa.

Frío y más frío, en el alma y en el rostro, Bogotá tiene frío y yo traigo un sol rojo en mi piel, el sol de los días vividos en Caracas, de los minutos tostando mi corazón al vaivén del socialismo.

En la avenida El Dorado tomo un transporte y subo, de camino al centro, donde fríos están *ídem*, esperando frescos

mis recuerdos, mis amigos, mis hermanos, mi pasado. Y el mismo ambiente de ciudad bombardeada que dejé cuando salí meses atrás. Pareciera que en Bogotá el tiempo o se detiene, o se repite caprichosamente.

La ciudad no ha cambiado, sigue igual, cayéndose sobre sí misma, inconsciente de que al caerse ella, se cae con nosotros, nos sepulta, pues ella y nosotros, ella y yo, dejamos de ser los mismos, en el ir y venir del tiempo, que no perdona, nos volvemos el mismo cadáver.

Qué calorcito tan agradable me produce este frío, qué clima tan parecido a mi alma, este de niebla y lluvia que me empapa las pupilas.

Ya cerca de mi casa, bajo del transporte y tomo otro, me puede la paranoia. De acuerdo a como están las cosas en mi país, mis libros son un atentado contra la buena moral de Colombia. Luego a unos 10 minutos de mi destino, repito la rutina, tomo un taxi, mientras pienso uno a uno en los lugares que quiero visitar, en mis lugares, traigo en mi mente la mar de respuestas para contestar lo que todos quieren saber aquí: cómo va el proceso en Venezuela. Les responderé con libros de la editorial El Perro y la Rana que compré por menos de lo que en Colombia cuesta un pasaje de bus. Les responderé con la música que traigo de los llanos venezolanos, les responderé con panes y poemas, con nombres de calles y fotos que hice de cuanta esquina llamó mi atención, de todos los recodos históricos de Caracas, ciudad de milagros heroicos. Que ahora mismo extraño y añoro.

Me recibe Bogotá imbuida en su silencio, en su mutismo, y yo vengo con un lampo de vida, que no pienso dejarme quitar.

El transporte cruza por uno de los siete colegios donde tuve la desdicha de estudiar ¿ cómo pueden decir los papás

de uno que lo quieren y abandonarlo a su suerte, en estas prisiones que son los colegios?, ¿de dónde sacan que uno aprende algo apilado entre mocosos mal bañados, profesores cuyo afán por el conocimiento se truncó en las clases que les cancelaron los paros universitarios y a fin de cuentas todo un sistema educativo que cuando no nos enseña las cosas al revés no nos enseña nada?, el colegio es lo más parecido a una prisión que he vivido. Pero bueno, el tema es Bogotá y la novedad es que hay taponamientos de calles, hay construcciones en el piso, y que ya la guerra no se respira aquí, por fin la propaganda político militar, inculcó en mi pueblo la resignación y los últimos miligramos que le quedaban de olvido a la jeringa, al colmillo del lobo.

Una vuelta a la derecha, luego cuatro cuadras en subida, mi barrio en el piso, *ídem* Bogotá. Y los muchachos en las esquinas como la canción de Charly «pegan papeles» buscando alucinar para viajar al menos en sueños lejos de un país que se les cae en sus manos impotentes, en sus manos que de no ser para sostener drogas o armas, poco sirven. Colombia vive drogada.

En el parque de mi barrio juegan fútbol, a pesar que esta gente nunca aprenderá a hacerlo, siempre en Bogotá, así mismo como llueve, con un balón, con una lata, con un papel doblado o con una canica, alguien bajo la lluvia está jugando fútbol, fútbol entre lluvia y mierda, esto es Bogotá.

Un giro más a la derecha, abro la puerta del taxi, estoy frente a mi casa, con una maleta que pesa más que yo, y el mismo medio sánduche hecho vinagre en mi bolsillo; le he dado la vuelta a mi mundo para regresar una vez más al mismo punto. Toco pausadamente, le estiro unos billetes al conductor, él cierra su puerta y se aleja, mi padre abre la

suya y sonrío sin risa, mamá llora sin lágrimas, Toto ladra con ganas, los segundos uno a uno, de los días vividos en Venezuela pasan por mi mente al ver el rostro viejo que tiene mi casa, vengo de la tierra del Libertador, donde la vida no es la farsa que nos han hecho creer y vivir en Colombia es una farsa de otro color, traigo a mis espaldas el sol rojo del socialismo que sale por Petare y se esconde por La Guaira, y en mi mente, músculo de fisicoculturista, los poemas de los días pasados corren raudos en espera de una palabra que no puedo pronunciar.

Sé que no pasaré mucho tiempo en Bogotá, sé que venir a mi país es para traer flores frescas a las tumbas de los vivos, estoy consciente de mi regreso, de mi afán por escapar de la tierra insana.

Mirando a mi papá la vida se congela en el color de su pupila, y de paso la vida mía vuelve a cobrar fuerza, nuestro silencio no será más cómplice, somos libres, él en su espera; yo, en mi viaje y mi regreso.

A Venezuela viajé cumpliendo un sueño suyo, el de la poesía, el del retorno, y a Venezuela regresaré escapando de la pesadilla colombiana para plantar entre panaderías de portugueses, puentes repletos de libros y discos, autopistas multicolores, callejones, galerías, museos, edificaciones, perros, búhos, banderas del PSUV, que ondean la canción del único pueblo libre de Sur América, el poema de la vida, el mío, el nuestro, el censo de mi viaje. Seguiré escapando de este país al que sin querer regreso.

—¿Y qué hizo por allá, hijo? —pregunta mi papá.

—Lo que pude —le respondo, con toda la sinceridad de que soy capaz, y tras nosotros como una palada de tierra, como una vuelta de mundo, como un campanazo que anuncia un

nuevo comienzo, sonora, reverberante, lapidaria, se cierra la puerta de mi casa.

CARACAOS X

Sin tregua como las nubes

Gustavo Pereira

el regreso para morir es grande

Jorge Gaitán Durán

–¡Épale escuálido! –me grita Grimm que viene colgado del ala de este boing, en el que voy, en el que vengo de regreso.

–Abre cancha bruja –le respondo al mejor estilo de un malandro caraqueño y con gran alegría de verlo.

Alegría digo por decir, como contesta uno «bien» cuando le preguntan «cómo está»; alegría digo por reflejo. Hace unos años que vengo sintiendo un vacío, yo no sé si caí en el abismo y estoy anestesiado del trancazo que me di, o si más bien el vértigo de la caída me tiene medio tonto. Alegría digo por evitarme las explicaciones sobre el estado de ánimo.

Hace días que no abro los ojos, debe ser que la caída me los tiene cerrados. Voy y vengo, ahora por Venezuela otrora por Ecuador y siempre por Colombia, de súbito cada esquina es una esquina de Bogotá, y cualquier sombra se me

trunca en una sombra de mi barrio, de repente cualquier gente es gente que ya no está, de momento no distingo el día de la noche y así mismo la realidad de lo soñado. Siento en el vientre un conteo regresivo. Es como si de tanto caminar, y de tanto moverme no hubiera logrado llegar a ningún lado, mejor me hubiera evitado el paseo, dando por entendido desde el principio lo infructuoso del movimiento.

Miro a mi búho y nada más quisiera yo que volar, pero como él, a sus anchas, no como este tonto avión que se precipita avante por los aires. Solo la caída nos espera, el piloto –Nelson Escobar– le llama aterrizaje; pero es caída, el piloto como el resto de la gente es un eufemista, esperanzado, que se engaña, que le tiene más miedo a la verdad, vamos cayendo es lo que pienso.

Salen con furia los aeroplanos persiguiendo las nubes, adentrándose en la nada, es un heroísmo siniestro el de las latas que conduce el hombre, me voy de nuevo de Colombia, pienso en tanto siento que lo único que me impulsa es el regreso, también yo, ilusorio y humano como los aviones y sus pilotos, voy persiguiendo sombras, nubes que se mueven, que no se pueden tocar, nubes como algodones de azúcar que no se deshacen en las manos o la boca sino en la mirada. Aquí voy yo, de nuevo entre la noche, a la noche regreso, y entre la bruma que devora sentimientos voy rompiendo mi pasado mientras atravieso el cielo.

Nacer para regresar a la muerte no tiene sentido, nacer no tiene sentido, si es para morir que nacemos, la vida es una risotada de algún dios enfermo.

Me adhiero con fuerza a la silla de este avión, por miedo a caerme de la silla al pasillo y no del aire a la tierra, sostengo en mi mano una copa de vino Gato Blanco que la azafata con

poca cordialidad ha dejado sobre mi mesa, a la maldita se le olvida que yo pago su sueldo. Abajo luces (de no sé dónde, pero además no me importa), centellean, como una llamada más del vacío, como clave Morse de la nada, de la muerte.

Sí, pienso y de nada sirve, vivo y no sirve de nada, pienso qué será lo que hace uno con la vida: lo que puede, eso hace, se le va en abrir los ojos y cerrarlos para siempre, mañana sin ir muy lejos estaré vagando por las calles de Caracas, con mi caos y mis preguntas, mientras ahora voy codeándome con las estrellas en el cielo que son las mismas centellas de silencio desde un lado opuesto, los mismos llamados que desde las montañas nos hace la nada, la muerte.

Aquí voy en vuelo nocturno despeinando sombras en procura del regreso, ni bien llego a Caracas y ya necesito devolverme; es una atracción grande la de la tumba, la de Bogotá la inmundada. Una luz, dos luces, tres luces, diez luces, mil luces, incontables destellos a lo lejos, un sistema braille para las pupilas, es la ciudad, la otra, la nueva, Caracas, dominio de Guaicaipuro, ciudad por cuyas calles como en la canción: *la compasión ya no aparece*, ciudad laberinto al que regreso, vuelvo a Caracas, a resquebrajarme el oído entre ofensas escuálidas y defensas chavistas. Vuelvo esta vez a trabajar en una editorial, cambio panes por poemas, ¿mal cambio?, siempre me precié de buen negociante, espero que esta sea de nuevo la ocasión.

Llevo el paso infinito del caminante, yo nací en una tierra lejos de aquí...

Mi búho contempla sus dominios, abrigado con su abrigo de plumas hermoso e imponente, está más allá de todo esto, del bien y del mal, de la vida, de la nada y de la muerte, me

mira burlón y alza el vuelo sobre la noche que solo a él le pertenece.

–Please, celulares turn off. Welcome to international airport of Maiquetía Venezuela, dice la azafata colombiana con un pésimo acento del idioma inglés, mientras aterrizamos para más señas, y el vacío fortuito me entra por el estómago al corazón y por el corazón al alma.

El mar Caribe aguarda bajo mis pies, con su rumor de muerte, con sus aguas ajadas por los barcos petroleros, con su ir y venir eterno, que no es ninguno, puesto que siempre regresa, y solo quien siempre regresa, como yo, es quien nunca se va.

CARACAOS XI

*Abora me encuentro aquí en mi soledad
pensando qué de mi vida será
no tengo sitio dónde regresar
y tampoco a nadie quiero ocupar.
Si el destino me vuelve a traicionar
te juro que no puedo fracasar
estoy cansado de tanto esperar
y estoy seguro que mi suerte cambiará
y ¿cuándo será?*

Héctor Lavoe

Dando tumbos, pues así avanzan los barcos entre oleajes, o las dunas en el desierto entre ventarrón y ventarrón,

golpeando puertas, que es como sangran las manos y las narices, cavando pozos que es como se cava la propia tumba, caminando que es como *se aprende la vida*, al decir de mi maestro Rubén Blades, sobando que es como se pela, con buena cara en mal tiempo que es como se le arruga a uno la frente, escupiendo al cielo, que es como se ven los pájaros, con la boca abierta viendo a ver si sí *homo capit muscas*, con los ojos abiertos desde medianoche para saber que no amanece más temprano, a dios rezando y con el mazo dando, como pez que muere por su boca, pero siendo salmón en el río Guaire, andando entre la miel y con el sudor pegado al cuerpo por la constante ausencia del agua, caminando entre lobos que es como se aúlla a la luna, juntando el pan con las ganas de comer, cambiando el costal para cambiar la harina, y como donde menos se piensa salta la liebre, ladrando y mordiendo, sin ser *El Renacuajo Paseador* de Rafael Pombo, llegué a trabajar en el Perro y la Rana, editorial de Ministerio del Poder Popular para la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela; es decir, sí; cambié panes por poemas, y como desconozco de ecuaciones, poco sé acerca de lo que será, bastante desconozco qué tan buen negocio es esto.

Aquí estoy, instalado en el piso 21 de este edificio que visité con un supuesto libro que traigo desde Colombia, libro que todavía no termino, porque los libros se escriben en vida y algo de vivo hay en mí; por eso los libros que uno escribe vivo sólo se terminan con la muerte, pues los libros son otra mano que le sale al manco, otro pelo que le nace al calvo, otra pata que le sale al cojo, así que aquí estoy con mi libro en una carpeta, escribiendo en esta editorial, desde los pisos altos donde los edificios de Caracas se ven con más claridad con más imponencia, y desde donde presumo,

viven con mayor fuerza su deseo de lanzarse sobre el primer cristiano que les cruce por su vera.

Aquí llegué porque como dice Fernando González en las *Cartas a Estanislao: dizque le prometió ministerios*; así mismo el poeta Orlando Pichardo, me había prometido un empleo en Caracas con la editorial de unos amigos suyos, (William Osuna y Miguel Márquez) mis nuevos jefes, venezolanos eso sí de pura cepa, no como todos los anteriores, portugueses de cepa extraña.

Tengo una nueva oficina, con grandes ventanales que son a la vez mis ojos abiertos para ver Caracas, con otros ojos, con los mismos, con los míos, fértil tierra esta para parir edificios y carros, casas, calles, pasajes, callejones, galerías y toda una amalgama de edificaciones humanas, y por humanas pasajeras, imponentes, deleznable, oscuras y estorbosas.

La oficina está en el piso 21, como creo que ya había dicho antes, la componen 3 corredores extensos, en los cuales se divide la parte administrativa, el ala de diseño, y por último en el fondo, el espacio donde estamos los lectores y editores, más conocido aquí como «barrio chino». Este es el calificativo despectivo con que bautizan esta parte de la oficina, pues en ella conviven estudiantes de Letras de la Universidad Central, filósofos de la misma, y los típicos tirapiedras que entre consigna y consigna, afianzan al paso de los días su puesto en la editorial. Preferiblemente visten camisas rojas, con prendedores e imágenes del comandante, y pasan tarareando canciones de Alí Primera de camino a la cocina, donde por suerte siempre hay café y agüita aromática.

Mi primera tarea aquí es leer, me pagarán por leer, yo que nunca leo, ahora recibiré dinero por hacerlo, en mis manos

reposa *Nostalgia de la calle larga*, una novela de más de 400 páginas.

A mi cargo está la lectura de manuscritos, la evaluación de los mismos y los pertinentes informes de lectura que tendré que entregar con cada libro leído. Respiro hondo, apuro un café y leo. Haber llegado aquí, se me hace la gran maravilla, todos los escritores que desfilan por mi mesa, son gente como yo: gente desconocida, caballeros de a pie, quienes viene con su libro debajo del brazo. Novelas, poemarios, crónicas, obras teatrales, cuentos y hasta libros de gastronomía pasan a diario por mis manos, es otra suerte de pan fresco, esta vez sin tantas cucarachas.

Ahora pienso en mi jefe de la panadería, extraño un poco mi antiguo empleo, pero definitivamente aquí estoy mejor, desde aquí podré terminar alguno de los supuestos libros que traigo entre pecho y espalda y a lo mejor publicarlo.

Así que no más panes por ahora, nostalgia de la harina y la levadura, del horno calcinante bajo el sol abrazador de Caracas, nostalgia de los días de barrer cucarachas, de sobre el aliño del pan, nostalgia de los platos lavados, de los platos comidos, de los platos sucios, de los platos rotos y ahora como siempre un nuevo comienzo.

Una página, dos páginas, cien páginas, uno y otro libro que se va sumando al caos de mi mente y que desde el fondo empieza a hablarme, como si en ella pudieran los personajes de ficción tomar vida haciendo parte de la mía. Y ahora viendo de nuevo la ciudad desde estas alturas, pienso que sería de veras fácil, realmente digno dejarme caer, como una hoja que se desprende del libro, como una lágrima que en mala hora se le sale a uno de los ojos, dejarme caer, pues visto está que todo esto se repite con una exactitud abstrac-

ta, se repite el tedio y el desasosiego, la vida es una rueda que no rueda, que se mantiene detenida alucinándonos con un movimiento que no existe. Pienso mientras el sol se ahoga en el mar, pienso desde mi casa donde no hay espejos, pienso en una quinta de *la*, pienso como era la vieja usanza de la gente como yo: nada que termina mi caos por la ciudad del Libertador, ahora todo parece más fácil; ahora solo estoy intentando ser libre yo.

Mis compañeros del Perro y la Rana me miran con curiosidad, son amables, saludan, me ofrecen café y cigarrillos, juegan ajedrez, sonríen; esta oficina la comparto con 120 personas, es un pequeño manicomio según me ha dicho José de Queniquea, el primero en acercarse a hablarme, un muchacho risueño, que expresa en su alegría una inefable nostalgia y que transpira de paso un humor álgido, salpica-do de sarcasmo y ternura.

Me contó en días pasados que al igual que a mí le gusta mucho Tom Waits, y me invitó de paso a conocer su casa en El Valle. Ahora nos hemos vuelto buenos amigos, José está encargado de los libros de filosofía y a lo mejor por eso siempre está buscando hacer un chiste de cualquier cosa, siempre está saltando como un colibrí por sobre los escritorios de todos nosotros, esculcando papeles, interpretando personajes y viendo a través de la comedia un caos inagotable.

Pienso desde aquí como pensaba desde abajo; es decir, pienso cómodamente, mirando la ciudad hombro a hombro, cara a cara. Los días pasan con una rapidez abrumadora; ¿me hago viejo?, ¿será confianza en el destino?, ¿resignación?, vaya usted a saber. Yo no lo sé.

Un par de semanas han pasado, y con ellas la primera quincena, que no puedo cobrar, pues no puedo hacer aún

trámite alguno gracias a mi presidente, que cuando abre el hocico, lo hace con la panza llena y se le olvida que en el país de Correa y en el de Chávez, y en muchos otros, hay conmigo millones de compatriotas abriéndonos paso a brazo, a la atrabancada, a hijueputazo limpio. Gracias, presidente, por dejarme sin almuerzo todos estos días, ven y págale a Yeseña la dueña de la casa el alquiler de mi habitación con tus 7 o 70 podridas bases que ahora quieres inaugurar.

Pienso mientras mis compañeros recién cobran y bajan a las galerías subterráneas a uno de los sótanos de estas torres, donde el dinero que sale de El Perro y la Rana, es entregado en la tasca El Caballo, a cambio de cerveza, para el grupo Cisneros, que son quienes manejan la economía de este país y además son los que al discurso rojo le remojan amable amarilla, con la que todo discurso comunista comulga con la bebida reaccionaria.

Sin petróleo y sin cerveza, Venezuela no se movería, pues sin petróleo no tendría dinero para pagar la cerveza, que es de paso la gasolina del baile que a diario protagonizan mis semejantes.

Mis compañeros hacen de esta oficina una jungla de ideas, de políticas, casi todas ellas rojas, casi todas ellas étlicas. Y abajo la calle, y con la calle el ruido que sube hasta este piso 21, que sube hasta el cielo y que le obliga a Dios a usar tapones en los oídos, pues el caos de Caracas no tiene límite de volumen. Y ahora de regreso a casa tengo una pregunta como todas mis preguntas, tonta: dime niñita Caracas, ¿a qué te dedicabas cuando no había teléfonos celulares?, ¿vibrabas entonces chiquilla de cara sucia y grasosa, cuando no recibías la vida por mensajes de texto?, ¿el cuerpo te vibraba otrora, cuando no era la era digital?

Caracas, hagamos un minuto de silencio por ti, por mí, por los muertos de puente Llaguno, por los vivos de Petare, por los convalecientes del Hospital Vargas, por los médicos cubanos de los módulos de Barrio Adentro, por Reverón, por Montejo, por Alí Primera, por Servando y Florentino, o por quien quieras, pero hagamos aunque sea un minuto de silencio.

Silencio en la corte que el burro va a hablar; primero que hable más burro será.

Siento nostalgia, la Real Academia de la Lengua dice que nostalgia es: *(Del gr. νόστος, regreso, y -algia, dolor, pena).*

1. f. Pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos.

2. f. Tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida.

Y Wikipedia dice que nostalgia es: *un anhelo del pasado, a menudo idealizado y poco realista.*

La nostalgia es referida comúnmente no como una enfermedad ni un campo del estudio, sino como un sentimiento que cualquier persona normal puede tener. La nostalgia es el sufrimiento de pensar en algo que se ha tenido y que ahora ya no se tiene. La nostalgia se puede asociar a menudo con una memoria cariñosa de niñez, una persona, un cierto juego o un objeto personal estimado.

Mienten, chapuceros de la R.A.L. Mienten virtuales de google, nostalgia es: machetazo que el tiempo da en la nuca. No es la nostalgia producto del pasado, es producto de un futuro incierto, llano, vacuo, abismal, próximo, inminente, desastroso hacia el cual nos apresuramos, ya sin tiempo de mirar en el pasado.

Pienso en la nostalgia, porque antes escribía yo estas líneas en s ervilletas de las panaderías donde trabajé y era entonces

todo más simple, a pesar que me dolieran las yemas de tanto fuego en los dedos; en cambio aquí todo es confuso, de leer y leer gente como la que leo a diario, me ha dado por tomarle asco a la literatura y miedo a las hojas, qué falta de respeto la de esta raza que escribe, ¿se han preguntado acaso cuánto le cuesta a la naturaleza producir una hoja? Seguro que no se lo han preguntado y por eso vienen con sus letras a encochar el papel, que ya pronto con el agua se nos va a acabar. Tengo una cosa que decirles, señores escritores, y no la digo yo, la dice Vicente Huidobro: *silencio, la tierra va a dar a luz un árbol*. Y una cosa más que sí la digo yo: silencio en Caracas que el burro va a hablar, el primero que hable más burro será.

El Perro, la Rana, el Caballo, los Cisneros, los Leones del Caracas, el pato y la guacharaca, los días pasan, sigo pensando, pienso tanto que termino pensando que ya no pienso en nada nuevo, que solo le doy vueltas a una misma cosa, o más bien hago que una sola se vuelvan mil cosas distintas. Le doy la vuelta a los días, a las noches, a los soles y las lunas, a las estrellas del cielo y a las de Venevision, y así bajo el sol o la luna, bajo las estrellas del cielo o las virtuales de los Cisneros, pienso a mis anchas. ¿Por qué será que la gente no puede escribir como habla, y más bien escribe como lee? A lo mejor porque toda la literatura es a fin de cuentas una copia.

Hoy es sábado, día mágico, día enérgico, día enfático, día colérico, hoy quisiera abrir los ojos y estar en Bogotá. Hoy le ruego a estos altos edificios que se vengán abajo de una vez por todas, a ver si así me dejan ver un pedacito de cielo y a través del cielo ver a mi compañeros de colegio, verme a mí, haciendo planes de viaje cuando apenas éramos muchachos, planes musicales, cuando no teníamos siquiera con qué pagar un pasaje. Si el cielo se abriera un poquito entre estos edificios,

podría ver la niñez con claridad, el vestigio de la alegría que es lo que a fuerza de cinismo hoy por hoy me mantiene vivo.

Entre tanto medito y alucino, los pájaros compiten allá afuera para que el ruido de los autos y las voces de los hombres, que aunadas con las máquinas de los hombres y los timbres de los teléfonos de los hombres no les desvanezca el rumor de su canto. Lo anterior no es cierto, a los pájaros no les importan ni los autos, ni los teléfonos ni nada de lo humano. ¿No es verdad Hermano Grimm?

Hagamos un minuto de silencio por el silencio que antes fue, por el que ya no es, por el que no será jamás, silencio en Caracas que el burro va a hablar, el primero que hable más burro será.

Hoy sábado salgo a mirar a mis vecinos hacer deporte, es una disciplina bien extraña la que practica esta gente, hay conmigo otros vecinos haciendo buena cuenta de las actividades. Bien el deporte nacional es así: sobre un césped, miento, sobre un polvero horrible donde abundan los vidrios, las tapas de las bebidas y un tapete de colillas de cigarrillos, hay dos equipos de hombres rudos. De anchas espaldas, manos grandes, músculos sobresalientes y fuertes brazos que se exaltan más gracias a la muy pegada ropa con que se visten, la cual les forra hasta los huevos, haciendo ver más prominente la fuerza de ellos. Usan uniformes que parecen mallas de ballet, trajes para bailar tutú, ceñidos cual corpiño al cuerpo. Bueno estos hombres están muy pendientes de dos de ellos; uno que arroja una pelota a otro que sostiene un garrote, los demás parecen tener muchas ganas de correr, pero por alguna razón que no comprendo, andan evitándolo, escupen al piso y hacen monerías unos a otros con los dedos de las manos, están creo señalando el mal

estado de la grama. Debe ser por el mal estado de la misma que se deciden a no correr y terminan tomando cerveza Polar Ice y escupiendo al piso. Como si la consigna del deporte fuera: ¡Patria, Socialismo o muerte: beberemos!

Mis compañeros del Perro y la Rana solo practican la mitad del deporte nacional, es decir toman Ice, pero no sostienen garrotes, ni lanzan pelotas. También escupen sobre el piso y de cuando en cuando al ritmo de las cervezas, hacen muecas con sus cuerpos. Estas muecas yo distingo desde lejos como un baile.

Llegado el día 15 o 30 de un mes al cual ya le perdí la cuenta, bajan en desbandada hasta la tasca El Caballo, con el dinero del Perro y la Rana para seguir explotando de bolívares las cuentas de los Cisneros, de bolívares fuertes desde luego, al Libertador me lo dejan tranquilo. ¡Patria, socialismo o muerte: Venceremos!

Así es como se repite este zoológico humano, que no es nada lógico y sí bastante bárbaro, rudo, vulgar, una cadena dipsómana que empieza en el Perro y la Rana, de donde sale el billete socialista bolivariano y que es entregado en grandes sumas al gocho dueño del El Caballo, (gocho es como le dicen a la gente de ciertas partes de Venezuela, de donde por ejemplo es mi amigo José de Queniquea). Dinero viene y va, y termina donde debe terminar, en manos de los especuladores del petróleo, de los que redactan constituciones y decretan masacres, es decir y como lo dije en páginas anteriores, el pueblo es el mismo que le da a su enemigo el cuchillo, el que le sirve mil viandas y le ofrece el cuello. Aquí, en este caso que ahora protagonizo, el pueblo que se desangra de causas justas y justos reclamos sigue siendo explotado, pero de cebada, de alcohol, del rumor de la salsa que suena estri-

dente en las tascas, en los rincones de mi mente, así es como veo a mis nuevos compañeros de quincena en quincena, dando tumbos de góndola borracha, azotando paredes con sus testas duras, así es como veo a los primeros socialistas brindando con Solera verde, o con Polar Ice, brindando eso sí por «el proceso» y no el de Kafka, el proceso socialista de engrandecer las cuentas de los Cisneros con el dinero que le quitan al imperio, y yo canto quedo, desde el rinconcito de mi infancia, con lo poco que me queda de vida y lo mucho que ostento de muerto, con los pocos bolívares que guardo de mi antiguo trabajo en la panadería, con la mala voz que me acompaña y la nostalgia que no me abandona: Silencio en la corte que el burro y el perro y la rana y el caballo van a hablar, el primero que hable más burro será....

CARACAOS XII

Y de tanto sentir, solo me queda pensar.

Fernando Pessoa

...me he encontrado pues sin dinero en un lugar donde no hay relaciones con Bogotá y donde no tengo sino amigos de etiqueta.

José Asunción Silva

¿Qué pensaría Miranda de mí, y qué Taita Boves? y ¿qué Andrés Bello?, y ¿qué todos quienes a lo mejor como yo pa-

saron días enteros contemplando el Ávila?, pensando que el mundo sigue más allá de estas hermosas montañas, ¿qué pienso yo mismo de mí mismo, esta tarde en que el sol baña palacios y albañales, tumbas y mezquitas, blancos y negros? Hoy cuando el sol me encuentra dentro de esta iglesia haciéndole el quite a su caluroso abrazo, en tanto intento llenar con hostias de comunión las tripas del hambre.

Hace poco me enteré que Juliette Binoche escribe poemas, ni falta que hace. La belleza hace daño, lo sabía Elizabeth Bathory, lo supo Miranda, lo plasmó Michelena, lo corroboro yo. Por fin tengo un motivo para aprender la lengua francesa.

Como un barco abandonado en las orillas de un océano hostil, aguardo un nuevo viaje que a lo mejor no llegará, sigo vivo dando tumbos en espera del rumbo.

Qué hermosa es Caracas en este desconcierto a través del cual voy armando mi balada, qué hermosa ciudad de contrastes donde nada raro será que saliendo del metro en la estación Bellas Artes, me encuentre un día de estos a la poeta francesa que me desvela.

Yo vine a Venezuela buscando un puerto de partida y con cada día voy encontrando uno de regreso. Detrás de la ciudad estoy yo, apuntando los segundos para no olvidar, y es mi reloj un molino de tiempo.

El pez muere por la boca, medito, con el mar Caribe a unos cuantos kilómetros. Una soledad compartida me une irremediabilmente con la ciudad, y aún unidos nuestro silencio es grande. Cada día tengo menos por decirle.

Siento que algo grande se gesta en mis entrañas, ya no la música del violín que a veces hago sonar en las noches, sino más bien una lava que desde el fondo se apura por

consumir de una vez por todas el niño que soy, el que me acompaña, ojalá así sea, la niñez se me hace un estado insoportable y la vejez un estado deplorable, pues de tanto soportar eso que uno cree que le pertenece; está vivo, así la vida hace tiempo se haya ido.

Estoy cansado de mi voz y de mi silencio, de mi prolongada estancia en la tierra, estoy cansado de quejarme y de estar cansado, de no tener los huevos suficientes para ponerme un tiro en el corazón, o algún otro coctel, como el poeta de las sombras largas, mi paisano, como la poeta argentina amiga de Gaitán Durán, como el también argentino payador, como el comedor de magos Jattin, como la cultivadora de rosas Storni, como la colombiana María Mercedes, o como el otro colombiano, Vallejo, que hace años está muerto, como Ramos Sucre el que nadie entendió, como José María Arguedas, a quien sobrándole ríos profundos se pegó un tiro también; qué cobarde me siento.

Ojalá la vida fuera tan fácil como sentarse a escribir. Pienso en tanto quiero borrar de un tajo los últimos 3 o 4 o 5 meses, de un solo coñazo, de un machetazo. Y no los meses que narré aquí, hablo de los que no voy a contar, los que justo en esta línea me salto. Los que he vivido desde que entré a trabajar en El Perro y la Rana, en esta editorial desde la cual ahora escribo, intentando al escribir borrar el tiempo y apurar el paso.

Hoy es octubre 28, mañana cumplirá años mi amigo Camilo Cardona, allá en Colombia, aquí en mi recuerdo, y ahora pienso: ¿quién de todos esos muertos puede venir a decirme que sí estamos vivos?, ¿los muertos de ayer, los de mañana?, ¿o los muertos vivos que justo ahora están naciendo? Poca cosa, pequeña cosa, esta visión que llaman

vida, mar en cauce al mismo puerto, puerto de fantasmas esperando el turno, y yo con ellos, yo entre ellos, ellos parte de mí, uno solo, y si somos muertos, entonces somos ninguno.

La oscuridad o el sol me obligan, llagan mi carne si decido detenerme, aprieto los dientes y avanzo por esta ciudad, por este país que no es otro más que el mismo, el mío y uno diferente, avanzo por esta editorial, en la que ya ni leo, ahora solo pienso y de cuando en cuando pescando en el mar de la espera palabras que recuerdo, redacto mis días tristes en la ciudad libre, en caída libre, en la «pequeña Venecia», frases de barro, creadas por hombres de barro, hombres de polvo, de nada, hombres como yo, que cayendo vamos mirando al sol, transfigurándonos en realidad como decía el poeta: *Una sola sombra larga*.

Cada luz es otra sombra, espero, agitado el corazón y parca el alma, a que alguien esté sonriendo de verdad y a carcajadas, por esta amarga lágrima que a mí ni siquiera me sale, lágrimas suicidas, caudales que no ruedan, que caen hacia adentro, lágrimas que como río nacido en la montaña que es la pupila, deberían caer y así podrían lavar mi piel, ríos de lágrimas deberían correr ahora, para que limpiaran el pasado o al menos me empantanaran el rostro, lágrimas que exorcizan, lágrimas que sepultan, lágrimas pequeñas lunas, lágrimas cayendo como notas de piano, lágrimas del tiempo, lágrimas brujas, lágrimas reductoras, lágrimas que son pan para el alma, lágrimas que algo ayudan, vengan hijueputas lágrimas en mi auxilio, a esta hora en que sigo solo.

No puedo llorar, tan solo pienso, ya otros han llorado. Pareciera entonces que lo que lloro son pensamientos.

Tengo los zapatos rotos, y justo ahora empieza la temporada de lluvias, llueve entonces y mis pies dan cuenta del chubasco, y mis zapatos flotan ahora como canoas por la capital. Qué bueno es ver llover y salir a mojarse de vez en cuando.

Completo ya mis buenos meses trabajando para el Perro y la Rana, ladrando a la luna, y croando sobre los charcos de la ciudad, pues no he podido cobrar y es muy probable que no pueda hacerlo.

Mis jefes no dicen mucho al respecto, me prometen hacer algo, pero la velocidad de la ciudad tiene loco a todo el mundo, lo que debería hacerse en un día termina tomando varios meses. Todo el tiempo debo llenarme de una paciencia que me impacienta y me molesta, yo siempre he sentido que las cosas en la vidorria deben ser ya, tanto la vida como la muerte, pasar, como un chiflido, como una comenta a la que se le rompe la pita, pasar de largo, sin esperar firmas, papeles, grados, distinciones, honores, horrores o condecoraciones, que le suman peso a un cuerpo el cual finalmente va para el mismo hueco, a resumidas cuentas detesto la espera y la paciencia.

Si bien todo era claro cuando entré a trabajar aquí, todo se ha ido borrando, una nube que es el tiempo, se ha posado sobre la idea, y la idea es un discurso, hablar por hablar, cuando lo que sobran son palabras como las palabras que copio, sí, copio de la realidad, pero las palabras me faltan para las imágenes, entonces sí necesito más palabras, pues estas se quedan cortas. Sería como querer darle de comer la palabra pan a un hambriento, sería como que un sediento, se refrescara tomando la palabra agua, por tal, nada de lo que aquí escribo, de lo que aquí copio, puede ser siquiera una pequeña muestra de lo vivido, y como yo no soy Funes

el memorioso, me quedo corto, corto porque la velocidad del pensamiento, arrebatada de la mente lo que puede ser bueno, se ensaña, la velocidad esta, estrella mi vida, con la realidad, entonces me queda muy difícil creer que soy feliz, porque escribo paz, o que estoy libre, porque no estoy en Colombia, creo ahora, y pienso que son las palabras quienes que me persiguen.

Dije que de la editorial no hablaré, porque no hay de qué, qué puedo yo decir en un caos ordinario de palabras, sería como mearse en el mar para agregarle sal o agua al océano.

De lo único que quisiera hablar es de tres personas que comparten conmigo esta oficina, tres que ahora mismo están trabajando, sin discurso, porque su acción es el discurso, nada más, o como dicen en Venezuela: más nada. No actúan con la lengua serpenteando, pero de ellas como dije no hablaré. Una es José de Queniquea, otra Coral La Habana, y Alejandro de Caracas.

Son ellos tres personas de las cuales creo que nadie sabe nada aquí, y nada saben porque la velocidad del discurso infatigable les tapa oídos, nariz y boca, de vez en cuando abren esta última para llenarla de Polar Ice. ¡Patria socialismo o muerte: beberemos!

Bueno, debo hacerle justicia también a un par de personas más que trabajan conmigo aquí en la editorial, son ellas dos señoras de Cartagena y Barranquilla respectivamente, pero no son colombianas, es que cuando un colombiano está por fuera, deja de serlo, porque se avergüenza de la patria, y porque la patria se convierte en un recuerdo. Además llegaron hace mucho a Venezuela, conservan el acento, que no es muy diferente al local, llaman periódicamente a sus familias, viajan en diciembre a visitarlas, pero a Colombia

no vuelven. De sus manos he recibido gentiles préstamos a la *hora de tinieblas* en que se ha convertido la hora de mi almuerzo. Deliciosos frijoles y algunos bolívares he recibido de sus manos, las cuales siempre está ocupadas viendo cómo hacer no solo su trabajo sino además el trabajo de quienes aquí cobran por ocupar un puesto.

Todos los demás aquí son caraqueños, y Caracas por si no quedó claro es: Caracaos. Vamos a ver:

Nombre oficial: Santiago de León de Caracaos, territorio de Guaicaipuro.

Densidad poblacional: muchísima gente.

Tasa de mortandad: toda la que quiera.

Idioma oficial: escoñol.

Gentilicio: ladillas.

P.I.B: *Qué es eso, chamo.*

Grupos étnicos: chavistas y escuálidos.

Primera exportación petrolera: 1532.

¿1532? Son demasiados años desangrando la tierra. Un buen día todo esto se va a hundir y ya no habrá comandante, ni Libertador que los saque a flote, eso es lo que pienso que va a pasar, todo en la vida pasa factura y ya le está llegando el tiempo a esta tierra, tan maltratada.

Quizá, es lo más seguro que con estas letras no le haga yo justicia a Venezuela, pero Caracas, es un caos, y no soy yo, esta vez no, me hago a un lado a verlos como se van de cara contra la trampa absurda y colorida, absurda y ruidosa, absurda y alcohólica, absurda y política. Redundante.

Hay cosas y gente de la que como ya dije no pienso hablar aquí, ni ahora ni nunca; José, mi amigo el de Queniquea es uno de ellos, pero yo no voy a hablar de él, él que ahora mismo está mirando *Truman*, la película, desde su sillón,

mientras fumamos Marlboro rojo, que son suyos, en su casa, donde terminé viviendo, a falta de no encontrar el hotel Saint Amand para hospedarme. A falta de poder cobrar mi sueldo para pagar la renta, terminé trabajando para el Ministerio de la Cultura y durmiendo en un sofá de una casa en un valle, con dos gatos que hacen de mí sus delicias, y yo que siempre odié los gatos, he venido a dormir con dos roncadores felinos.

Este nuevo apartamento queda en el piso 15, no hay ascensor, bueno sí hay pero no siempre funciona, aquí además es imposible llegar después de las 9 de la noche, a menos que quiera uno que lo maten, y yo de querer morir, sí quiero, pero jamás a manos que no sean las mías. Bien el edificio de 15 pisos debe albergar 2 o 3 familias por apartamento, bullosas todas ellas y embriagadas a más no poder, haciendo del parqueadero una gigante pista de baile todos los fines de semana. Los veo al llegar de la panadería, pues he tenido que regresar con el rabo entre las piernas a trabajar sábados y domingos pagados desde luego, con la idea de trabajar de lunes a viernes sin remuneración, porque desde luego yo soy un optimista del proceso socialista encabezado por mi comandante Hugo Rafael Chávez Frías ¡Patria, Socialismo o muerte, beberemos!

La cara buena de mi mudanza, es que en el Valle siempre hay agua, ¡aleluya! Me baño todos los días, diría que me afeito, pero a mí no me sale barba, estoy feliz hay agua, José muchas gracias, un día prometo llevarte a Colombia y darte a conocer un montón de comidas que te van a encantar.

Hace un par de días, en el fin de semana, mi querida amiguita Suander, trasteó su piano, de la casa donde lo compró, a la escuela de música donde está tomando lecciones. José y yo le ayudamos con el trasteo y a cambio ella nos regala

ló una deliciosa pizza del restaurante Pipoka, donde trabaja, para un portugués desde luego. De camino a la escuela en el platón de la camioneta que nos llevaba a 100 kilómetros por segundo, justo debajo de los túneles ruidosos y mugrosos, entre alucinantes motocicletas y carros que con su claxon nos rompían los oídos, mi amigo José abrió el piano y lentamente comenzó a hundir una a una las teclas, hasta formar una melodía que de inmediato reverberó en las paredes del túnel. No era Mozart, pero era bello, no era Chopin, pero algo en mí conocía esa música de memoria, no era Fito Páez, pero sin saber cómo, que luego lo supe, empezamos al unísono a cantar:

*Gloria al bravo pueblo que el yugo lanzó,
la ley respetando la virtud y honor.
Gloría al bravo pueblo que el yugo lanzó,
La ley respetando la virtud y honor
«¡Abajo Cadenas! ¡Abajo Cadenas!»
Gritaba el Señor, gritaba el Señor,
Y el pobre en su choza Libertad pidió.
A este santo nombre tembló de pavor,
el vil egoísmo, que otra vez triunfó.
A este santo nombre,
A este santo nombre tembló de pavor,
el vil egoísmo, que otra vez triunfó.
El vil egoísmo, que otra vez triunfó.*

El hermoso himno de la República Bolivariana de Venezuela, escrito por don Vicente Salias y don Juan José Landaeta, entonado por dos voces de idóneos varones preclaros, qué maravilla comandante, ¡Patria, Socialismo a muerte, cantaremos!

Pero no hablaré de eso, ni de José ni de sus gatos, ni del Perro y la Rana. Ni de música, ni himnos, ni pizza, ni camionetas. A la basura y al fuego con lo vivido.

Los días se pasaron, sí; me convertí en un viejito, como dijo mi papá que sería, pero no a los 20; como dijo él; me di un poco más de chance, tengo 26. 26 años, mirándolo desde el futuro es una suerte, porque el futuro será morir, pero mirándolo desde el pasado que era la nada, era mejor, porque era no estar vivo, en cualquiera de los dos casos estoy jodido.

No puedo bajar a la nada, debo subir a la muerte, entonces pienso: ¿y si ya nadie piensa en subir o bajar?, ¿si el concepto de la escalera se retira y de paso el de camino? Uno cree que está subiendo, que llega al cielo, a las nubes, Jorge Gaitán Durán decía: *nos hemos desprendido....* pero yo creo que no, creo que casi todo permanece quieto. En la medida que todo regresa, lo que existe no es un eterno retorno, sino más bien la eterna fuga de uno mismo, pero es un asunto prematuro para las 10 con 47 minutos de la mañana, sin desayuno ni almuerzo.

Hace unos días le entregué al poeta Enrique Hernández D' Jesús las correcciones de su nuevo libro, *Aquí la boca, su oquedad eterna*; un muy extenso tratado sobre gastronomía y poesía, dos temas en los que Enrique es un experto. Se lo publicarán en México. Espero haber hecho un buen trabajo, me pagó unos cuantos bolívars y con eso he sobrevivido hasta ahora, hasta hoy que el dinero se acabó y sigo escribiendo, como si por esto fueran a pagarme, y deberían, pero como no puedo hacer trámite alguno, sigo sin cobrar. Me cela la idea del regreso, regresar a Bogotá, y regresar a qué, pues a irme de nuevo, pero a dónde, no sé, ¿a la muerte, pero con 26 años?, qué más da, igualito 26, 6 o 36, lo lindo de la vida es no vivirla.

—Guarde la calma, respire, tranquilo chamo, ya vendrán tiempos mejores, hay que salir a pelear, cuente hasta diez—

Me dice Grimm, quien de cuando en cuando viene volando a visitarme, para traerme de carrera los chismes de los cielos y los del barrio 23 de Enero.

Por pedido de la editorial y estando cerca la feria del libro en Caracas, me han encomendado dar una charla sobre el poeta colombiano José Asunción Silva, pero ¿qué sé yo de ese señor?, nada; no sé de mí, voy a saber de un muerto que nació y murió cuando yo no había ni nacido; además yo estoy ocupado, viendo a ver si puedo llevar libros a Colombia con el poquito dinero que conseguiré, y allá como son muy caros, podré recuperar algo para el nuevo viaje. Los libros han encarecido, y los pasajes. Lo que más me molesta de esta situación es no poder escribir tranquilamente, no tener la mente clara, porque cuando vivo con rabia, no pienso en las cosas bonitas, y las hay, el Ávila es una cosa bonita, ya pasé por sus entrañas, con José subimos hace unos días, pero de José no hablaré, su papá que también se llama José, corrió la maratón de Nueva York y no sabe que José es homosexual y ni falta que hace; de Nueva York le trajo un teclado Casio CTK 511, que José no toca, porque no quiere, y ni falta que le hace, he visto poca gente disfrutar tanto la música como a José. La gente no se da cuenta que la música es lo único que queda contra el tedio y aunque a veces es poco, es lo poco que a mí me queda, pues visto está que nada pueden hacer las letras contra el tiempo, visto está que debo regresar. Dejando atrás a José, a Grimm, a Suander, a todo lo que se desvanece en tanto el regreso se hace inminente.

CARACAOS XII o XIV, PERDÍ LA CUENTA

Un intruso venido de lejos, que no portaba documentación y quien, a duras penas, por fin, pudo encontrar una plaza. Pero una plaza sin baluartes, indefendible, rápidamente tomada por las bues que la tenían bajo asedio. Y a la cual, naturalmente, pese a todas sus estratagemas, no se le permitió acceso, ni siquiera cuando le vieron agitar sus brazos en señal de rendirse.

Juan Calzadilla

Debo irme, y al igual que el escribiente, «preferiría no hacerlo». No pude cambiar mi visa, tal vez se publique mi libro con el paso del tiempo, pero ya no estaré aquí para verlo, no puedo cobrar, no puedo seguir con visa de turista trabajando para el Ministerio, que dicho sea de paso hizo lo que pudo para cambiar mis papeles y poder pagarme, dicho sea de paso, va a hacerme un pago extraordinario, casi por debajo de cuerda, con la intención de que al menos pueda comprar el pasaje de regreso.

La verdad a esta parte ya no hay mucho más que decir, inagotable el pasado se renueva, y como sombra burlona, sobre mi pupila, un fantasma de olvido ha venido a recordarme lo imposible que es escapar; tengo apenas la débil ventaja de una juventud que se esfuma, pedacitos de sombra que le quito al tiempo, para contar una historia más que ya ni a mí mismo importa, pues al final esto es mucho ruido y pocas nueces; pienso cerca de un mar que pareciera querer tragarme.

En tanto y despidiéndome, le canto a Caracas con mi mala voz y mi nostalgia:

*Le he contestádico yo al preguntónico
Cuando la guática pide cómica*

*Pone al cristiano firme y guerrero
Por sus poróticos y sus cabólicas
No hay regimientico que los detenga
Si tienen hámbrica los populáricos...*

Pienso sin descanso, qué voy a hacer cuando ponga el punto –fin de toda recta– sobre estas líneas, donde redacto incesante, pasados que no pasan, presentes que no esperan y futuros que me apremian.

Intento capitular y no puedo, ni el duende maricón de Lorca, ni la musa lesbiana de los demás poetas, me acompañan esta tarde, no puedo ni siquiera despedirme, algo de mí, o por lo menos de mis letras no quiere irse de Venezuela, me retiene aquí y de paso en el recuerdo, en Colombia a la que sin querer vuelvo. Pero no avanzo, el tiempo definitivamente me retiene en el recuerdo, para burlarse, para alimentarse de algo, y en últimas de mí. No lo sé, no intento averiguarlo.

A diario resbalo mi humanidad por esta galería subterránea donde portugueses y chinos cocinan y ofrecen la mar de comidas, donde españoles y árabes venden contrabando que entra por Margarita, donde colombianos ofrecen cigarrillos o minutos, donde venezolanos cruzan silbando. Por esta galería en cuyos corredores el viento entra y sale trayendo un poco de frescor al calor, a la fiebre que día por día me va subiendo, la fiebre del regreso, la enfermedad del regreso.

Los días, que ya son meses, se me han pasado con los ojos pegados a las vitrinas de esta galería comercial, donde de tanto en tanto me ilusiono de comprar una u otra cosa a lo mejor innecesaria, donde día con día hago planes sobre el dinero que presupongo me deben, o el que finalmente tengan a bien pagarme.

Caracas en cada uno de mis poros me hace falta, a pesar de seguir en ella, siento la gran nostalgia de crearla lejos. Aquí soy un buen hombre para mis amigos, al menos soy alguien a quién recordar, «si quieres que te admiren viaja o muere», pronunció Jorgue Gaitán Durán antes de subir al avión de Air France, en el cual iría a caer horas más tarde. Aquí casi a diario recibo por correo un libro de mis conocidos poetas y lo radico con la esperanza de ser leído y a lo mejor publicado; aquí a diario me desangro a la distancia de este tiempo tan relativo, de este regreso tan inminente, aquí a diario maldigo a los entes de mi país, por negarme la oportunidad de escapar de él. Aquí a pesar de no recibir pago, siento que algo gano y que algo hago, aquí me asusta la idea de volver a medir las calles de una ciudad tan innombrable como la Bogotá que me persigue, aquí y ahora a diario me despido en espera de unos cuantos bolívares para regresar a lo que queda de mi país, llevando entre las manos lo que queda de mí.

Y en estos días, aquí, abajo en las galerías, o arriba desde la oficina, preparo una charla sobre el poeta colombiano José Asunción Silva, que la directiva de la editorial me ha pedido para un evento en la Feria del Libro de Venezuela, aquí a diario sigo buscando el hotel Saint Amand, que se ha vuelto como su huésped, un lugar fantasma de mi existencia. Aquí a diario bailo entre sombras de extranjeros, siendo yo mismo el ajeno, aquí a diario fantaseo con jugar alguna vez béisbol, aquí a diario me alcanza José Zambrano con una hamburguesa humeante de carnes, que ha comprado él en una charcutería de portugueses para traer hasta mis manos.

Si supiera José que su hamburguesa, producto importado de una tradición inglesa, es lo más socialista que he comido

en mi vida, si supiera que al resbalarse por mi comisura la salsa rosada, casi casi se me resbalan por los ojos las lágrimas. Si alguien supiera.

A José no lo merece ni la literatura ni el mundo. José, como un niño, es un ángel que me ve, que me ha visto a través del aire fatigado de mi amargura, de mi hipocresía. De estas letras que pacientemente ha leído.

Y ahora casi a la hora del regreso, ¿cómo decir lo impronunciable?, ¿cómo seguirle haciendo un jaque a la vida para permitirme este regreso como un enroque?, con los mismos zapatos viejos y los mismos libros inéditos. Y al final ¿cómo hacer para seguir vivo?, yo que tengo 26 años buscando mis talentos, buscando una razón, comparándome con los hombres en busca de un propósito. ¿Cómo hacerme ahora el que no es conmigo?, ¿cómo hacer para que este regreso no sea el último?, leyendo al fantasma que es Silva, ¿cómo hacer para que este regreso no sea un suicidio? *Mejor morir sin que nadie lamente glorias matinales, lejos del verano querido donde conocí dioses, todo para que mi imagen pasada sea la última fábula de la casa...*

Sí, querido Jorge Gaitán Durán, *El regreso para morir es grande...*

Qué añoranza burlona por esta ciudad que ya pronto abandono, como si no solo fuera yo a morir en Colombia, como si además aquí muriera. ¿Cómo se puede echar de menos lo que aún reposa en nuestras manos?

Me dice el poeta Vicente Gerbasi *¡Venid a los desiertos y escuchad vuestra voz! ¡Venid a los desiertos y gritad a los cielos!* Sí, Vicente, ahora mismo, a la hora de irme, me iré a La Guaira, como el río Tuy donde va a morir el río Guaire, me iré a gritar mi adiós a Venezuela.

Quiero despedirme de unos fantasmas que traigo en mi mente y que aquí vivieron otrora, además de un par de amigos angélicos.

Silva: no encontré tu hotel, apenas recibí unos cuantos bolívares que *Al pie de la estatua* cuento y recuento, pienso y despienso, pues con tantos bolívares bien podría hacer otra revolución, pero como ya dije antes, me da pereza.

Di una charla sobre ti en la Feria del Libro de Venezuela, siento que a nadie le quedó muy claro de qué hablé, pero bastante tiempo me ocupó desandar tu vida y tus pasos, que más recorrí en páginas que en lugares, pues pocos aquí saben de tu travesía por estas tierras.

Libros y más libros compré y otros tantos radiqué en la editorial, en espera de un milagro. Entre otros dejé al editor los míos, los que de Colombia traje y los que todavía inéditos me llevo, en espera del mismo milagro, de alguno.

Fernando González: hice tu viaje a pie por estas tierras y la fatiga me acompaña, hoy que a fuerza de gravedad debo despedirme. Hoy que ni corazón tengo para decir adiós.

Papá: viví en la Venezuela con que soñaste, que es a lo mejor otra, te llevo un par de libros en la maleta, y creo que no tengo mucho más que decirte sobre esta tierra bella.

Querido José: a socialismo saben tus hamburguesas y tus pastelitos de queso payanés que me ofreciste en repetidas ocasiones. Y me voy de carrera porque el sueño es regresar pronto...

MÁS CAOS

Aquí termino mi libro, aquí callo.

Juan Calzadilla

Ahora mismo tengo entre mis manos una pelota de béisbol, para divertir mi tiempo, el que me queda, y jugar mi soledad frente a La Guaira. Como uno más de estos hombres de sábado que lanzan con furia una bola de cuero, como si con ella quisiera yo de paso desarmar todo lo vivido, como si en ella aspirara conjurar y mandar hasta Suecia los sueños incumplidos y las renovadas esperanzas, mi pelota cargada de odio, lanzada con el amor que por el odio siento, mi bola blanca donde ya solo se puede adivinar el pasado.

Aquí se acaba este cuento, aquí termina de empezar.

Los barcos desfilan lentamente, acompasando el ritmo del agua, embriagándome la mirada. ¿Qué diría el Gaviero a estas alturas? No encuentro una sola palabra que venga a rescatarme. Pienso y de tanto pensamiento tan solo me queda el repaso, y recordando resumo que la infancia es un lugar maldito, recuerdo del recuerdo de una frágil alegría, sombra de una sombra sin sol ni luna, sin espacio ni tiempo o asidero distinto que la vuelta ilusoria a un estado menos trágico.

¿Habrá alguien en la otra orilla de este mar?, ¿acaso en Cuba alguien como yo mirando estas aguas como un enorme abismo?, ¿habrá alguien esperando por mí aquí cuando me vaya o allá cuando llegue? ¿Dónde queda el norte?, ¿dónde está mi sur?, ¿cuál es la proa y cuál la popa?, ¿estoy llegando o ya me fui?, ¿cómo hago para seguir vivo?, ¿por qué no me mato de una buena vez?, «¿cuándo será y cuán-

do será?» Recuerda Héctor Lavoe, ¿para qué seguir viviendo con un farol apagado de luz y encendido de recuerdos? Me siento como la manzana que viene a morir en mi boca; fruto ingenuo del pecado, llevando a cuestras un paraíso al cual, esta vez, no deseo volver.

Cómo me gustaría empacar en papel regalo esta tristeza, con papel regalo navideño, y obsequiarla a alguna estatua de alguna capital alegre, pienso en tanto me veo hace meses ya, leyendo un *Diamante Fúnebre* en el parque Vicente Gerbasi.

Al mal tiempo, fondo blanco. Venezuela va a dolerme siempre, en cada átomo, en cada canto, en la oscuridad, cada salida del sol me recordará La Guaira, cada memoria vivida en la tierra del bochinche va a resquebrajarme todo sentimiento, por eso será que no quiero irme, por eso será que mi procesión no termina con este llanto pesado y de fatigado aliento. Venezuela es como la música: una patria dolorosa que por sí misma se soporta, pienso ahora que el viento desordena mis papeles, mis ideas, mi cabello, todo mi tiempo.

Y el pasado ahora es pasado, instantes que se van con esta pelota, con este *home run* que le hago a la vida, y entonces vivir es una vez más un nuevo comienzo, un nuevo regreso, un nuevo escape, la búsqueda, y el encuentro de toda la nada y toda la muerte. Y como dijo mi comandante Hugo Rafael: *Primero que nada quiero dar buenos días a todo el pueblo de Venezuela, y este mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el Regimiento de Paracaidistas de Aragua y en la Brigada Blindada de Valencia. Compañeros: lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros, acá en Caracas, no logramos controlar el poder.*

Hay un dolor tan hondo en estas letras, como ese mar que me mira. Aguardo con la única certeza con que cuento, la convicción del retorno. Hoy cuando ya nada puede ser lo mismo, hoy, de regreso, veo la vida desde aquí, con el rumor del mar ceñido a mis latidos, mañana el aquí será pasado, hoy siento la vida desde aquí con el fervor del socialismo asido a mis pulsadas, ojalá mañana el sentimiento no sea olvido, hoy miro desde aquí La Guaira en tanto otro deslave como en la tragedia de Vargas se me atraviesa en el rostro, aquí intento saciar la sed por una ciudad que intenté tomarme a largos tragos de fuego, en tanto ahondo en el vacío que solo el tiempo llena, que solo el tiempo socava, de acuerdo con su juicio y con su gana. El tiempo que no muere y sin embargo nos mata; respuesta implacable para lo que no tiene pregunta.

Odio los puntos finales, pero tampoco me convencen los suspensivos. Así que aquí donde termina el mar y empieza la tierra o viceversa, aquí donde termina el libro y empieza la vida o viceversa, me despido y sigo guardando un boleto de metro entre mi pasaporte, que me garantiza al menos en sueños el regreso.

Adiós hermano Búho, en tus manos encomiendo el libro que vine a publicar, en ellas mismas encargo los ratones por cazar, las noches de honda soledad compartida, las tardes de sol maravilloso que bañan al pueblo de Bolívar, las calles de incontable basura, las montañas de indescriptible belleza y toda la música que me fue dada para soportar la vida. Ya volveremos para tomarnos el poder, quedas al mando, *por ahora*



ALCOBENDAS

Un modelo **de ciudad**

